LAS CRIATURAS DE LA NOCHE — JORGE DÁVILA VÁZQUEZ

A BRUNO SÁENZ ANDRADE
A LA MEMORIA DE MANUEL MUJICA LAINEZ
A CECILIA ANSALDO, QUE AMÓ ESTE LIBRO DESDE SU APARICIÓN

SIETE

TOMAS DE AQUINO SE QUEDÓ CORTO AL REDUCIR A SIETE LOS PECADOS CAPITALES. — MANUEL MUJICA LAINEZ

DONDE ESTÁ TU TESORO

Dsde la orilla de su muerte los ve, los oye, los siente.
Sabe que sus miradas están sobre él, como las que los galinazos sobre la carroña; que sus labios se humedecen ansiosamente y de continuo como picos de rapaces prestos a la gran depredación; que sus manos se restriegan, nerviosamente, listas a arranchar, tomar, apoderarse; son garras de fierras, prontas al despedazamiento.
Cojo, tartamudo y medio perlático, luego del primer ataque cerbral, ha sido, sin embargo, capaz de detenerls al borde de la codicia; pero, acechan desde hace tiempo, y él lo sabe.
Hombre solo, como único hijo, y separado de los suyos por voluntad propia, muy tempranamente, habiendo renunciado a la familia y al hogar cuando optó por el sacerdocio, empezó a descubrir desde cierto tiempo atrás, desde la penosa convalecencia de la enfermedad, concretamente, que era primo de muchos primos, tío segundo, tercero y cuarto de infinidad de sobrinos, pariente rico de innumerables parientes pobres, que se acercaban al convento, de día en día, con su cara lánguida de seres malcomidos, con su triste facha andrajosa de buena gente venida a menos, con su sonrisita de adulo rn los labios, y con su olfato finísimo de depredadores que olían la mortecina, que él, en su robustez, la sentía aún lejana.
No se preguntaba el porqué de tanto amor, el flujo continuo de parentela, los cariñosos reconocimientos y los recuerdos inexistentes en los que no coincidían ni las gentes ni las fechas, porque quienes los fabricaban no se habían dado el trabajo suficiente en lo que a detalles tocaba.
No se preguntaba el porqué de los inagotables padrinazgos, de los regalos inútiles y baratos, en sus cumpleaños y otrad fechas, que nadie festejaban cuando era el pobre cura joven de una distante parroquia campesina; de su nombre repetido en cien variaciones diversas, en niños a los que en verdad no le unía ni parentesco ni afecto algunos: Luis Miguel, María Micaela, Miguel Ángel, Rosa de San Miguel, Miguelina, Juan Miguel, Miguelito, Miquita, Miquis, Mike...
Ni se preguntaba el porqué de las lánguidas referencias a su bondad, a su generosidad, a su caridad y a otras virtudes terminadas en ad, alusiones que se prodigaban inoponadamente, el la mesa, durante las visitas, en medio de un paseo, cuando alguno de los nuevos pariente levantaba ceremoniosamente su copa para efectuar un brindis, en un desayuno de primera comunión, por él administrada, en un almuerzo campestre en su honor, en las bodas de oro, de plata, de rubí, de cartón, o Dios sabía de qué, de los hijos, los sobrinos, los nietos, los prohijados o los prójimos de un tío o una tía remotísimos, muertos antes que él naciera, que tuviese uso de razón o entrase al Seminario.

Como preguntarse el porqué, si estaba a la vista la general codicia, distrazada de amor en todos ellos.
Desde que se sintío cercado por su falso afecto, se había vuelto más y más amante de su cuantiosa fortuna. Antes renegana de sus insomnios, pero ahora habían dejado de importarle: noches enteras la revolvía y acariciaba golosamente en los baúles, empezando siempre por los sobados cuadernillos con las cuentas en los bancos y en poder de inversionistas y comerciantes. Esos baúles, celosamente cerrados con varías vueltas de llave y con candados, en los que dormían los títulos de crédito, las letras de cambio, los pagarés, los bonos, las cédulas hipotecarias, las acciones, las piedras refulgentes, los dorados montones de esterlinas, las cadenas y medallas, los anillos y camafeos de las herencias, legados, donaciones, limosnas y arrepentimientos.
Era su plata, su oro, su fortuna, su haber, su vida.
Había sudado por casi cincuenta años para acumularla, y nadie ni nadie le privarían de ella.
Había ahprrado céntimo a céntimo, yendo por los pueblos más remontados y más míseros, revestido con una sotana descolorida y rotosa, brillante de sebo y sudor, en una época en que ningún ser humano, ni una madre se ocupaba de su cuidado; levantando templos y edificando ermitas, instituyendo fiestas y promoviendo devociones, proclamando milagros, inventando peregrinaciones y predicando siempre la importacia de las ofrenda, los óbolos, las limosnas.
Sentía a veces, una cierta nostalgía de esa su ardorosa juventud de apóstol; de sus sueños de evangelizar hasta a los pueblos más remotos y primitivos, de sus deseos de encender lámparas encima de los celemines y ser la sal de la tierra, en donde le tocase estar.
Esa nostalgia le llevaba a los recierdos, y a sentir que mientras más viejo se ponía, más intenso era el afán por tenerlos, por retener lo que le quedaba de ellos. Como un náufrago, que además de salvarse quisiera rescatar su ropa, él se asía con desesperación a jirones de su memoria, pero en muchos casos, era inútil, no quedaban mas que hilachas inservibles: un nombre: Vicenta Robles, pero, ¿quién era? ¿Qué había hecho por él? ¿Dónde, cuándo y cómo la había conocido? Una casa rosada a fin de un camino de arena bordeado de geranios de flor encendido, ¿había estado en ella algunq vez? ¿Cuándo? ¿En dónde se levantaba? ¿Sería solo una casa entrevista al pasar, imaginaria? El rostro de una mujer sonriente y hermosa, que cuando abría la boca mostraba una dentadura deplorable. ¿De quién se trataba? ¿Era una visión real? ¿Era uno de esos temores que tomaban forma en la voz estentórea del Padre Espiritual, durante las meditaciones y los ejercicios?
Su Padre Espiritual... no lograba verle el rostro en la oscuridad del recuerdo, le ponía diferentes facciones, pero ninguna parecía corresponder a la realidad. Era

angustioso, pero no le extrañaba, porque a veces le ocurría con su misma madre y con otros seres amados. Del Padre Espiritual solo quedaba su vozarrón atronado en el silencio de la pequeña capilla, en la que lo único amable era el rostro de una virgen, que emergía de un torbellino de pan-de-oro.
La lascivia era el mal absoluto para el padre Asencio. Las descargas mayores iban dirigidas contra este pzcado, y a su parecer todas las mujeres era el demonio. Luego, y siempre en ese orden, despotricaba contra la pereza, nada era peor que un sacerdote perezoso, decía, solo un lujurioso; contra la soberbia, el sacerdote era un elegido, un ungido, proclamaba, pero cualquier actitud de un ministro del señor que despreciase a sus hermanos, que los humillara, merecía el fuego eterno sin más, debían recordar lo que Cristo decía al respecto: sed humildes como corderos; contra la envidia, no era solo un pecado espantoso, que mataba, que destruía, fomentando el odio, era tambien un vicio feo, indigno de un buen sacerdote, los envidiosos eran seres débiles, y eso no podía darse en un pastor del rebaño de la iglesia. Contra la gula, no se podía siquiera concebir un religioso dominado por este vicio; era, además de su baja estofa de pecado, una indignidad medio animal, una vileza; contra la ira solía ser más blando; recordaba que la ira podía ser en algún momento santa, cosa que no se podía decir de ninguno de los otros vicios capitales; si alguno de los allí reunidos dudaba, que recordase a Cristo, expulsando a los vendedores del templo. Pero los chicos pensaban en él mismo, gritando enfurecido, desde el pequeño púlpito tallado como un calíz en la capillita íntima del seminario, en cuyo cielo raso se entrelazaban absurdas figuras, salidas de los sueños interrumpidos por la campana de las cinco y media, que venían a terminar en ella; sobre la avaricia decía unas cuantas generalidades, era un pecado contra los que nada tenían, afirmaba.
Eso era quizá lo único que Miguel Sabando lograba recordar, intentando justificarse, mientras acariciaba sus tesoros a la luz discreta de un candil, diciéndose que no era la suya la culpa de que los otros nada tuviesen. Bloqueaba su razón con argumentos de ninguna consistencia. Ahogaba llantos y gemidos, borraba rostros demacrados y miradas implorantes.
Joven aún, iba a veces donde el carmelita descalzo, que escuchaba su confesión, susurrándole su pasión dominante, que pronto empezó a cubrir su sensibilidad. "Donde está su tesoro allí está tu corazón", musitaba sentencioso el monje, "recuerdalo". Entonces, una desazón profunda le acongojaba. Luego, con los años, fue disminuyendo el malestar, ya el corazón se había quedado en sus arcones repletos.
Las inquietudes de conciencia fueron sustituidas, al pasar el tiempo, por un recelo constante, un miedo, una nerviosa desconfianza ante todo y ante todos. Nadie venía por él mismo, nadie buscaba otra cosa que su riqueza, nadie quería

sino arrebatarle aquello que tanto le costara, aquello que había ido guardando celosamente, envuelto, sellado, protegido, encerrado bajo innúmeras llaves. De repente, cuando debía cambiarse de parroquia, al momento del traslado de los pesados arcones de nogal, sentía que cada movimiento en falso de los portadores, cada instante en que su vista se desviaba de ellos, cada curva del camino, cada contarlos y recontarlos, eran una agonía.
Pensaba en el Padre Espiritual, perdido en las lekanías de la desmemoria, pero no en lo que hubiese podido decirle de su apego excesivo a los bienes materiales, y no quería pensar tampoco en la opinión del sentencioso cermelita, que como el otro debía también haber muerto años ha, cuando una noche los sintió llegar. Al principio, le acogotó el terror que le perseguía ya varios años: ¡ladrones!, ¡ladrones!; entrarían como acostumbraban estos malhechores, tomarían sus riquezas, le golpearían hasta matarlo, y huirían dejándolo tendido en un charco de sangre. Pero no, no eran ladrones, eran ellos, y adivinarlos, más que distinguirlos vagamente junto a la ventana, a la luz del candil, lo tranquilizó.
—Es un pecado contra los que nada tienen —vociferó el padre Espiritual—, ¿me oyes, Sabando?
Y continuó con un largo discurso, en el que aparecían los campesinos explotados, las mujeres sokas, los huérfanos y los ancianos, acusandolo. Cuando se calló, el carmelita descalzo se limitó a murmurar con una voz nasal: "Donde está tu tesoro...". Entonces, el lloró como una Magdalena, según solía decir su madre; habló dificultosamente, tartamudeando y temblequeando, de su soledad, de los años de renunciación y castidad, de toda una vida en que había vuelto las espaldas al deseo, y recordó que algunos de sus compañeros tenían mujer e hijos, que otros... Se refirió a su humildad, trayendo a colación la arrogancia de un tal Arias, que soñaba con ser obispo, cardenal, papa, y que se hizo una cruz de amatistas, en vez de construir la iglesia de cierto pueblo. Aludió a su diligencia, ¿acaso no se levantaba con el claror del alba? Y ¿cuándo había negado él una confesión, aunque el enfermo estuviera a dos días de caballo por los peores caminos? Claro que eran otros tiempos y ahora estaba viejo, pero, cuando pudo, lo hizo. Y, ¿no era público y notorio que un camarada de seminario cobraba el viático por anticipado y, si el viaje era demasiado largo, absolvía a distancia, también por cierta cantidad? Habló de su caridad. No envidiaba ni las mansiones que se había construido más de uno de sus contemporáneos, alguno de los cuales seguían hablando de la pobreza en sus sermones; ni lo lujos que sz daban otros, no solo ya de anillos y cadenas y relojes, que los hacían parecer más mercaderes que ministros del Señor, sino de su tren de vida, con coche a la puerta, chofer y criados para todo. Mencionó su paciencia, ¿acaso no soportaba a las viejas temáticas que se confesaban, todos los santos días y con enorme misterio, el mismo pecadillo insignificante e imaginario? ¿Acaso no se había

aguantado como un héroe los deseos de echar a puntapiés a toda esta gente que lo rondaba como a los buitres a un cadáver? Eso era ser paciente ¿no?, y también caritativo, un plato de comida no les negaba, aunque rezongase un poco y aunque estuviera consciente de que, por su exagerado sentido de la economía, en su convento se comiera siempre mal. Entonces, debía serle perdonada esta, su única debilidad. Y tornó a llorar largamente.
Lo desperó el frío del amanecer. Una cortina se movía debido a una ventana entreabierta. ¿Habría sido todo lo de la noche anterior una fantasía? Estaba acalambrado, entumecido. Tuvo dificultad para levantarse e ir a cerrar la ventana. Le dolía el pecho y empezó a toser. A la hora de la misa se sintió mal, mareado, tembloroso más que de costumbre, febriciante. Manos extrañas lo acostaron.
En el delirio de la fiebre se mezclaban los nombres del Padre Espiritual y del carmelita con las figuras acechantes de los deudos. Gemía, jurando que deseaba volver a la pureza de su ministerio primero, que deseaba darlo todo a los pobres, a los huefanos, a los viejos —eran tan tristes los viejos mendicantes—, a las vuidas...
De pronto, apareció una mujer hermosa. Era un rostro conocido. A tientas, en los pasadizos de la fiebre, la reconoció. Al ver su sonrisa desdentada, quiso retroceder y no pudo moverse; sentía como atadas, fijas, sus piernas. Cerró los ojos, pero continuaba viendo la sonrisa asquerosa. "Voy a morir", se repetía, sintiendo el aleteo de los presuntos herederos, que eran ya auténticas aves de rapiña, negras, provistas de monstruosos picos y garras, aves de presa que le miraban con malignidad. Entonces, se vino caminando por un sendero de arena hacia una casa rosada. ¿Sería esa la mansión de la muerte? Seguramente. Oyó con nitidez que alguien decía: 《Se casa la Vicenta Robles》.
Vio un rostro que se inclinaba sobre él, se agitó, ¿sería la mujer-muerte, la de la terrible sonrisa? No, no era ella, ni tampoco ninguna de sus parientes pobres. ¿Sería Vicenta Robles? ¿Iba por fin a conocerla, a reconocerla? Vicenta Robles, gagueó en voz alta:
— ¿Necesita algo, reverendo? ¿Ha llamado usted? ¿Se siente mejor?
Miro a la enfermera, sin comprender nada. Lo único cierto era que estaba vivo y que no iba a morir, él médico le recomendó cuidados, reposo, se autofelicitó por su acierto, pues el señor cura estaba salvado. Pero Miguel Sabando lo veía con cierta desconfianza, algo lo desazonaba interiormente y era en vano que quisiera atribuirlo a la altísima fiebre de esos días.
Empezó a convalecer. Pensaba seriamente en que eran muchos anuncios juntos los que había recibido, como para no tenerlos en cuenta. Su fortuna debía ir a manos de aquellos que la alimentaron con su esfuerzo, hombres y mujeres humildes, de esos que ponían su cuartillo mísero en el plato de la limosna, pero no como los ricos mezquinos, ostentosamente, sino como la viuda del Evangelio,

discretamente, y apartándolo de su propio sustento y del de los suyos. Sumido en sus meditaciones lo hallaban sus numerosos visitantes, que parecían desilusionarse cuando el médico anunciaba el pronto retorno a la casa parroquial y un próximo y total restablecimiento.
Volvió, en efecto, a la enorme y fría casa de la parroquia. Renqueante, tembloroso, retomó las obligaciones de su ministerio, repitiendose que tenía que repartir su fortuna, que debía pensar en la mejor forma de hacerlo. Pero, conformz pasaban los días, iba perdiendo fuerza el impulso primero, iban desvaneciéndose las imágenes premonitorias, se dejaba dominar por la indiferencia y la rutina.
Una tarde encontró a una anciana que esperaba en un banco del despacho parroquial. Ella lo miró sonreída, con algo como una vieja ternura en los ojos. "Otro pariente", pensó, pero no, venía a pagar una misa, por el alma de un remoto muerto amado, y mientras deshacía el nudo de su sucio pañuelo, buscando algún billete murmuró:
—Su reverencia no se acuerda de mi.
"Ya decía yo quz esta era otra pariente", pensó.
—No —dijo con frialdad.
—Soy la Vicenta Robles —susurró ella, con una gran sonrisa. Él sintió que algo estallaba secretamente en alguna parte de su cuerpo, y quedó inmóvil.
—¡Vicenta Robles! —tartajeó incrédulo.
—Si —dijo ella, ya con más desenvoltura—, le serví en su primera parroquia. En esa época usted era tan jovencito y tan bueno, tan caritativo. ¿Le pasa algo taita curita?
El médico dijo aquel segundo ataque cerebral lo inutilizaría totalmente o... Sus parientes se miraron conmovidos, pero él habria sido capaz de adivinar una lucecita extraña en el fondo de su ojos.
Desde la oscura orilla de su muerte los veía, los escuchaba, los sentía. Quería llamar a Vicenta Robles, ella era la que debía recibir su fortuna, ella era "ellos", ellos, los que se le habían entregado centavo a centavo, y a ellos debía volver, Vicenta Robles, Vicenta Robles, pero había perdido el habla y el movimiento, solo le quedaba el brillo agónico e inútil de sus ojos. Lis otros estzban allí, los parientes, los buitres, los rapaces, esperando, afilándose los picos y las garras, mirando feroces, contando los segundos de una cuenta regresiva que ya había comenzado en alguno de esos misteriosos relojes que tiene la muerte, contándolos, porque al llegar la hora cero, que ya se aproximaba, cada uno se lanzaría como pudiera a apoderarse de su parte, en una rapiña que él había comenzado y principiado, casi sin darse cuenta, muchos años atrás.

OFICIO DE TINIEBLAS

Mis hermanas eran , como yo misma, el colmo de suplicaces. Me acuerdo que la primera vez que te fijaste en mí, fue una noche que estábamos en el circo. Yo tendría pues unos diecinueve años y mis hermanas, la Maruja unos diecisiete, y la Blanca no llegaba a los quince. Mamita y papá Nico vivían todavía con nosotros, antes que les cogiera la taranta de volverse al pueblo y dejarnos mujeres solas, indefensas, en esta ciudad de m******, en que el mundo entero parece estar siempre a la que cae sobre las chicas tontas y sobre todo mismo. Ahora que cuando se fueron, ninguna de las tres quería moverse de aquí, tambien es cierto. Con su acostumbrada suspicacia, mis hermanas te ficharon enseguida. 《Ñata, el Galo Alcívar no te quita los ojos de encima》, dijeron. 《Fíjate, no ve ni los payasos, ni la pantera amaestrada, ni los osos que bailan, ni la bicicleta de la muerte, ni ellanzado de cuchillos vendado, ni a la tragacandela, solo te ve a vos》. Y yo, "locas ni sé qué. A quién también estará viendo, ya las fatuas enseguida me clavan a mi》. Y ellas, insistiendo.

Eramos una jorga bien grande al volver, y comentábamos a gritos que si los trapecistas, que si la que se colgaba de una soga agarrandose con los dientes, que si los perros amaestrados, cuando vos pasaste, viéndome, viéndome. Yo, inmediatamente, me acordé del Pepe Núñez y de su rondar que terminó en el embarazo de mi amiga Fila Rosero y en la desaparición de él. No, dije, no, y no. Y crucé los dedos, no. Eras guapo, Galo, pero tuviste siempre un no sé qué en los ojos que helaba la sangre. Cuando nuestras miradas se encontraron, me estremecí y se me vinieron a la memoria de los apuros de la Fila Rosero, su angustia al darse cuenra que estaba embarazada y también las palabras de su madre cuando el guagua murió al nacer: "Mejor, Victoria, mejor así. Pobre criatura, date cuenta, para el resto iba a ser siempre el hijo de p****, y nosotros sabríamos, además, que era sangre de semejante ralea. Hijo de un padre tan canalla que no ha sido capaz de quererle. Créeme, no es porque se trata de mi hija, más, alguien que puede tener un hijo y no quererle es casi un animal, casi... Pero la gente como el Pepe Núñez es así. Tiene su novia que es de la misma sociedad que ellos, rica, bonita, y a esa la exhiben, la muestran a todo el mundo, y tienen también una pobre Fila Rosero para divertirse a escondidas, una chica humilde a la que pueden perder sin mayores problemas. Son unos canallas y abundan. Cuidado, Victoria, cuidado, vos y tu hermana Maruja son tan lindas, cuidado".

Hizo un puño fuerte y juré quitarme a vos de la cabeza. Créeme, quise quitarte de mi pobre cabeza a voz, pero, aunque colaboraste, desapareciendo unos meses, despues empezaste a asediarme en una forma implacable y yo no podía librarme de tu imagen. A donde yo volvía los ojos, ahí te encontraba; si en misa, pues allí

estabas, en el rincón más oscuro de la iglesia, mirandome con esa extraña fijeza que me hacía temblar; si en el cine, sentía casi como una cosa materiam la fuerza de tus ojos en mi nuca, obligándome a volverme; si en la calle, en el parque, en dondequiera. Una tarde, ya casi noche, volviendo de entregar obras, te me cruzaste en el camino.
—¿Qué quieres de mí, por qué me sigues? —te pregunté. Me imagino que temblaba toda yo, que me temblaba la voz.
Por esa época ya mamita y papá Nico se habían ido de regreso al pueblo, y nosotras tres, "las noteñas", como nos llamaban en el barrio, éramos tres almas solas.
—Vos sabes lo que quiero —me dijiste, con esa voz que era como el acero, fría, cortante. Me hablabas en un tono bajísimo, pero había algo que me hizo estremecer, no sé, siempre he pensado qué era, y me parece que algo como un ronquido, no sé, además, el tiempo deforma los recuerdo.
—Ándate —rogaba yo—. Ándare, busca una chica igual a voz, déjame en paz.
—¿Por qué me dices eso? —rugiste casí, tomándome la muñeca brutalmente—. ¿Por qué, carajo?
—No somos iguales, Galo —gemía yo, tratando de zafarme—. Vos nois rico, de buena familia y ni sé qué más, déjame. —Hacía esfuerzos y era sin motivo. Tenías una mano de garra, Galo, poderosísima.
—Si a mí me da la gana, aquí mismo... —dijiste, con una ferocidad cada vez mayor, y yo sentí que no solo me moría de miedo sino de pena.
Alma bendita, el Raimundo Bermeo, que vino del pueblo casi al mismo tiempo que nosotros, y que vivía a la vuelta de la casa, pasó en ese momento por nuestro lado.
—Buenas noches Vituquita —dijo, a gritos, como acostumbrada.
No sé aué ni cómo le habré respondido, pero lo cierto es que me pregunto si necesitaba algo o si querías molestarme. Y no sé tampoco qué es lo que le dije, pero lo cierto es que logré soltarme de tus garras Galo y me fui caminando con el. 《Cuidado diga nada de esto》, le pedí, y él, con su acostumbrada y bonachona chabacanería, me prometió callarse, y lo hizo.
Cuando había obras que entregar, velábamos hasta muy tarde.
Generalmente yo les decía a las chicas "vean, ya son las oncz, váyanse nomás a dormir", porquz comenzaban a bostezar, y a mi me entraba el sueño; y a quejarse de la música que oíamos en la radio, diciendo que era muy triste, que era muy vieja y otras tonterías, y a mi me fastidiaba. Entonces, me quedaba sola y al poco rato oía el ir y venir de unos pasos, los tuyos. Eras vos. Al principio pasabas haciendo sonar los tacos de las botas en la acera, dos o tres veces. Yo me sentaba en la mismísima ventana y te veía. Ganas no me faltaban de entreabrir una hoja, pero me detenía el pensar en lo terrible que eran las gentes de mi barrio,

¡las cosas que hubieran dicho!
Luego ya no solo era cuestión de pasar y repasar, sino que te parabas ante la casa un momento, encendías un cigarillo, fumabas un poco y te ibas. Ahí sí ya me entró un poco de miedo, pero seguía quedándome sola, o sea que esperaba ese momento, que comenzó a ser más y más terrible, mas esperado y más agónicamente largo.
Al fin, una noche llegó lo que tenía que llegar. Estuviste fumando un largo fumando un rato largo, mientras yo rezaba el "Acordáos", una y otra vez, una y otra vez, pero, de repente dejé de rezar: no sabía si estaba pidiendo que te fueras o que te quedaras. Tuve pena de mi misma. Fue en ese momento que te acercaste y raspaste con la uña, disimuladamente, la madera de la ventana, dando unos golpecitos. Mi corazón parecía un potro desbocado, creí que se saldría del pecho, y yo que trataba de hacer el menor ruido posible, de no respirar, aunque vos sabías de sobra que estaba allí. Al rato te fuiste. Me di cuenta de que estaba bañada en sudor. Lloré como si alguien se me hubiera muerto, y talvez no andaba muy equivocada, la señorita Victoria Irigoyen, esa mujer a la que todo un barrio de maledicientes no le había podido encontrar defecto, venía agonizando desde varias noches atrás y en esa acababa de morir. Solo quedaba la pobre Vituca, yo, esclava de tu sombra amenazante y escudada en las tinieblas.
A la noche siguiente se repitió la misma escena, y así la semana entera. Al fin, una noche me armé de valor y te pregunté que querías, te dije en voz muy baja, muy bajita, como para que me oyeras vos y nadie más que vos, que qué te proponías, que si querías volverme loca con esa ronda, este silencio, este acecho. No me respondiste palabra, pero me di cuenta de que jadeabas, jadeabas como un perro con sed.
No entendía bien esta ceremonia tan extraña, pero algo me decía que era una cosa turbia, sucia. Temblé. Hubiera querido confesarme, pero cómo decirme al cura Sabando que deseaba y al mismo tiempo temía que vinieras, que me pasaba algo espantoso, porque no era capaz de moverme tras la ventana, oyendo en la oscuridad cómo respirabas, oyendo tu respiración pesada, sintiendo casi el peso cálido de tu aliento, pegada a la ventana, sin luz, oyendo cómo acezabas y este especie de gritito animal que era la señal de que ibas a alejarte, a desaparecer en la noche. ¡Dios mío! ¿Por qué nó eramos como el resto del mundo? ¿Por qué no vivíamos a la luz del día esa cosa extraña, que a lo mejor era una forma de amor? ¿Por qué? ¿Por qué te había seguido en tu jueguito monstruoso desde la primera vez? Y volvía a llorar.
Todo fue hasta que una noche horrenda viniste y golpeaste la puerta, dando tales gritos obscenos, diciendovtales palabrotas, que creí que mis hermanas y el barrio entero se despertarían y sabrían la verdad de lo que pasaba entre nosotros. Pero al día siguiente nadie dijo una palabra, como si no hubiesen oído nada, nada, ni el

vuelo de un mosquito. ¿Me habría imaginado todo yo? Y si me imaginé eso, ¿a lo mejor también... lo otro...?
Solo, como de pasada, la Tere Gómez comentó que en la cantina de las Elenas había habido un peleón y que le encontraron a alguien en un charco de sangre, a alguien que conocíamos. Me dominé lo mejor que pude para preguntarle a quién.
—Imagínate —dijo ella.
Cuando esa noche te esperé en vano, supe de seguro que habías sido vos. No viniste varios días y yo me iba muriendo de insomnios. Como a la semana fui a comprar unos encajes en el centro y, en la plazoleta de San Agustín, nos encontramos de manos a boca. Estabas pálido y con la mano vendada. Apenas nos topamos, cuando sacaste un revólver con la mano sana y jugueteabas, jugueteabas. Por un momento, me quedé inmóvil. Después intenté echar a correr, pero me detuviste.
—Espera —decías con una voz rarísima, sin dejar de jugar con el arma. Yo repetía interiormente "si le muestro miedo, peor".
—Que quieres, Galo —dije, tratando de que la voz no me temblara—. Ya te he pedido que me dejes en paz —gagueaba, queria irme.
—Espera —volviste a decir—. No te vayas. No te voy a hacer nada. —Y guardaste el revolver. Entonces, viéndome a los ojos, hablaste, como si las palabras salieran solas, escapándose de tu voluntad, a chorros, a borbotones.
—Es la última vez que hablamos y quiero decirte que te querido mucho —dijiste, con una voz tan diferente a la que te conocía, que sentía que se me apretaba el corazón. Bajé los párpados, sentía las lágrimas al borde de caer. Seguiste: —Es mejor que no te hayas entregado a mí, porquz no sé lo que hubiera pasado.
Y volviste a juguetear con el revólver.
—Aunque sí, sí sé lo que hubiera pasado. —Y tu voz era como el hielo otra vez. Te llevaste el arma a la boca y apretaste el gatillo.
—Esto. —Sono un clic. Te guardaste el arma mientras te reías como deben reírse los locos, Galo, así mismo. Quedé como petrificada, y vos dándome las espaldas, te alejabas.
—Hasta nunca —gritaste.
—¿A dónde vas, Galo? —pregunté debilmente.
—¿Qué te importa? Hasta nunca. —Y te fuiste, mientras yo, llorando convulsionadamente, me refugiaba en la iglesia.
Años no supe qué había sido de vos. Hasta que mi hermana Maruja llegó una mañana con las compras y se detuvo en el taller. Estábamos trabajando la Blanca, la Tere Gómez y yo. En un rincón jugaba la hijita de la Maru. Me acuerdo que ella asentó los paquetes en la mesa de corte y había uno grasoso y yo iba a decirle que cuidado no fuera a caerse en una tela clara que estaba allí, pero ella dijo "ni saben" y dejamos de hacer las cosas y nos quedamos calladas.

—¿Se acuerdan del Galo Alcívar?
Que sí, dijimos.
—Ha estado viviendo en una haciendo de los padres de él —contó—. Y ayer de mañana se ha disparado una carabina aquí. —Y mostró la mandíbula—. Se ha volado los sesos.
—¡Qué horror! —dijeron las chicas.
Sentí que todo daba vueltas. Cuando me di cuenta se me habia caído el bordado al suelo y yo misma tenía la cara contra el piso, sintiéndose rarísima y oyendo cómo lloraba la guagua de la Maruja. Ellas se precipitaron a levantarme. Cuando me incorporaron lloré, y no sabía si era de pena o de vergüenza. Pero después, cuando ya pasó todo, y dije que me había impresionado la forma de morir tuya, se hizo la luz dentro de mí, y supe que a pesar de que tenía razones más que sobradas para odiarte, Galo Alcívar, como el corazón humano es tan raro, estaba casi segura que todos esos años habia pensado en vos, sin el menor rencor, sin el menor arrepentimiento y hasta con algo como cariño, quizá.

DIES IRAE

A menudo, Ángela se sentía caer en una especie de oscuro, interminable túnel, repitiéndose mentalmente "no, no, no". Con los ojos cerrados, convulsa, lloraba. Era la desesperación.
Entonces, pensaba en la infancia de su hijo. ¿Qué le había faltado? No podía responderse la pregunta sin sentir que se le hacía un nudo en el corazón. Rafaelito, tan buen marido, nunca fue mal padre, o, al menos, nunca fue muy malo, se decía. Lo que pasaba era que cuando son tantos hijos, a lo mejor a unos se les dé más amor y a los otros más palo, como bromeaba uno de sus parientes viejos; pero, todo sin intención de herir de muertz a ninguno, sin querer causarles un daño mayor, pues una madre o un padre, a no ser que sean unos depravados, amán a todos sus hijos por igual.
Su Galo habria sido siempre un niño extraño, solitario, resentido.
El abuelo Evangelista roncaba con su acento campesino y pesado, que a ella le era tan poco simpático: "Este guambra es raro, huraño mismo"
Un día, muchos años antes de todo, Ángela le sorprendió encerrado en uno de los cuart9s, pálido, con los puños y las mandíbulas cerrados, como si fuesen de acero; rígido, tirado sobre una cama a medio hacer. Lo miró, desconcertada, con verdadero temor de que algo le estuviese ocurriendo, pensó si no sería lo que Evangelista llamaba "un parasismo", aunque no sabía de qué se tratara.
—Qué tienes? —le dijo angustiada, pasándole, con ternura, la mano por el cabello rebelde y áspero.
Él la miró como si no la conociera. Articuló con dificultad un "nada", lleno de furia, y salió corriendo.
Ella se sentía impotente y habría de sentirse así en adelante. Cuando alguno de los otros niños tenía problemas, no dudaba en venir a ella, y si le faltaban las fuerzas para sacarse con palabras aquello que le pesaba adentro, pues terminaba en su falda, llorando. A veces, solo se trataba de buscar una caricia, merodeando por donde ella estuviese, en la claridad de sus vestidos que la volvían aérea a la luz del sol, filtrándose entre las madreselvas del jardín; o de susurrar una confidencia, aprovechando que elka se abstraía en el corte de una rosa llena de espinas. Pero con Galo toda esperanza era vana. Jamás un naturak desfogue o una lágrima, nunca la espera de un mimo, ni la más ligera extroversión. Solo su figura esquiva y montaraz, solo su aire lejano y agresivo, su violencia contenida, presta al estallido. Y eso lo apartaba, sin remedio, del resto de los hermanos. Él los recazaba y ellos le pagaban con la misma actitud.
Por supuesto, ella reconocía que Rafaelito actuó con el chico de un modo absurdo. Quiso que lo amara a la fuerza, que lo respetara por encima de su carácter distinto, y aunque al principio le había tratado con igual cariño que a los

otros, cambió cuando el muchacho solo daba muestras de hosquedad. Entonces sí, se portó tontamente y le hostigó. Ese fue el encuentro de la piedra con el palo, según lo describía Evangelista. No hubo amor a la fuerza, pero si un odio espontáneo, irreprimible. Fue la época de la primera huida.
Volvió, pero todo sintieron en la casa que era más extraño que antes, que nada podían darle y que él ni estaba dispuesto a recibir, peor a dar.
Ángela naufragaba de inquietud ante el rostro juvenil y desolado. Infinidad de veces la frase "hijito yo..." quedaba trunca, por su sonrisa despectiva, por sus frases cortantes, por ese su continuo, inacabable volver la espalda.
Cuando tuvo quince años —y había vuelto por lo menos tres veces, siempre a la fuerza, a los golpes de lejanos, inhóspitos lugares de fuga—, le aterró a Ángela su furía, su deseo de romperlo todo, su ansia destructiva. Temía, temía, que esa especie de rabia interior acabase desgarrando las delicadas telas de su cuerpo y de su alma, pues, pese a la máscara del furor, ella, amándolo siempre igual, estaba convencida que su Galo era en el fondo un ser infinitamente frágil. Y aunque se rompía la cabeza pensando, no acababa de comprender contra la vida, las cosas y los seres.
Galo tenía pocos amigos, y entre ellos creció lentamente un secreto temor a irritarlo. Alguno le había hablado de eso a Ángela, lo recordaba. ¿Quién? Ah, si, Julián Garcés, seguramente.
Al cumplir los dieciocho, mientras todos sus compañeros de colegio terminaban el bachillerato, Galo iba apenas por la mitad de los estudios. Ángela se enteró, entonces, que frecuentaba grupos de gente violenta, de muchachos que escudaban sus acciones y su agresividad bajo consignas diversas: política, religión, tradiciones. Cuando le contaron que había participado en el apalamiento de un periodista de opiniones radicales, encerrada en su habitación, lloró de impotencia toda una tarde. Claro que no era la primera vez que lo hiciera ni sería la última. Volvería a hacerlo cuando su cuarto lleno de fierros, cimbras, pesas y fotos de hombres forzudos quedara vacío, menos de un año después, mientras él cumplía el servicio militar. Rafaelito repitió tan a menudo, durante esos meses de cuartel, que no se preocupase, que ahí adentro sí sabría lo que era cumplir con una obligación, que allí sí aprendería que en la vida no todo era agredir inmotivadamente a todo el mundo, que, enfrentándose con verdaderos hombres y desfogando su violencia, modificaría sus actitudes salvajes, pero, ¡cuán equivocado estuvo! Ella recordaba con infinita amargura al hombre que volvió en lugar de su muchachito feroz: un duro rostro pecoso, una cabeza rapada, llena de cicatrices, una manos encallecidas y cruzadas de costurones, un cuerpo fuerte y musculoso, poblado de golpes mal disimulados y tatuajes que la estremecieron, y una actitud aún más desdeñosa que antes y más altanera todavía.
Y lloró cuando tuvo que despedir a la criadita a la que Galo poseyera brutalmente

y perseguía sin piedad, una noche en que oyó sus gritos desesperados, aterrada ante la idea de que Rafael llegara de un momento a otro y escuchase de sus labios temblorosos la confesión de un asedio sexual que era, según sus propias palabras, 《cosa de locos》, y sin poder soportar que la pequeña campesina, histerizada por unas perversiones que no lograba entender, acabase de vaciar su pobre corazón en tormento.
Y volvió a llorar cuando, tiempo después, le contaron que andaba tras una costurerita de algún barrio apartado, una joven, al parecer, humilde y trabajadora, que sería sin duda, desgraciada, porque ya se veía que se Galo no estaba hecho ni para el amor ni para la felicidad.
Y, por supuesto, lloró también, y a menudo, cuando, habiendo abandonado una recién comenzada carrera universitaria, Galo adquirió la costumbre de beber y provocar escándalos y destruir gran cantidad de objetos, casi cada sabado.
Soñaba que se le aproximaba enternecida, preguntándole "¿por qué?, ¿por qué no puedes ser como los otros?". Pero, despierta en la mitad del sueño, se quedaba más angustiada todavía. Pensaba decirle algún día: "¿Qué te hicimos para que fueses tan distinto? ¿Quién de nosotros tiene la culpa de esa ira que te consume por dentro como la candela a la montañas?"
La ocasión de decírselo llego la madrugada siguiente a una noche en que Galo, embriagado hasta la inconsciencia, fue llevado a la casa en brazos de gente desconocida, todo él golpeado, irreconocible, cubierto de sangre. Y Ángela emitió un chillido agudo, pensando que se hallaba moribundo.
Se supo luego que se había cortado las venas de la mano izquierda con el vidrio de una botella rota, en medio de una riña de ebrios, en alguna cantina de mala muerte de los suburbios.
Cuándo el médico que suturó la herida se fue, empezaron las largas horas de vela. Hubo una brebe pausa, angustiosa, cuando Rafael, insistiendo en que se acostara porque iba a enfermarse, terminó anunciándole que no soportaría más las continuas borracheras y los subsiguientes escándalos y destrucciones.
—Te me largas, Ángela, te me largas —sentenció—. Y no me vengas con llantos. No quiero volver a verle. Mal hijo, monstruo.
Despues de un llanto convulso que duró como media hora, ella retornó junto al lecho de Galo y se instaló para el resto de la noche.
Destrozado, Rafael la miró de lejos, a la pobre luz de una lámpara de velador. Tantos años después de cuando la conociera, ahora, en ese momento de dolor, la volvía a ver con la misma fragilidad de antaño. Era curioso, pensó, que habiendo parido tantos hijos, y sufrido por Galo como todos ellos juntos, siguiese siendo tan leve de apariencia, como la primera vez, tan ligera de carnzs, tan esbelta. Y, pese a que intentaba endurecerse, para no dar pie atrás en su decisión de echar a la calle al hijo problema, se enterneció por ella casi hasta las lágrimas.

Al amanecer, y cuando Ángela ya se adormilaba, luego de haber pensado con tristeza en que, por vivir pendiente de Galo en mucho tiempo, se había descuidado de sus hijos, y casi olvidando de su pobre Rafaelito, Galo salió de su sueño alcohólico, miro su mano vendada, vio la figura de su madre, envuelta en su brumoso chal de frío y semisueño, y quizá por única vez en su vida, pareció conmoverse. Ángela sentía o adivinaba la mano derecha rozando su caballera —que en un día fuera de tonos dorados trigo, y ahora se disolvía en la niebla del amanecer— con una especie de torpe ternura.
—¿Por qué, por qué? —alcanzó a balbucear.
—Detesto la vida, madre —le oyó. Y era casi un rugido secreto, bajo, que la sacudió hasta el fondo—. ¡No quiero vivir! ¡No!
—Pero ¿por qué, Galo, por qué? ¿Qué te hicimos para que tengas tanta rabia contra todo y contra todos?
—Nada —dijo él—. Nada —repitió. Y ella veía sus ojos anegados en lágrimas. Le escuchaba sollozar. Pasaron unos minutos desgarrados, en que la habitación se convirtió en territorio del llanto. Entonces quiso acariciarlo, pero ya su manaza la apartaba.
—¡Deje! ¡Deje!
En su voz afloraba de nuevo el resentimiento de siempre y algo como un arrepentirse por haber sido momentáneamente débil.
Galo no esperó a que Rafael lo echara de la casa. Anunció que se dedicaría a la hacienda familiar, y se remintó en ásperas y lejanas tierras, por un largo tiempo. Ángela, envejecída y triste, pasaba horas frente al lecho en el que, una brumosa madrugada, sorprendió tal vez la única confidencia de su vida de su hijo.
De tarde en tarde, llegaban sofocados rumores de su violencia y sus excesos: peones flagelados, animales muertos con brutalidad, mujeres violadas, incendios y amenazas, rumores que ponían el alma de la madre en una como cuerda floja de angustia, antes de precipitarla en el oscuro, interminable túnel de la desesperación, repitiéndose mentalmente "no, no, no", para emerger sudorosa y desvaída, preguntándose "por qué, por qué, por qué", y escuchando siempre el siniestro credo del odio a la vida, susurrando en un lejano amanecer. Por eso, cuando aquel día, cuyo recuerdo la acompañaría hasta más allá de la vida, vio venir hacia ella a Rafael, demudado, casi supo lo que iba a decirle. Por años había temblado ante esa noticia que, seguro, iba a llegar en cualquier momento.
Se abrazó al marido, agitada por enloquecedores espasmos, balbuceando entre sollozos "lo sabía, lo sabía, yo lo sabía".
Luego, dejó de sollozar. Algo había escapado de su corazón junto con el sentido mismo de la vida, algo como un ave gigantesca de angustia, un peso enorme, soportado durante buena parte de su existencia.
Así la encontraron los que iban a condolerse, y ellla sabía que no se sentía de

verdad tanta pena por su Galo, al que quizás solo ella amara. Así, ante el ataúd que encerraba el cuerpo casi decapitado de Galo Alcívar, como una estatua de la desolación. Al anochecer pidió que la dejaran sola. Quiso pensar en ese hijo que fuera tanto dolor y tanta angustia y al mismo tiempo tanta inexpresada ternura, en ese, su querido suicida. Rafael la miró de lejos, recordando la última noche que Galo pasó en esa casa, y ya no logró evocarla en la juventud; era una pasmosa imagen del desconsuelo, frente al cadáver de quien antes de descerrajarse una bala de carabina, tan poderosa como para matar un toro, había estado rechazando la vida con furor infernal, desde hacía tanto tiempo.

LA PANTAGRUELA

Todas las mujeres de esta barriada, incluso las imponentes Marines, la gorda y enorme Chabela Guevara, las Irigoyen, que con la vejez se volvieron aplastantes, al menos la Blanca y la Victoria, habían tenidi un momento de frescor, una apariencia de pluma, de flor, de hilo de agua.
Pero usted, Augusta Mogollón, jamás.
Llego aquí de la mano de su madre, una señora llena de modos, vestidos floreados e inverosímiles encajes, vuelos, reatas, cintas y chiflicos, como decían burlonamente las mujeres, y nadie logró enterarse ni de su lugar de origen ni de qué mismo vivían.
A todos nos llamó poderosamente la atención su figura rechoncha, junto a la caricaturesca de su madre, y si no disponíamos de mayores datos biográficos sobre ambas, sus debilidades fueron enseguida detectadas.
La señora Targelia entrecerraba los ojos cada vez que el doctor Velásquez, con su porte aún distinguido, sus bastones de puño de plata y su cabello entrecano, pasaba cerca de la casa que alquilaron frente a la plaza. "Ay, es un caballero", suspiraba, cruzando los dedos y poniendo la cara sobre las manos juntas, en actitud de angelito de cromo. Al fín, consiguió meterle al viejecito Velásquez en su cama.
Mientras tanto, usted entrecerraba los párpados ante todo lo que fuese comida, y cuando pasaban bajo su balcón las canastas de pan recíen horneado, las empanadas de carnz o las simples alfeñiques, en hileras, sobre una tablita brillante, usted suspiraba angelicalmente, y era del todo feliz cuando lograba meterse en el cuerpo una buena cantidad de cualquier cosa comestible.
Y muentras ocurria en el interior de la casa el otoñal refocilarse de la pareja, usted, en el balcón, devoraba, plácida, los bizcochitos, los cortados de dulce de leche, las arepas delicadas y los chocolates que Velásquez parecía traer por toneladas para mantenerla ocupada.
Cuando, despues de un largo adulterio, el viejo Rubén desposó a doña Targelia, quienes fueron invitados a una ceremonia intima, que congregó a medio centenar de conocidos, la vecindad en pleno asistió al despliegue de su voracidad, mientras la novia, entre sus volantes, encajes, azahares, mitones y más adefesios, trataba inútilmente de borrar la mala impresión, con un derroche de sonrisas, pastel demasiado empalagoso y champaña de mala calidad, de ese que sabe a corcho podrido, bromeando torpemente que a su Augustita se le podía dar de vestir, pero no de comer, y subrayando con una risita infame el estribillo.
Inútilmente, porque ya alguno de los leídos del barrio, creo que el hijo de la Sebastiana Argudo, que presumía de poeta, le bautizó a usted con el apodo que le acompañaría hasta el fín: la Pantagruela, contando además la historia de un

gigante Pantagruel, tragón hasta el extremo que necesitaba creo que once mil vacas para alimentarse o alguna barbaridad así.
En la plaza, donde nos reuníamos a cantar y a reírnos hasta que las beatas Carmona salían a insultarnos y a tirar bacinillas en dirección al grupo, el chiste favorito era sobre su gordura y su voracidad.
Cuando fuera mujer, decían los vagos, que sus hijos, si alguna vez los tenía, nunca morirían de desnutrición sino de empacho.
La imaginaban en la playa, semidesnuda, volviéndose constantemente al escuchar el aplauso de sus nalgas monstruosas.
Decían que su papada podría dar tocino para toda una generación; que para vestirla —y pese a lo fácil que lo veía doña Targelia— se necesita una pieza de tela; que no usaba sostenes sino hamacas. Decían tanta alegre majadería, hasta que alguno se ponía amargo y la imaginaba en sus dolores, seguramente tan grandes como su humanidad.
Y no andaba muy lejos de la verdad. Años después, cuando murió su madre, asistimos al diluvio de su llanto inconsolable, y, al poco tiempo, a su inpotente desesperación, cuando, solo y desamparada, vio morir al viejo doctor Velásquez de un síncope, sin que su enorme gordura le hubiese permitido auxiliarlo a tiempo. Y es que bromas y exageraciones aparte, su deformz cuerpo paquidérmico era una gran masa que se movía por el mundo con la mayor dificultad posible.
—Es una enfermedad —decían unos. Y otros:
—¡Qué va! Es una gorda tragona, y ya.
Y se armaban fragorosas discusiones. Era un mal, no lo veían, ningún ser humano normal podía pesar tanto, tener un cuerpo tan deforme, devorar así las cosas. Era un vicio, no se veía claramente que era un vicio que superaba a todo lo imaginable; la Doble Ancho, como la llamaban unos, era la encarnación de la gula, no le importaba más que tragar, tragar, tragar...
Lo cierto es qje no era usted solo una gorda voraz, Augusta Mogollón, algohabía en el secreto y adiposo universo de sus carnes de gigante, que la impulsaba hacía la comida con desproporcionado placer. Contaban, por ejemplo, que cuando el Serafín Venegas, luego de innumerables cajas de chocolate, perniles y tortas de mil sabores, jamones ahumados, almendras y toda clase de frutas, que eran parte de lo vedado para un barrio tan pobre como el nuestro, logró sacarse de adentro algo como un espina, el morboso capricho de meterse en su cama, usted siguió comiendo, indiferente, mientras él se afanaba y agotaba sexualmente. La evocación de esta escena causó algunos de los ataques de risa más frenéticos de que puedo acordarme, y los chistes más obscenos que sobre usted, la Pantagruela, se hicieron.
Dijeron también que cuando el notario le comunicó la cantidad inmensa de dinero

que le había dejado en su testamento el doctor Velasquéz, solo salivó golosamente, como un perro al que fuesen a darle un inverosímil hueso.
Todo para usted se reducía, pues, a comer.
Su apetito desaforado y su complexión gifantesca llegaron a oídos de gente de muy lejos. Venían al barrio preguntando en dónde vivía la Pantagrueta, y luego se apostaban en la plaza, esperando que aparecía en la ventana o en el balcón, con su rostro abotagado de buda masticante y sus ojos beatíficos, siempre puestos en algo comestible, con su mano que parecía una gordísima nalga sobre el pecho de insólita arquitectura. Entonces, contemplaban embobados sus tres quintales de grasa, y si alguno de los niños se portaba mal lo amenazaban con entregarlo a la mujer gigantesca, que no había cesado de rumiar.
Cuando se puso mal, mientras todo el vecindario rezaba por su alma y algunas de las comedidas que no faltán jamás empezaron a arreglar la vasa para el velorio, preguntó usted, Augusta, con un hilillo de voz, que venía como un insignificante arroyuelo desde la mole orográfica de su cuerpo, si alguien sabía si en la otra vida se comía.
Como dijeron los bocones del barrio, eso se llamó morir en su ley.
—Se durmió plácidamente —comentaron, contra todo el rumor de la vecindad, las beatas Carmona.
—Siguió atragantándose después de la extramaunción, ¡qué horror! —dijeron las Marines.
—Comulgó porque creyó que era comida —añadiría, con su acostumbrada acidez, Blanca Irigoyen.
Y todo esto mientras el carpintero Calderon trabajaba como loco en su taller, porque no hubo ataúd ni bóveda aptos para su abrumadora anatomía; así que se la enterró en el suelo, no a que durmiese bajo los cipreses, como dizque decía ni sé qué poeta, que seguramente usted tampoco conoció, pues solo leía recetas de cocína, sino a que fuese parte de un convite en el que ya no probaría bocado sino sería el plato fuerte.
Como dijo alguno de los borrachines de la cantina de las tres Elenas: "a la Pantagruela, más que en paz, hubiera sigo bueno desearle que d3scanse en comida", y todos corearon: "Amén".

EN SECRETO

Blanca Irigoyen se pasa el día entero en su máquina de coser. El ruido del motor, como un gran abejorro intermitente, impide oír lo que pasa más allá del mundo de tus telas, sus hijos, sus hilvanes, sus orlados y costuras, pero no logra impedirle pensar.

Piensa siempre en las mismas cosas. En sus hermanas. En Victoria, que es y fue la mujer más virtuosa del barrio. La vecindad enteraquiso hallarle defectos y no pudo. No pudo. Y a ella se le hace como una pelota de amargura en la garganta, tanto, que cesa en tu labor y se lleva una mano al pecho, por un instante. Sentada un poco másallá, Victoria levanra la vista de su bordado para preguntarle cariñosa:

—¿Te pasa algo, niña?

—No —dice, sintiendo que la pelota amarga crece en el pecho; vuelve a coser. "Todos acechando, ojos en la oscuridad, ojos en el sopor de mediodía, ojos al amanecer, ojos. Y vos, Victoria Irigoyen, inmaculada". Y eso que ella, con toda habilidad, sembró en las conversaciones como diminutas semillas venenosas. Contó cosas sobre un enamorado de la hermana, Galo Alcívar, que jadeaba por las noches junto a su ventana, como un animal atormentado, allí, junto a la ventana, en sombra, detrás de la cual Victoria esperaba, trémula y solitaria, esa ventana que ahora, en ese instante, se abre a la luz del sol, a la vida que viene de fuera, a las canciones de los chicos que juegan en la plaza: "Buenos días mi señoría...", a las pequeñas riñas por bolas y porotos, a los saludos de los vecinos, a las palabras perdidas de gente que pasa: "Y ha venido pues... vea, yo si le dije al Florencio... tendrá plata, seguramente... adivine, vaya, adivine", y hasta a algún sollozo inesperado o a más de una carcajada.

Y soltó también granitos de ponzoña sobre cierto día en que ese mismo finado Galo Alcívar, Dios le habría juzgado ya, quiso abusar de la pobre Vituca, y si no hubiera sido por un vecino, pues no habrían contado el cuento. Pero, todos los que escuchaban repetían invariablemente que la Vituca era un ser admirable, capaz de resistir a cualquier embate, hasta a los de un condenado como el difunto Alcívar. ¡Qué santa mujer!

Pensaba en Maruja Irigoyen, su hermana bellísima. "¡Qué postal de criatura!", decían algunos de los viejos de la vecindad, con su exageración usual. Con ella, Blanca no había tenido que empeñarse mucho. Su orgullo, sus pujos de grandeza, su fracaso amoroso con un señorito que la tuvo y la dejó, dieron tela más suficiente para que el barrio entero cortase largamente. Pero, a Blanca le volvía aquella bola amarga que casí la impedía respirar, pensando en el poco efecto que parecían causar en María Irigoyen todos los dimes y direses juntos. ¡Cómo alguien podía tener la piel tan dura a la maledicencia general!, se indignaba.

¡Cómo se podía ser tan indiferente a los chismes, caracho! Y volvían a llevarse la mano al pecho, unos segundos. Ahora mismo la ve, escucha por encima del ruido de las maquinas y del run-run incesable del barrio, por encima de todo y de todos, su voz, entre dulce y dolorida, cantando que su amor correría debajo de los almendros como el agua, si no hubiera malas lenguas. Y se estremece, antes de volver a coser.

Y pensaba también en su única amiga, Teresa Gómez; "porque conocidos hay por montones, pera o amigos, amigos de verdad, solo unos pocos", repite siempre. Recordaba sus confidencias absurdas, cuando un niño bien la perseguía en la penumbra de los cines, y ella la aconsejaba: "Tere, mándale a pastar chirotes, qué se cree pues el tipo este", y le decía que no abusara de su bondad de amistosa confidente, que no debía confundir con alcahuetería, caray, que lo que estaban haciendo, dejarse manosear por un sinvergüenza en la oscuridad, un canalla que afuera a la luz, ni siquiera le saludaba, "ni te ve, el muy desgraciado", eso era indigno, aberrante, enfermo.

Todo lo decía, con una convicción, que a veces llegaba a tomarse en serio ella misma, a creer lo que estaba diciendo, aunque, de verdad, de verdad, ella habría dado cualquier cosa por ponerse en el lugar de la Tere, y que alguien, cualquiera, un hijo de su madre como ese Julián Garcés, con el que se estragaba la Gómez; como el mal nacido del Galo Alcívar, que le jodía a la Vituca o el señorito lépero del Néstor Argudo, que le arruinó a la Maruja, o quienquiera que fuese, sentándose a su lado en las tinieblas de una pelicula de terror, se restregase contra ella, la jodiese, la arruinase, tocándole la mano, los senos, todo, la amenazase con violarla en plena calle y, finalmente, la raptara en un destartalado coche, llevándola a algún pueblo miserable, para poseerla, aunque luego la dejase, desapareciendo por siempre.

Pero no. A ella nada le había pasado jamás, nada le pasaría ya nunca, y no tiene más que el ruido interminable del motor de su máquina y esa como bola de amargura que le sube por dentro, creciendo cada minuto, creciendo, con su repugnante gusta a bilis, creciendo, como una amenaza mortal, día tras día, mientras en lo más secreto de su corazón se va ahogada en un mar de hiel, como una flor inútil, consumida por el fuego de su terrible pasión inconfesada.

LOS SUEÑOS

Alguno de los viejos verd3s del barrio, de los que se les caía la baba al verte pasar, mostró en la tienda del Cauje, que era el sitio de reunión de todos los ociosos de la vecindad, una foto de la Doña, y desdz ese rato ya nadie se acordó que te llamabas Maruja Irigoyen y te bautizaron como la "María Felix de los pobres". Todos creíamos que no te enteraste de esta historía, pero tu hermana Blanca contó que, consiguiendo fotos de mirar, de levantar las cejas, de pintarse la boca, y que decías "vos que sois vicio del cine, avísame si alguna vez dan una cinta con ella". Pero ese era un tiempo en que de Mexico solo llegaban cantada sin qué ni por qué y a toda hora.
Parece, también, que fue por esa época que empezaste a imaginarte la vida, porque antes eras, como tus hermanas, una chica sencilla.
Ahi fue que comensaste a hablar con desdén de todos los hombres del barrio. Te parecían sucios, cholos, viejos, tísicos, guambras desocupados y otras cosas feas. Todos eran poca cosa para vos. Decías "quiero ser alguien diferente". Soñabas con una vida cómoda y feliz, lejos de las agujas, de los dedales, la luz del foco, que hería tus hermosos ojos desdeñosos; lejos de los cuerpos que nunca se ajustaban al corte del vestido en que te habías pasado horas de horas; de las señoronas que venían al taller y te ninguneaban a vos, a tus hermanas y a las chicas del barrio que entraban como aprendices al Taller Mignon.
Un día te confesaste a la Tere Gómez que nunca te casarías con alguien de por ahi, porque era una vecindad de zarrapastrosos o de nobles empobrecidos, y que te habías puesto como meta ser una señora, una gran señora; que notabas que tu figura, tu pelo, tus facciones afiladas hacían sensación en donde quiera que estuvieses; que a los hombres se les iban los ojos y las mujeres se les ponía verde de envidia la cara. Vos sabrías manejar tu futuro.
Humillados por tu altanería, los hombres del barrio sintieron que los atenazaba el deseo de poseerte, y en más de una ocasión alguno estuvo a punto de echársete encima, en plena calle, como dicen que quiso hacer uno de los Alcívar con tu hermana Victoria, que fue, en cambio, la hembra más tranquila y de más reposada hermosura que hubiese conocido la calle del Libertador. Si entonces no fuiste violada, ultrajada, forzada, poseída, no fue, ingenua, porque tus cejas arqueadas, levantándose despectivas, o tus lanzado rayos de desprecio, obrasen sobre los machos sobrexcitados con poder refrigerante, sino porque quien te tuvieran hubiese sido destrozado por los otros, que en su animalidad le habrían dado de golpes, puntapiés y dentelladas, como hubiera hecho él mismo, tratándose de otro transgresor de ese acuerdo tácito de forzado respeto.
Su humillación tampoco resistía la presencia de los galanes foráneos.
Hombre que seguía tu rítmico andar, cuando iba o volvías con la carga multicolor

de vestidos o de telas, era, como quien dice, hombre al agua, pateado, pisoteado, garroteado, en las sombras, por un grupo anónimo de amantes frustrados.
Los Marines, las pitonisas del barrio, comentaban ante quien quisiera oírles:
—¿Qué se creerá, pues, esta norteña de m*****?
—¿Cuál?
—La María Felix
—Ah, porque las otras, buena gente son, chicas simples como el resto del barrio.
—No, no hablo de ellas, hablo de la famosa Maruja.
—Ah, entonces has de decir ¿qué se creerá pues la *mapa* señora?
Y se morían de risa, llamándote porquería en quichua, vengándose así de tus desplantes y tu soberbia, profetizanto catástrofes en tu vida futura, hombres borrachos y violentos, una larga hilera de hijos, soledad y miseria.
Entre tanto, seguías soñando, y sin hacervcaso del tranquilo saber de tu hermana Victoria, que repetía refranes en cadena: el de coger, escoger y al final quedarse con lo peor, el de lo malo que se conoce antes que lo bueno desconocido y el del preferible pájaro en la mano, que causaba la pícara chacota de las aprendices. Le decías a la Tere que cuando te casaras te irías del barrio, primerito, a uno mejor, más centrico, a una de esas hermosas casas, llenas de guirnaldas de yeso en la fachada, balcones de hierro forjado y cielorrasos de lata policroma, de esas casas que se levantaban en la misma calle del Libertador, cuando esta se tranformaba, de lo que tus vecinos llamaban *huasha*, por la sucia, llena de restos de cercas de piedra y matorrales, baldíos convertidos en letrina y vacas pastando libremente, en la calle más importante de la ciudad, en la de los desfiles cívicos y las procesiones. ¿Cómo harías para vivir en una de esas casas? No lo sabías.
Pero estaba decidido que así sería y asi tendría que ser. ¡Pobre loquita, si hubieses sabido en lo que iba a terminar tu arrogancia, y lo dura que iba a ser contigo la realidad, talvez te habrías ahorrado tanto sueño!
En eso apareció Néstor, el Diablo Argudo, por el barrio. Dicen que te conoció en la única corrida de toros de la historia de la ciudad, cuando a tus amigas se les ocurrió ponerte una mantilla española que alquilaron a doña María Berríos, unos claveles de pasodoble en el pelo y un abanico de carton coloreado en la mano. Cuentan que hasta te tomó fotos y todo.
Luego empezaría el asedio, pero claro, tomando sus precausiones. Nunca venía solo. Parece que se comió la pequeña herencia delos padres —gente con más pujos aristocráticos que dinero— haciéndote la corte, viniendo a rondarte en su destartalado Ford de los años veinte, en medio de su cohorte de pitucos bien comidos, que le hacían de guardaespaldas, mientras se zampaban su buena botella de whisky, en un sitio en el que las gentes no conocían otra bebida que el humilde trago y la aún más humilde chicha fermentada. La gente se molestaba por esas ostentaciones y carcajadas, mientras vos conversabas con él en la

sombra de la noche reciente, desde la ventana baja de tu casa. Los hombres no aguantaron y alguna noche hubo una tremenda trifulca, pero los del barrio tenían las de perder, losotros manejaban armas, policíae influencias.
El Diablo era el ser mas mentiroso de la ciudad, parece. Te pintó la vida que soñabas. Una casa hermosa, como era, en realidad, la de los Argudo, no precisamente en la calle del Libertador, pero al ladito de la Plaza de las Armas, en el mismísimo centro. Claro que no te dijo que era de infinitos herederos y acreedores. Dos quintas magníficas junto al río —hipotecadas, vendidas, retaceadas—, y una enorme e inexistente hacienda. Te deslumbró, además, con la pintura de una existencia muelle, en la que todo lo hacían los criados —a los que no se les pagaba "un calé partido", en expresión de los más antiguos, "desde la época de la independencia"—; elegante, ya nunca le volverías a confeccionar la ropa a ninguna vieja de m*****, sino que te harías coser por las Guevara, las más habiles y célebres costureras jamás conocidas.
Tanto le dijo, que acabó por convertirse, y no debió, realmente, costarle mucho esfuerzo, si piensa que tu cabeza soñadora era terreno más que apto para sembrar quimeras.
Una noche —sin que nadie se percatase— desapareciste de tu pequeña casa. Tus hermanas lloraron todo el día siguiente, hasta que se les deformó el rostro. Cerraron el Taller Mignon y no quisieron ver a nadie. Por la noche, y como no aparecías, Victoria fue donde Sebastiana Argudo, una mujer a la que todo el barrio quería y respetaba, representante de una cierta aristocracia provinciana venida a menos, pero digna, anciana y discreta, y, al parecer, emparentada con el Diablo seductor. Ella, le miró, conmovida, a los ojos a la Victoria y le dijo que comprendía su angustia. (¡Y cómo no, si su hijo había hecho lo mismo con una pobre niña ilusa!) Ah, esos muchachos de ahora y estas infelices criaturas que no pensaban en nada y eran tan fáciles de precipitar en cualquier aventura loca. Solo quedaba una esperanza, que, en medio de todo, quisiera casarse, pues estos jovencitos irresponsables, además, odiaban el matrimonio —y seguramente seguía pensando en su hijo, que luego de la seducción había desaparecido—. Oh, y en cuando a fortuna, malo era decirlo, pero elka no quería que se hiciera ilusiones, esos Argudos eran tan pobres como cualquier vecino de este barrio, como ella, como ustedes. Dados a la ostentación, eso sí, muy dados a aparebtar.
La Victoria salió en un mar de llanto, pero se quedó boquiabierta cuando al entrar en la casa te encontró, tomada de la mano con el Diablo y sentada en un banco forrado con retazos de tela de las costuras, cabizbaja y apenada, conversando tímidamente con tu hermana Blanca, la feíta de las tres.
Hicieron los dos una escena muy teatral, con lágrimas y todo, decían que huyeron, porque se amaban, hacía un pequeño pueblo cercano, para que los casaran "los conocidos del Néstor", y el Diablo con una voz aspaventosa aclaraba

que el teniente político era hijo de un expeón de la familia y el cura un pariente lejano de su abuela.
Luego, detalló la presentación de la nueva desposada en su casa. Su familia, dijo, engolando la voz, era un poquitín chapada a la antigua; sus tíos, sus hermanas, estaban convencidos de que habían venido de España en huevo —se reía, pero Blanca opinó luego que sonaba a falso—; era cosa de ir con tino y tener un poco de paciencia; por lo pronto, tu seguirás allí, con tus hermanitas y él... (hizo una pausa, mirando fijamente a la Victoria, contó la Blanca, pero ella no se inmutó), pues a él no le quedaba más remedio que irse a su casa, a no ser que Victoria comprendiese que esta era su primera noche, que recién casados como estaban —porque, eso sí, se sentía en la obligación de aclarar, como caballero que era—, que no te había tocado, y tú enrojeciendo hasta la raíz del pelo, que, en fin...
Victoria le cortó en seco. Mirándolo con fríos ojos le dijo que, ciertamente, las cosas no habían ido rectas hasta ese momento, pero que más valía que empezasen a ir ya, que carecía de sentido que él se quedara a dormir en una pequeña casi habitada por tres mujeres solas, que el barrio —y pronunciaba esta palabra en tono reverente— no tenía motivos para saber que "usted, Néstor, está legalmente casado con mi hermana María", y que las habladurías iban a desatarse. De nada valieron tus ojos suplicantes, ni los argumentos retóricos del Diablo. Te quedaste sola, en medio de un silencio helado. Y sin saber porque, temblabas, como si la piedra de sueño de tus castillos en el aire, se fuese poco a poco al suelo, convertida en polvo. Y no era justo tanto pesimismo, pues sentías en tu dedo el anillo de diamante de la finada madre del Néstor y no se había apagado aún el calor de su promesa y su beso peliculero, dados, al partir, en el mejor estilo Jorge Negrete.
La Blanca contó que la Victoria le dijo "este sinvergüenza no vuelve, ya verás, y nos quedamos con bulto, me miente". Se equivocó a medias. El Néstor Argudo llegaba por la mañana y se iba al anochecer. "¿No tendrá nada que hacer este ocioso?", preguntaba, fastidiada, a sus íntimos, la Victoria, aunque era obvio que no.
Vos, mientras tanto, estabas radiante. Salían ostentosamente a tomar el sol en la plaza con tu marido, ibas donde el Cauje a comprar cualquier tontería y exhibir el diamante, con el orgullo resplandeciéndote en la cara.
—¿Aquí van a vivir? —te preguntó un día, como quién no quiere la cosa, la Rosario Marín, que no acababa de convencerse de que todo fuera como tú lo pintabas.
Dijiste que no , que hasta mientras nonmás, y no entrase en detalles; pero eso de que el Diablo no se quedara las noches empezó a inquietar a la fiera que dormía en el corazón de la vecindad. Y no era cuestión de matrimonio, pues si el anillo no hubiera bastado, hubo el testimonio de los parientes del teniente politico que, casualmente, vivían a dos calles de tu casa, y que se encargaron de confirmar la

versión del Diablo a la Victoria. Entonces, si no era cosa de boda, ¿de qué diablos se trataba? Te guardaste bien de comentar lo de la presentación en la casa de los Argudo, y, milagrosamente, la Blanca nada dijo al respecto. La dichosa presentación se iba postergando, postergando, y llegó a parecerte que terminaría por esfumarse... Mes y medio después, el día soñado no había amanecido todavía, lo que llegó fue una palidez mortal, y llegaron también el adelgazamiento, los vérigos, las náuseas, y en tanto que el Néstor leía revistas acostado en una banca del Taller Mignon, tú corrias a vomitar hasta el alma con el menor pretexto: un olor, un color, un recuerdo. La Victoria te miraba con rencor, y, amargamente, no cesaba de recordar que el Diablo había jurado que se portó contigo como un caballero.

Entonces, ocurrió lo peor. Una mañana el Néstor vino muy serio y elegante y te condujo a la vieja casa señorial de los Argudo.

Nadie sabe lo que pasó allí, entre esos anchos muros de adobe, empapelados, enmascarados de cuadros con pátina, lámparas de cristal coloreado, alfombras y tapices.

Dicen que las hermanas del Diablo te humillaron, que a la mayor de ellas, una especie de arpía que murió poco despuésven un manicomio, sola y desesperada, te arrancó el anillo de su mamita, que vos, una cualquiera, una chola, no eras digna de llevar, y todo ante la mirada impotente de tu marido.

Volviste sola, ojerosa y digna, contando que esa gente no era como la imaginabas, ni ese mundo de nobles en decadencia, lo que soñaste.

Nada te unía ya al Néstor Argudo, decías a tus hermanas, y mistrabas tus dedos desnudos afirmando:

—Le he devuelto su anillo y su libertad.

Luego, encerrada en el dormitorio que compartías con las dos, durante una semana, lloraste tu verdad.

Néstor vino religiosamente todas las mañanas y todas las tardes, y Victoria le dio con la puerta en las narices, tarde y mañana, y si ella no estaba, lo hizo, con todo el gozo de que era capaz, Blanca.

Desesperadamente, se embriagó hasta perder la cabeza y vino a golpear la puerta a la medianoche, haciendo un tremendo escándalo, que le sirvió al barrio de pretexto para llamar a la policía y mandarle a curarse la borrachera en una celda inmunda. Cada uno se venga a su modo ¿no?

Cuando nació tu hija, a la que todos los vecinos querían conocer, pues, a pesar de la rabia que te tenían, la imaginaban hermosa, como una mezcla de vos y el Diablo, "antipático como él solo, tan antipático como ella", sentenció una de la Marines, "pesadísimos, pero buenosmozos los dos", completaba; cuando nació la pequeña Marujita, como la bautizaron todos, llegó un impresionante ajuar bordado, que nadie supo si lo enviaba el Néstor o lo mandaban tus cuñadas, pero

fue devuelto sin siquiera mirarlo, con un displicente recado de ustedes tres: "la niña no nesecita caridades".
El pobre Diablo se desesperaba por conocer a la niña, se valió de todos tus amigos y conocidos, intentó comprar al sacristán el día del bautizo, a ka comadrona, al médico, a todo el barrio, sin conseguir nada. Finalmente, un día desapareció, coincidiendo su esfumarse con ek cambio de dueños de todo lo que algún día fuera de los Argudo.
Entonces, el comentario de la gente del barrio se dividió entre el de quienes te admiraban por tu valentía al haberle puesto los puntos sobre las íes a un fulano con pujos como el Néstor, y el de los que dijeron: "Bien hechito, carajo, ahora veremos quién vuelve a fijarse en ella; ahora a ver si hecha prosa y les ve a todos los hombres de hombros para abajo, como si fueran basura. Que tome príncipe azul, carajo. Se quedo sola, jodida, que pague su soberbia, m*****".
Ha pasado el tiempo. Ahora sé que crías a tu hija hermosísima, manteniéndose, pese a tida adversidad, solitaria y distante como una reina. Sigues siendo bella, dicen, y piensan que seguirás siéndolo hasta la vejez te hunda sus dedos sarmentosos en el cuerpo y en el rostro. No se cumplió la profecía de las síbilas de que nadie te volvería a ver. Muchos lo han hecho, pero inútilmente, porque despues de tus deplorables amores, ningún hombre ni del barrio, ni de fuera de él, parece existir para vos, y algo como una secreta amargura se instaló en tu corazón en el lugar de los sueños, apagando la llama espkéndida de tus ojos y el fuego de la visa misma, Maruja.

–Veráslz, verásle. —Dice uno de los muchachos del grupo—. Verásle. —Y grita roncamente: ¡Uaaaaaa!

Jesusito Aldeán, un viejo esquelético y desarrapado, vestudo con un pantalón lleno de remiendos, un saco en el que las costras de mugre se sobreponen, un sombrero de paño negro, verde de incontables sudores, una camisa casi inexistente y un sucio trapo como corbata, da un brinco, se despierta, gria con su voz nasal contra estos mangajos malcriados, crápulas, chorizos sinvergüenzas, se acomoda en el quicio de la puera y vuelve a dormirse de pie.

La Mamita le decía "Mi Jishu", mimándolo y cuidándolo. Los zapateros más caros le confeccionaban botines brillantes; los mejores sastres, ternoq y camisas de cuellos y puños tiesísimos. Un ejército de criados le preparaba su baño, que no tomaba sino luego de horas y horas de sueño remolón y rezongos. Después lo perfumaban y vestían, mientras la Mamita ordenaba los manjares de Jesusito prefería. Y esto, hasta los cuarenta años.

La hermana menor, Carlota, con su ligera amargura de mujer privada de hombre por las tiranías amorosoaristocráticas de la Mamita, le reprochaba a doña Balbina, que no estaba bien que el Jesusito no trabajara (en realidad pensaba que su hermano era un parásito, pero no se atrevía a decirlo en voz alta) y que no se hubiera casado ya (estaba segura de que algo no funcionaba bien en "el dormido", como lo llamaba entre dientes; recordaba que hubo que indemnizar a una muchachita campesina, perdedora espontánea de un virginidad que su hermano le había dado igual que la vieja porción del sexo con que lo entretenía, un poco a pasar suyo, y mientras Balbina había la vista gorda, Josefa, una criada a la que ella detestaba, llamándola "sapa", "vivísima" y otras cosas, pero siempre a media voz, porque era tambien uno de los tabúes de la Mamita; si, se acordaba de la criadita indemnizada, cuando le preguntaron "¿y él te forzó?", ella había respondido, bajando los ojos: "No, durmiendo estaba, y yo creí que no hubiera hecho nada, por eso acosté al ladito"). "Tonterías", decía la madre, "tonterías", trabajaban los cholos, los pobres, y su hijito no era ni lo uno ni lo otro. En cuanto a casarse, aún no había aparecido la reina que fuese digna de su niño. Carlota, tragando una saliva amarga de bilis, bordaba un poco y volvía a la carga, tanto mimo estaba haciendo de su hermano un inútil, lo decía armándose de todo valor posible, y continuaba, por su dejadez y se pereza se había perdido la propiedad de Santa María de la Gracia, por su desidia y soñolencia de la cida, se quedaron sin los muebles, los cuadris, los trastos antiguos y tan valiosos de la hacienda Emilia, que les dejara el pueblo.

—¡Boberías! —Se alzaba de hombros la Mamita, ya molesta—. Boberías, pequeñeces, insignificantes. ¿Qué habían perdido? Un pegujal sin mayor utilidad,

cuatro cuadros comidos por los ratones, y unas pailas, es decir nada. Pero ella, Carlota, siempre fijándose en pequeñeces, en naderías. Y, con una voz melosa, afirmaba que su Jishu era una criatura que no tenía por qué ocuparse de cosas de mayordomos, esponjando su gran pecho cubierto de encajes, como una inverosimil paloma encelada.
—Claro, un crío de cuarenta años —rezongaba todavía Carlota, consciente de lo inútil de sus protestas, antes de sumirse en sus paisajes de pelos y alas dz cantárida, rumiando, rumiando siempre lo mismo: el hermano era el centro de la vida de la Mamita. Y no se equivocaba. Balbina se desvivía por mantenerlo pulcro, nítido, perfumado, pero era un inútil cuidado, por un hombre que solo pensaba en dormir. Hasta muy avanzado del día, todo el mundo andaba de puntillas en la casa, porque Jesusito dormía, y solo la Mamita podía romper ese sueño de cuento de hadas pérfidas, con su beso de amor, y con la bandeja de plata del desayuno, hacia las diez u oncz; luego venía la ceremonía dem baño; a la una pasaban a la mesa. Después de la golosinas, el hermano empezaba a cabecear y la Mamita, gozándose, sugería "acuéstate, Jesusito, anda, reposa un poco mi hijo". Él se levantaba penosamente para el café de las cuatro, que le servían en su jarro de porcelana azul y bordes de oro, y entonces salía al zaguán de piso empedrado con rosetas de hueso. Se apostaba en la puerta hasta las cinco; en los primeros minutos saludaba a algunos conocidos, pero, poco a poco, se iba adormilando, de pie. A veces, volvía antes o no salía, recostándose en una mecedora en el patío cubierto de enredaderas, con emun libro en las manos, el cual —generalmente un tomo del año Cristiano— caía al suelocon estrépito al poco rato. Las moscas zumbaban en el atardecer tibio y polvoriento de la gran casa, arrullándolo, y la Mamita lo miraba enternecida, maldiciéndolas, porque no faltaba una audaz que se atreviera a rondarle la nariz, la boca, y hasta a posarse en las comisuras entreabiertas, interrumpiendo su sueño.
—Mamita —dijo una vez, tímidamente Carlota—. Yo creo que el ñato debe tener alguna enfermedad. No puede ser, no es normal que duerma tanto. —Uno de sus pretendientes, que iba para médico, le había hablado de una mosca, cuyo picadura inoculaba el mal del sueño—. ¿No sería posible que el Jesusito, alguna vez...?
—Majaderías —se refunfuñó Mamita—, majaderías. Y ¿cómo era que ese mediquillo se había permitido opinar sobre su hijito?
Que no, que no hablaba de él ni de nadie en particular intentó aclarar Carlota, inútilmente, resulta que conversaban de enfermedades raras. Ah, de modo que su chico zra un monstruo, sí, eso no más faltaba, le prohibía volver a ver a ese *sacha* mata sanos. Que oyera bien, el pisaverde aquel no volvería a poner los pies en su casa mientras ella vibiera. Carlota sumía los ojos en su labor con seda y pintura al óleo, la expresión de la pastora que figuraba en la tela adquirió una tristeza

enorme. Se haría como Mamita dijera, suspiró, así se haría, pero ¿no sería bueno, de todos modos, hacerle ver al Jesusito con un buen médico, con una especialista?
Entonces, la indagación de la Mamita bordeó el furor. ¿Qué le pasaba a Carlota? ¿No sería que ella estaba enferma y quería enfermar a toda costa a su hijito? Le salían materialmente chispas de los ojos. Ella, que a las seis de la mañana —con una criada delante y dos detrás, llevando reclinatorio, alfombrita y devocionario— ya estaba camino a la iglesia, que a las siete daba órdenes para el arreglo de la casa —una de las más bellas y lujosas de todo el barrio y tal vez de la ciudad—, que a las ocho estaba ya desayunada, limpia como un anís —en su propia expresión—, bordando los manteles de altar, los purificadores y demás paños de iglesia para sus amigos curas, frailes y monjes; ella, que, diligente siempre, mezclaba las órdenes para el baño fragante de Jesusito con las recetas culinarias y con el constante ir y venir de los mil trabajos caseros; ella que, como lo pregonaba, no tenía jamás un momento de descanso —aunque se ocupase de futilidades y no lo confesara—, ni conocía el cansancio o la pereza, veía como lo más natural del mundo que este hijo suyo, tan inútil, que era capaz de atarse los cordones de los zapatos, afeitarse o pasar un cepillo por su ropa, viviera sumido en la absurda molicie de un sueño perpetuo.
La súbita muertz de Balbina, una fría mañana dz agosto, mientras regaba el jazmín del patio de las enredaderas, rompió el precario equilibrio entre la hermana amargada y el hermano dormido.
Apenas a los dos meses de duelo, inconsebiblemente, y ante la habladuría de todo el barrio, Carlota se casó "con el primero que pudo", según dijeron las Marines, "un médico más joven que ella, casi su hijo", aclararon, y dejó el caserón, su regimiento de criados y su atmósfera de sueño continuo.
Realizadas las diviones de herencia, se vino que a Jesusito le tocaba la parte del león: casa, joyas, dinero, y a Carlota la ropa, un dinero prestado, que era preciso ser muy hábil para recaudar y alguna de las propiedades rurales de esas a las que Mamita llamaba, desdeñosa, "pegujales". La hermana, entonces, se sintió más amargada que nunca, pero, decidida tambien a hacer su vida, juró no volver a la enorme casa ni al hermano perezoso.
Solo, abandonado a su molicie, la vida de Jesusito se transformó en un largo sueño, sin otras interrupciones que aquellas de las horas de comida. Y mientras él dormía, sirvientes y ratones se paseaban, ante el pasmo y, también un poco, la diversión del barrio.
Los criados contaban que una vez le dejaron dormir sin despertarlo, para ver qué tiempo podía hacerlo. Durmió tres días, se levantó a comer algo y para sus necesidades, y volvió a acostarse. Contaban también que si no le despertaban a la hora del almuerzo, a él no lo movía ni siquiera el hambre y que, por la noche,

cuando comía algo, ni preguntaba nunca por qué no lo habían levantado al mediodía. Y el barrio adivinó que aquello ocurría con demasiada frecuencia. Además, ciertas costumbres inviolables en la época de Balbina, como el baño diario, la muda de ropa interior y exterior, la limpieza ordinaria de la casa, fueron suprimidas sin más.

El sueño poseía poco a poco del todo a Jesusito: se dormía en las raras visitas que realizaba, en alguna consulta médica, y hasta en la misa dominical. Según Rosario Marín, había descubierto el arte de dormir con los ojos abiertos, mientras caminaba, y ahí lo tenían, cruzando la vida como un sonámbulo.

A diez años de la muerte de Balbina, el perenne dormir tuvo sus consecuencias de miseria y desorden. Estos habian ido llegando paulatinamente, por cierto. Los criados principales, que en vida de la señora pasaban de seis y que habían recibido su respectiva manda herencial, fueron desapareciendo uno por uno. Pero, lo curioso era que antes de irse, un preludio de objetos que se hacían humo se daba sistemáticamente. Por ejemplo, cuando se fue Ambrosio —el primer desertor, apenas tres años después de la muerte de Mamita—, que era hermano de crianza de Jesusito y su sirviente de confianza; el que, segun los dimes y direses del barrio, metía por las noches y en pleno sueño del amo, jovencitas incautas a su cama, a las que este tomaba entre ronquidos, pues nada lo despertaban; cuando se fue Ambrosio, un cincuentón dicharachero y alegre, padre aparente de todos los críos que nacían en esa casa, ya habían desaparecido el piano de cola, que salió a que le curaran de polillas, las dos lámparas grandes de porcelana y cristal del salón de recibo, que necesitaban una limpieza hecha por expertos, y la mayoría de muebles de este, con sus aéreas formas y su esterilla tejida, porque ya no servían, y casi como casi nadie venía a la casa...

Al irse Barbarita, el alma de llaves, como un año después, dio una excusa vaga e irremediable, como diera Ambrosio, e iba precedida de los enormes espejos de cristal de roca y marcos de madera dorada, que adornaban zl salón, y de todos los cuadros que en él había, que estaban necesitados de "una manito de gato".

La ida de Josefa, la criada de todas las preferencias de Mamita, a la que en un testamento, hecho cuando aún no nacían ni Carlota ni Jesusito, le había legado lo que después le tocarían a él, se cubrió con un velo de aparentes tristezas y remembranzas, "porque como usted verá, la casa ya no es lo que fue sin Mamita niña, y yo no mismo me resigno, cada día que pasa es más terrible la falta de ella, por lo menos en otro lado no voy a ver estas paredes y estas cosas que tanto tienen de sus manitos y de su sombra". Adormilado, Jesusito lloró y quedó solo en medio del antiguo, desnudo y gran salón de recibo, que habia sido limpiado de todo, menos de infinitas telarañas y verdaderos montes de polvo.

Quizas el llanto o el catarro causado por entrar en la enorme habitación para

recibir los adioses de la Josefa, motivo de su prilera y fugaz satisfacción sexual mientras dormía, años attas, y de otros placeres eventuales, o tal vez el abotagamiento que le producía su sueño indomeñable, que anulaba cualquier gozo o dolor, le impidieron reparar en que antes de ella habían partido los baúlzs de madera tallada en los que Mamita guardaba la ropa blanca, dos bargueños y una cajita de taracea, que venían dando tumbos en un mar inmemorial de tiempo, herencias y abuelos. La caja guardaba las joyas suntuosas de la señora de Aldeán.

Y así, partieron los otros y desapareció casi todo: sus prendedores de corbata, los recuerdos preciosos de remotos padrinos, tíos y amigos, los adornos de porcelana, metal y la cristalería, las vajillas, los cubiertos de plata y hasta unas puertas interiores adornadas de vidrios de colores.

Él se desespertó brevemente un día, al notar que bajo el paño con que se rebosaba una Carmelina, que entró a servir como una década después de la muerte de Balbina, había un bulto raro y enorme. Decidió investigar, hallando el retrato al óleo de su madre, enmarcado en pan de oro. Indignado, gritó en su favor que quería tener un recuerdo de doña Balbina, tan buena ella, aunque no la había conocido.

Con los criados y los objetos se fueron también, poco a poco, el dinero y la casa. Primero la huerta, de la que Mamita cosechaba higos, albaricoques y membrillos para sus interminables compotas, tropezones, jaleas y confituras. Después, la parte de atrás, el patio cubierto, en donde antaño las mujeres cosían o bordaban bajo las vides y los jazmines, mientras él se dormían, leyendo una vida de santo que no entendía ni terminaba jamás, porque en sus breves vigilias confundía las páginas del Año Cristiano y las virtudes de los bienaventurados.

Luego, vendió las habitaciones. Oscuras paredes las dividieron y cruzaron, por metros, y a diecisiete o dieciocho años de la muerte de Balbina, ya solo poseía el medio dormitorio de ella, la cuarta parte de su gran recámara, una punta del salón de recibo, horriblemente dividido, otra del cuarto de Carlota, y los cuartos de afuera, los que daban a la calle, aunque ya había salido un comprador para ellos, dejandole un estrecho semizaguán, para que pudiese entrar a sus retazos del interior.

A él no le importaban mayormente, con que tuviera un sitio en donde dormir, era bastante. Además, de un tiempo acá solo tenía una especie de criada que le atendía mal que mal y se ocupaba de la administración de todo, incluso de la venta de pedazos de casa, una tal Engracia, greñuda y perpetuamente de mal carácter.

Un día, veinte años despues de la muerte de la Mamita, las Marines, testigos implacables de la vida del barrio, visitaron a Carlota en su casa. Ella —envejecida y agriada— las recibió como si nunca les hubiera conocido, por poco las atiende

en el patio y desde el piso alto, con toda la displicencia posible.
Al salir, Rosario, que llevó la voz cantante en la entrevista, resplandecía de gozo. Así que la muy señora les había tratado como al perro, ¿no?, pero ellas le castigaron, eso sí. ¡Y cómo! Le cordaron la época de esplendor de la casa, evocaron su soltería media obligada, el tiempo de los cuadritos bordados y pintados, cuando el doctorcito, su marido ahora (¿estaba bien? ¿Estaba buenito? Ellas esperaban que así fuera), no era más que uno de sus aficionados, enamorado pues, ¿no?, hicieron hincapié en los mimos de que fuera objeto don Jesusito, la niña de los ojos de doña Balbinita, que en paz estuviera. Después, claro, ellas entendían, eran humanas como todo el mundo, y entendían bien que podía haber habido algún pequeño disgusto entre los hermanos, pero, como decían, "enojo de casa luego pasa", por eso, si ella no lo había llegado a saber antes, bien valía que lo supiera ahora, pues, durante años y años esa casa tan maravillosa, en la que nació, creció, compartió tantos bellos momentos con su finada madre y su pobre, si, pobre hermanito, había sido objeto del más desvergonzado de los pillajes. ¿Ellas? ¿Qué podían hacer? ¿Acaso tenían contra unos sinvergüenzas de mala índole, gansos, malos criados? Y si, si, si, habían pensado en venir a verle, pero como decían que ella llevaba una vida muy retraída, que no recibía a nadie, y además, en verdad poder decidirse, todo era tan delicadi, tan, cómo dirían, tan ¿personal? Sí, los criados fueron le ruina de don Jesusito. Se decía, incluso, que alguno de ellos, además de robar todo lo que podían, le embarcaban al pobre en garantías, en hipotecas y le redujeron a lo que ella no podía ni imaginarse. Su hermano, sangre de su sangre —y ponían énfasis en ello—, vivía ahora en una especie de tumba, un par de cuartos ruinosos, adeeeentro, los que, según se comentaba en el barrio, estaban ya vendidos a los Rabanes —unos cholos enriquecidos, tal vez ella no se acordaba, el padre había sido *chulqueros* en el barrio alto de Santa Catalina, se enriqueció con ayes ajenos, prestando plata al ciento por ciento, y quién sabe con qué otras barbaridades—, que compraron la parte que daba a la calle, y ellos le habían dado ese trozo de casa para que viviera un tiempo, antes de echar abajo todo, pues iban a levantar un edificio de varios pisos, decían.
Por supuesto, y no era hablar por hablar, pero valía la pena que supiera ella que don Jesusito le había hecho cargar sus últimos reales y bienes a una criada que Carlota no debió haber conocido, una sinvergüenza, más que los otros, una tal Engrancia (en realidad una Desgracia). Esta, parece (y zue doña Carlotita no se escandalizara y les perdonase el atrevimiento, pero era "vixpuli" o como se dijera, en el barrio), entró con pujos de patrona, y la escoba la usó para barrer lo que quedaba de la fortuna de la familia Aldeán. Parecía —y le volvían a pedir excusas por su franqueza— que el pobre don Jesusito se enredó con la muy perra, y ella aprovechó para esquilarle. En fin, cosas de la vida, cosas que le podían pasar a

cualquiera, al más santo y al más sabio, pero como decía la Merceditas Vidal (¿no lo recordaba, la cojita, tan querida para todos y que solo abría la boca para decir verdades?), "nunca hubo en el barrio un amor tan caro".
Así que ellas habían venido porque estaban seguras que doña Carlota no haría oídos sordos a la sangre. El pobre don Jesusito estaba volviendo de la caridad, ¿qué le parecía a ella semejante horror? Era un anciano, solo hueso y pellejo, y no tenía, lo que se dice, ni cama en qué dormir, ni Cristo en que morir. Un día comía y el otro no.
Ella sabía, los ajenos se cansan. En fin, la perfecta imagen de la desdicha ¿no?
Carlota sintió un sacudimiento. Le vinieron de golpe —y a pesar de que por años se había esforzado en amortiguarlas— imágenes de la infancia, puras, nítidas, con esa claridad que tenían antes de los resentimientos, y se conmovió hasta las lágrimas.
Dijo que iría a ver a Jesús al día siguiente, y dulcificándose cuando le fue posible, agradeció la visita de las Marines, que insistieron en que solo habían venido por el respeto que les infundía el recuerdo de la Mamita niña, por el cariño que les había tenido a ellas dos, pero nunca por entrometerse, que, por Dios, no lo fuera a creer.
El barrio entero estuvo alerta al día siguiente, pero fue en vano.
—Así que la gran señora no vino. ¡Qué hija de su madre! Con perdón de la finada Balbina —dijo con despecho Rosario Marín.
Tampoco vino al otro día, ni durante esa semana, ni la otra, ni en todo el mes. Los Rabanes empezaron la construcción del edificio.
Dos meses después de la visita de las Marines —comentada en la vecindad hasta el agotamiento—, quizás el tiempo que le había tomado decidorse, superar sus antiguas amarguras, los resentimientos por las herencias desiguales, por el recuerdo de la Mamita, siempre sobre él, sobre él, llegó Carlota, con la nariz más levantada, orgullosamente, y el ceño más frucido que nunca. Se sentía observada por todo el barrio, pero se dominó cuanto pudo, incluso al contemplar las paredes de ladrillo a medio construir en el sitio mismo en que recibiera una que otra declaración de amor, y en parte de lo que fuera su casa señorial. La vieron preguntar algo a los albañiles y observaron cómo estos extendían el brazo hacía el fondo.
Sintió que le latían las sienes, a medida que iba adentrándose en el laberinto de montones de tierra, tejas rotas, vidrios, cal y materiales. Dudó un instante si seguir o no, pero continuó hasta llegar a lo que restaba de una habitación, la suya propia. Allí, en una penumbra nauseabunda y húmeda, entre palos y desechos acumulados, diviso un jergón del que se levantaba un olor a mugre, casi vivo, que por poco da con ella en tierra. Tardó en acostumbrarse a la semioscuridad; distinguía poco a poco el papel floreado de la pared, lleno de rotos y manchas, y

en un rincón, desgarrado, entre cajones, trapos y desperdicios, parte ya de la cochambre, el retrato de la Mamira, que Jesús habia rescatado de manos de una criasa, sin el dorado marco de otros días, y, finalmente, el bulto, preciso, como un animal ovillando bajo los andrajos.

—¡Jesús! —dijo en alta voe. —Y nadie hubiera podido decir si llamaba a su hermano o era una exclamación desesperada.

El montón bajo la frazada en harapos se movió con dificultad y ella logró distinguir las facciones de su hermano. Un estremecimiento de horror le recorrio el cuerpo, haciéndola sollozar convulsionadamente. Vió una mano larga, descarnada, en puro hueso, unos pocos pelos blancuzcos y desgrañados sobre la calavera amarillenta, y unos ojos opacos, que se abrían al fondo de unas profundísimas ojeras. Escuchaba apenas una suerte de vagido animal, como de un perrillo agónico.

Jesusito la estaba mirando en ese instante, talvez con un último resto de ternura, y quería expresársela con ese ruido angustioso, y ella estaba consciente que debía establecer ese único contacto, antes de que él siguiese durmiendo para siempre.

Y LOS OTROS

TRANSCURRE UNA PARTE DE CADA VIDA Y AÚN DE CADA VIDA INSIGNIFICANTE...
CASI TODO LO QUE SABEMOS DEL PRÓJIMO ES DE SEGUNDA MANO.

MARGUERITE YOURCENAR

MUJERES EN EL JARDÍN

Papá estaba furioso, qué ocurrencias de mamá, recibir en el jardín, aqui nunca se había hecho semejante cosa, y, si fuera poco, no era difícil que se pusiera a llover locamente. Pero mamá, sorda a toda advertencia, seguía con sus interminables preparativos: las sillas blancas debajo de los árboles, cuidado, que las mesitas estén bien afirmadas, que los manteles estén nítidos, almidonados, ah, y el té, inglés, y los bizcochitos de huevo, amasados por la tía Elena, y la jalea, de tres colores y tres sabores, y el queso, de crema, y la mantequilla, fresca. ¡Ridiculeces! ¡Ridiculeces!, dice papá, por que no vienen como todo un mundo, de noche, se les sirve una copa de mistela, hablamos con los rodeos de costumbre, que si son muy jóvenes, que sin ellos se quieren, y luego de la segunda mistela, como dice la canción "Se despiden y se van"; pero qué, cuando las madres locas se encuentran, hay que romper las tradiciones y hacer pendejadas.
Mamá repetía que no era propiamente una visita de petición de mano, sino algo informal, un té que ella les había invitado, que, por favor, no hiciera drama. Ah, gritó él, entonces iba a haber un doble gasto. ¡Por Dios, Evangelista!, que no fuera mezquino, pedía ella, y que ahora subiese a vestirse, porque no tardaba en llegar. Los Alcívar tuvieron el primer carro *Ford* de la ciudad. Oímos el ruido desde lejos, y a mí se me bajó el alma a los pies cuando vi que abrían la verja para que entrara el auto. Sabía que no era la petición, que Rafaelito había venido mil veces a la casa-quinta, que se quedaba a comer, que conocía bien las extravagancias de papá, sus salidas campechanas y vulgarotas; pero sus padres no le conocían, y quizás ni se imaginaban las cosas que podía soltar en cualquier momento.
—Ángela —dijo mamá, mientras me abotonaba el vestido en la espalda—, nerviosa creo que estás.
—Un poco —decía yo, pero yo sientiendo que las manos me sudaban.
—Es por tu padre, ¿no? —Moví la cabeza afirmativamente—. No te preocupes —sonrió—, entre tu tía Elena y yo vamos a neutralizar a este gañán tan bondadoso que Dios nos ha dado, a vos por padre y a mí por marido. Y ahora, mírate al espejo —Había esta poniéndome color en la cara y en los labios y sombras en los ojos.
—Linda, linda, lo que se dice linda —sentenció mi tía Elena, entreabriendo la puerta. (Las tres vestíamos en tonos claros. Me acuerdo, una faldas largas, amplias, trescas, tal vez un poco anticuadas, pero con un encanto especial).
—¡Bajemos!
Nos encontramos con papá, salía del dormitorio.
—Estás hecha una máscara, chica —gruñó—. Si tu madre se hubiera presentado así, nunca me habría casado con ella —dijo—. ¡Y esos trajes! Qué están, pues, ¿disfrazadas?

—Viejo loco —susurró mamá, descendiendo rápida, la primera.
El *Ford* se había detenido al pie de la escalera que llevaba a la casa. Desde la penumbra del interior, la vi cómo hacía los honores. Era una antigua dama, realmente. Tan elegante, tan delicada, con una figura de sueño y unos modales de reina. Mientras tanto, mi tía Elena daba los últimos toques a papá, advirtiéndole que tratara de no causar mala impresión. Afuera había una luz de oro, suave, tibia.
Formábamos un grupo de pintura. Las mesitas cubiertas con sus blancos manteles recibían el sol que se filtraba a través de la sombra móvil de sus hojas. Veo a mamá, con la taza en la mano, sonriendo a la madre de Rafael —vestida en forma muy semejante a nosotras—, que se llevaba un bizcocho a la boca. Caía una enredadera de hojas blancas y verdes, se oía apenas el rumor de la fuente. Ahora solo queda un loto de mármol que pareceporcelana sucia, pero el jardín casi no existe.
—Si Monet hubiese estado allí... —dijo Rafaelito, abriendo una sombrilla de seda aperlada y encajes, para proteger el delicado rostro de su madre, pues el sol se puso fuerte. La tía Elena había dado orden a una de las muchachas que servían, que trajese grandes sombreros de toquilla con mucho cintillo y les ofrecía a las mujeres. Papá, mientras tanto, rezongaba que si hubiesemos estado adentro no habría habido necesidad de ninguna de esas majaderías. La tía lo fulminó, sin que él se diera por aludido. Tinosamente, mamá invitó a la señora a dar un paseo, tenía unas flores que le habían traído en bulbos de Holanda, una belleza, y quería que ellas las viera. Pero, apenas se hubieron alejado, papá dijo al padre de Rafael, en el tono más chabacano posible:
—¿No es cierto, don Alcívar, que en nuestra época, si a uno le invitaban, no era para darle agua entre el día, sino siquiera para llenarle la barriga?
Mi tía Elena y yo nos pusimos lívidas. Rafael sonrió, tal vez un poco desconcertado. Alfredo Alcívar rio sonoramente, y acercándose a papá empezaron a recordar juntos otros tiempos. Escuchándolos se hubiera dicho que tenían la edad de Matusalén, pero ninguno de los dos era viejo, aunque entonces cuarenta años fuera sinónimo de ancianidad.
Cuando las dos mujeres volvieron, cada una con un junquillo rosa en la mano, ya papá y Alfredo Alcívar habían pasado del té a bebidas "más cogedoras", y reían alegremente; mi tía miraba a lo lejos, impotente; y yo, con la mano entre las de Rafaelito, soñando, soñando...
La conversación giró hacia donde tenía que girar. Los Alcíbar anunciaron una visita formal para la noche del martes próximo.
Elena, supersticiosa siempre, no pudo impedir estremecerse:
—Ay, no, no pues en martes.
Nos reímos todos, y se cambio de día. (Pero las angustias del futuro, los dramas

terribles que no podíamos ni imaginar en la clara tibieza de esa tarde casi perfecta, no dejaron de llegar solo porque evitáramos un simple augurio).
Papá pidió que esta vez las cosas fueran adentro, porque "los trapos sucios se lavan en casa". Solo mamá permaneció muy seria, casi demudada. Los demás volvimos a reír.
Apenas se hubieron ido y luego de una breve correción de modales, empezó la planificación de la comida, porque mamá, como para fastidiar a papá, insistió en que les esperaríamos para servirnos cualquier cosita. Por supuesto, tambien empezaron los rezongos de papá, así que mamá me sentó al piano a destrozar una partitura de Debussy, una y otra vez.
Pero yo no podía concertrarme, seguía viendo al grupo bajo el sol, seguia mirando a las dos mujeres con su ropa clara y amplia, protegiéndose con la sombrilla de seda, en el límite del jardín, cortando las flores de Holanda; seguian como suspendidas en una atmosfera irreal las risas de los hombres, y ni terminaba de sentir en mi mano la tibia suavidad de las manos de Rafael.
Es curioso, siempre se lo he dicho, pero esa imagenes más fuerte en mí que muchas otras que haya vivido o que hayan pasado por mis ojos a lo largo de los años; es algo que vuelve constantemente, pese al tiempo transcurrido, a las penas enormes, al dolor, a la muerte, que han arrasado ese grupo del que ya solo quedamos papá, en su silla de inválido; Rafaelito, con su rostro perpetuamente amargo, por unas culpas que nunca cometió; y yo, devastada por el sufrimiento de esos últimos años que pareció culminar la noche en que me trajeron a mi hijo Galo, destrozado por su propia mano.
Ahora con esa rara frialdad que da la distancia, me digo que o yo estoy loca o todos los seres humanos lo estamos, si a alguien le pueden pasar lo que a mí; hacía el amanecer de aquella noche infernal, agobiada de sufrimiento, casi sin lágrimas ya, asfixiándome por el olor de las flores ("flores venidas en bulbos... una belleza"), que se pudren tan pronto cerca de los muertos, adormilándome, y mientras Rafael cabeceaba, solos los dos junto al féretro de Galo, a la luz irreal de esa hora, me pareció que en algún lugar recóndito, alguien interpretaba al piano una pieza de Debussy que nunca pude aprender. Y al entrecerrar los párpados, irritados hasta lo insoportable por tanta lágrima ya inútil, volví a la vieja visión feliz, como esos condenados que en la cárcel sueñan que corren libremente por ilimitados campos, alejándose de su prisión y su miseria, alejándose, alejándose...

CARA Y CRUZ

Tú eres la paz, yo la angustia
Yo el abismo, tú la cumbre
(PASILLO *TÚ Y YO* DE FRANCISCO PAREDES H.,
VERSOS DE MANUEL COELLO N.)

"Y estarás allí, en el umbral, como siempre, Rosario Marín, con tus horribles media de muselina color carne, con tu cara tan agria, con tu cuerpo inmenso, bloqueándome la entrada, bloqueándome la vida, bloqueándome, envuelta en tu pañolón azul descolorido, refunfuña y refunfuña hasta quién sabe cuántas de la noche".

—Pobre Charo, figúrese, casarse con ese sinvergüenza del negro Baldeón, un hombre con siete oficios y catorce nesidades, un perillán, cantante, zapatero, exmilitar, ayudante del fotógrafo Amat, pastelero, vendedor ambulante y hasta curandero de indios.

"Eras linda, Charo, y yo, mientras cantaba ("Pequeña ciudadana has llegado mi vida") esos pasillos, cuya miel se congelaba en el hielo de la medianoche ("Con la sonrisa dulce y la boca encendida"), te veía los ojos con mis ojos cerrados ("Heroico te negué la entrada a mi pecho"), las manos que buscaban la paja finita del sombrero a la luz de la vela ("Mientras mis fuerzas de hombre pudieron resistirte"), el cuerpo maravilloso, envuelto en tus humildísimos vestidos de flores ("Pero tú me vencistz y ahora estoy en tus manos, como la blanda cera en manos de un artista"), Rosario Marín, Charo de mi alma. Y repetía los versos de las canciones una y otra vez "Eres tú la primavera, yo el invierno oscuro y triste", una y otra vez, bajo balcones desconocidos, bajo ventanas cerradas que no eran las suyas, por dos billetes pequeños y malolientes, y sin saber qué mismo fuese esa primavera, solo pensando en que talvez sería algo como esa blusa bordada de pajaritos que te caían sobre los senos apenas levantados, algo así de dulce, así de tierno".

—Nadie creo que ha sufrido tanto como ella en este bario. Sacándose el alma para tener qué darles a los chicos, usted sabe que las criaturas son voraces, y aunque los optimistas digan que cada hijo viene con su pan bajo el brazo, yo creo que lo que traen es un hambre atrasada desde que nacen. Y luego los trapitos, "un pañuelo no basta para cubrir un cuerpo", como decía mi madre. Créame, la Charo tuvo que rajarse casi siempre sola para que ellos no se murieran de hambre y desnudez, no le exagero, así, como me oye, ra-jar-se. Cuando vivíamos en la casa de las Marchena, yo me acuerdo que veía la luz encendida todita la noche, y como las paredes eran tan delgadas, le oía toser mientras tejía o bordaba. Le juro que era algo tremendo oír esa tos, ese coj, coj, coj, como teja

raspando teja, pobre Charo.
"Después, cuando fuí zapatero, te veía en todos los mangles que le metía a la suela y en la cabeza de cada uno de los clavos de mi mesita enana y en las leznas, los cueros, las plantillas y los engrudos. Un día le metí cuchillo a un corte de gamuza del vanidoso del Pepe Escalona y el maestro Rivera casi me mata por arruinarle "los zapatos del señor don Pepito, él que es tan presumido, Santo Dios Santo. Y todo por qué, por qué, porque la Marín se mete en la boca abierta, negro de m*****, se te mete como si fuera mosca, carajo". Y no le faltaba razón al Loco Rivera, Charo, solo que no le metías únicamente en la boca sino en el alma"
—En la casa de las Marchena usted no le hubiera conocido a la Charo; si era un esqueleto, la infeliz. A veces venían diciendo "ay, pensé, la Luca ha de estar haciendo chocolate, porque se huele rico, voy a ver si me convida en poquito", y se traía su sombrero a medio tejer o sus puños y cuellos, que pasaba bordando para las niñitas con plata. Yo le decía "Ven, Charo, tomemos una tacita juntas y hablemos de nuestras penas", y ella se quedaba a veces toda la tarde, teje que teje, borda que borda, alzando la vista de rato en rato para preocuparse de los chicos, que vivian en el parque. Y qué remedio, pues, si en la época que la casa tenía huerta, las Marchena le ponían llave casi todo el tiempo, y después, como vendieron el terreno, para irse comiendo esa plata centavo a centavo, a los pobres mocosos no se les pedía encerrar como a bichos en jaula, ¿no le parece?
"El maestro Rivera dijo vas a tener que pagarle los zapatos al señor Pepito, si no, él es capaz de meterte a la cárcel, no dicen que tiene tantos conocidos, tantas palancas. Yo dije "para ver". Y él "no, eso sí que no, cholito, yo por vos no le jodo". Así que no me pagó esa semana y me dio los zapatos habanos de gamuza que se le había mandado a hacer el payaso de Escaloma para llamar la atención, esos horribles zapatos que le hacían juego con loas ropas claras y ajustadas que usaba. "Negro no te pago hasta que te vayas y le entregues la obra a don Pepe, y si te bota, pues allá vos, yo no tengo cuchara en esta sopa", dijo.
Fui donde el Escalona y le encontré probándose un saco como de cocodrilo, hasta con escamas, "ah, ya vienes", dijo, "me imagino que compraste la gamuza donde los Arreaga, yo le dije clarito a tu maestro, el mismo color, la misma calidad", y siguió perorando, mientras el sastre se despedía, luego de haberle hecho una serie de rayas con una tiza plana en la piel de lagarto. "Sí, don Pepe", dije, "si fui, pero se ha terminado". "¿Y ahora qué, Negro h******? No pensarás que yo me voy a tomar esta obra mal hecha, no?". Y cogió los zapatos. Me había pasado una noche entera rebanando un cuerito para volverle fino, fino como un beso, como un beso tuyo, Rosario Marín, para después colocarle en la parte en que se me fue la cuchilla; qué trabajo tan largo: solo me consolaba el estarme todo el tiempo encontrando con tus manos, con tus dientes, con tu boca, cuando cortaba, golpeaba, pegaba, cuando disimulaba preciosamente ese corte que para

mi desgracía él vio un día en que fue a joder por los zapatos y dijo "oiga, maestro Rivera, pero usted mismo o alguno de los brutos esos ya creo que le han fregado a mi gamuza, fíjese", y el Loco Rivera calladote, "p***, si es tal como le digo, loco de m*****, vea", y mi maestro volviéndose a esa mesa atestada de cosas en la que yo me pasaba encontrándose con vos, Charito, "el bruto este, don Pepe, el zoquete este, pero ya va a ir a comprar un trozo, dónde habrá, pues, eso si no sé". "Donde los Arreaga, maestro, pero que vaga pronto, zambo imbécil", loreó el payaso, "que se mueva, porque don Serafín me dijo que solo le quedaba un pedacito chico". Y charlándose, desapareció.

No hubo la gamuza. Solo me quedó ese trabajar de toda la noche para que ahora él estuviera dándole vueltas a ambos zapatos y buscando, buscando una cicatríz que, sin remedio, aparecía justo bajo el tobillo derecho, desatando la rabia del payaso, que me estrelló los zapatos en la cabeza. "Métete en donde más puedas, carajo", rugió, "devuélveme mi plata". Pero ya se me había subido la sangre a la cabeza, solo que de una forma tan exagerada, que no me moví de allí sino cuando ví que él ya él ya no se movía y que un hilito rojo le corría por la comisura. Entonces, animalmente, me puse los horribles zapatos y salí corriendo. No se qué tuempo estuve andando con mi espantosa y apretada obra en los pies, solo me acuerdo que una madrugada, muchos días despues, suspendido en algún restito del mal trago, alcansé a verle a mi lado a un Luis ni sé cuantos, que era oficial donde el Loco Rivera".

—Después fue engordándose, engordándose, hasta llegar a lo que usted ve. En otra época era muy linda, no sé si porque se arreglaba un poco, con algo de pintura en la boca, una pizca de negro en los ojos, algo de polvo en la cara, ya digo, no sé, pero era lo que en el barrio llamaban "una alhajita". Y ahora, esa vieja gorda, tan fea. ¡Qué vida! ¿No? No, no es que yo esté vieja y gorda, pero no tanto, no tanto. No hay por qué dejarse arruinar por nada ni por nadie hasta semejante extremo. Por nadie, ni siquiera por el hombre que se quiere con todos los pelos, los huesos y la vida, ni siquiera por él. Y a nadie se le puede dejar que haga lo que él le ha hecho durante años y años. Sabe que ún día, mientras bordaba dizque oía una novelita en la radio. Todo el mundo oía y lloraba con esa historia de una mujer que se iba tras de un hombre a una isla de prisioneros y allí vivía con él, pero después regresaba a su mundo y se casaba con otro, con un enemigo del prisionero. Y él volvía a vengarse, y todo el barrio oyendo cómo el exprisionero tocaba el violín, y todo el barrio oyendo cómo el prisionero tocaba el violin, y todos llorando por los desprecios que le hacía a la mujer que había sido suya en la isla, y el negro Baldeón entrando en ese momento dizque dijo "ah, vos también oyendo huevadas", y cogió el radio y lo tiró por la ventana.

"Entre los hilos de algún remoto trago me desperté en un cuartel, a donde había ido a parar entre un montón de gente de mi edad. "Nos reclutaron", me dijo

alguien. Quise acordarme de qué conversábamos con ese Luis ni sé cuantos, aprendiz como yo donde el Loco Rivera, y no puede, se me cerraban los ojos. Cuando nos bañaron como a rese en fila, todavía vestidos y medio adormilados, y vi como se mojaban y oscurecían los zapatos del Pepe Escalona, te oí de nuevo, Luis no sé cuantos, "no, no está muerto, solo le habías soñado con algún mal golpe... bienhecho, al presumido hijo de p***, dijeron en el taller, pero ahora es mejos que desaparezcas por ahí, pues anda buscándote para matarte, con revólver en mano vino a la zapatería, gritando "donde anda ese negro h*****". Nosotros callados, como no sabíamos, y aunque hubiéramos sabido también, ¿no te parece, Baldeón?

Dije, riéndome, que si, que me iba, y me iba bien lejos, pero no de miedo a ningún cojudo, sino de despecho, porque vos no me parabas pelota, porque no me dbas bola, porque jamás te fijabas en mí. "Oye guambra", le pedí, "ojalá algún día pueda pagarte el favor, anda donde la Charo y dile lo que te he dicho, y dile que quizás algún día, que quizás, Luis, dirasle todo, y que no me olvide, Luis, que no me olvide...".

—Estúpida ella, eso sí, estúpida; imaginese que en el mismo barrio había varios que se interesaban en una mujer como era la Charo entonces, joven, bonita, y yo diría hasta un tanto provocativa, fresquita. A mí hubo más de uno que me dijo cosas sobre si yo podría, si como éramos amigas, si, en fin... usted me entiende, no todo el mundo va a casarse, ¿no? Pero ella no, y no, nada, que el negro antes de irse a la conscripción, poco después de que casi le mata al Pepe Escalona, le había mandado a decir que le quiere, que tiene que esperarle, y la muy boba, esperando, esperando dizque a que el zambo termine el servicio militar y vuelva para casarse, "pero ¿cómo te vas a casar con ese negro lépero, sin oficio ni beneficio? ¡Estás loca!"

—No, vaya, ahora él me quiere, y yo también, en este tiempo, me ha dado cuenta que siempre le he querido. Vieras las cartas que me escribe, Luca. Te juro que sí leyeras las cosas que me dice, ay... Yo estoy segura que si el negro hubiera podido estudiar, cultivarse, ser algo, habría sido una potencia, como decía la señora Sebastiana Argudo, refiriéndose a no sé quién.

—Ay calla —decía yo—, calla más bien, tontita, ¿no ves que alguien le ha de escribir las cartas? Negro ignorante, que en su vida habrá escrito ni el nombre, va a saber decir cosas lindas.

Pero ella insistía en que Baldeón era un poeta y hasta me mostró unos papeles que, ciertamente, casi me hacen llorar. Si parecían pasillos, llenitos de cosas tristes y de palabras raras, vaya, como decía la Charo, "una potencia", una potencia el negro, el negro este, sinvergüenza, porque tanta espera y tanta cosa linda, ¿para qué? Para que durante más de veinte años le haya tratado como no se trata ni las bestías de carga, como trataban los patrones a los indios, peor.

"Solo vos existías Charo, solo vos. Alguna vez que yo he tratado de explicarle eso a la gente, no he podido. Conmigo cuando pasaba lo que con tus hermanas. Sí, piensa vos que para ellas el mundo comenzaba y terminaba en tu padre, por eso, cuando él murió dicen que hicieron diez años de duelo. Para mí, el mundo ha comenzado y ha terminado siempre en vos, pero eso, nadie, ni vos misma, ha entendido, por los entrometidos de nuestros vecinos, que andaban averiguando cuándo te daba por semana, en la época en que trabajaba para el viejito Amat en el estudio fotográfico; cuánto me gastaba donde la Concha, en el tiempo que trabajé en la panaderia Samotracia de los Torres; cuándo les daba a mis amigas, cuando me dediqué a la brujería, andando por los pueblitos y sacándoles culebras, sapos, lagartijas de la cabeza, a las grandes crédulas y curándoles del espanto con el huevo del día y tiznándoles la cara y el ombligo a las víctimas del mal de ojo, en mis famosos sortilegios de martes y viernes. Ay, Rosario Marín, no sé quién empezó esta historia, lo cierto es que nos fuimos hiriendo, hiriendo, haciéndoles daño, separándonos. Vos me cerrabas las puertas, la cama, el cuerpo, y otras se me habrían, me llamaban, cantaban cancioncitas puercas detrás de mi oreja ("Negro, vente a mi casa, negro vendrás, tu chuzo colorado traerás, traerás"), me tomaba de la mano ("Ay, que ingrato que sóis vos"), me esperaban en los parquecitos oscuros ("Vos sufriendo por otros quereres, Baldeón, yo muriendo por vos"), en los callejones ("Negro ¿sóis vos? ¡Negro! ¡Negro! ¡Vos mismo has sido, ay, ay, ay!"), se apretujaban contra mí, me amaban, y hasta cuando yo no podía darles nada, eran tan tiernas ("Negro, no creo que has tenido nada aquí, pero no importa, otro día será"). Mientras tanto, los vecinos, como gallinazos sobre el olor de la res muerta: "Rosario sepárate, no dejes que te haga más hijos este negro de m*****, sepárate, piensa que él no quiere a los chicos, si les quisiera no les tratara como les trata, sepárate mujer, qué esperas, pasas mismo la vida trabajando, sepárate; déjale al zambo este con tus perras, le han visto donde la Concha cantinera, donde las Elenas, donde la bruja de la Rosa Melchora Tenepaguay, donde las Pichonas; no hay mujer de mala nota que no conozca a este canalla, sepárate". Y vos cambiando, cambiando, rara, callada, distante, gorda y lejana, hablando por allí de tu cruz, de tu obligación de mujer cristiana, de tu martirio, y yo hundiéndome, hundiéndome, sin que ninguna mano se extendiera hasta en mí en medio de las tinieblas.

—Veinte años de beber, a cualquiera le matan, pero al negro Baldeón, no. A él solo le matará la muerte en persona, porque dicen que el Pepe Escalona le disparó en la cabeza, a boca de jarro, y nada. Parece incluso que la bala sigue ahí y que cuando está muy borracho les hace tocar el plomo a sus compañeros de parranda. Dicen que en el cuartel le dieron ya por muerto, cuando explosionó ni sé qué cosa de esas que tienen los milicos, pero se volvió de la otra, un poco cojo, nada más; que otra vez, solito, en un puesto de esos de frontera, en donde la

gente se muere de soledad, de hambre, de mujer ausente, y se consuela de las maneras más raras, bebió tanto, que ya le estaban enterrando, y se levantó, quitándose la tierra y las hierbas que les estaban echando y pidió "un traguito para el susto, ñatitos"; que así mismo, por beber, una vez que estaba desesperado por trago se tomó un ácido donde don Alberto Amat; que le cayó hace años algo muy pesado en la cabezota, que... en fin, se ha vuelto de tantas cosas, y allí sigue, vivo, borracho y jodiéndole la vida a la pobre gorda Marín.

"Yo digo que no hayamos sido fieles, Charo, pese a que tus hermanas fueron siempre la flor de raras —vos, no, vos fuiste distinta, muy distinta a ellas—, pese a las habladurías y a mi pésima suerte en los trabajos, que jamás me duraban. Pero después te amargaste, volviéndote una gorda terrible. Entonces yo no fuí más que una cosa para vos, esa cosa que esperabas, entre quejas, allí, en el umbral de la puerta, día y noche, agarrada tu sombrero, tus agujas, tu crochet, en ese sitio en que todos pudieran verte, para seguir siendo la víctima, para que nadie dejara de compadecerte al pasar por la calle, para que las vecinas te dijeran como quién no quiere la cosa, "sabes que dizque le han visto empeñando la mercancía en la cantina de los Cortez, sabes que ahora bebe ya con los Alfredos, esos consuetudinarios que perdieron en una de sus borracheras hasta las cenizas de la abuela que les crió; sabes que la otra noche le han robado la plata en una pelea que hubo en la cantina de las Elenas; sabes que el otro día le han encontrado durmiendo en la calle del mercado, como esos borrachito infelices que no tienen a nadie en el mundo, ya en el último grado del vicio, allí, tirado, haciendo de almohada el cajón de hilos, dedales, cintas, horquillas, peines y, reatas, porque, sabes, ahí tenían que terminar tus pobres, míseros ahorros y su carrera de vendedor ambulante...".

—Y con los chicos fue siempre un energúmeno, el peor padre del mundo, por eso ellos también le faltaron al respeto y todo, pero ella, ahí le tiene, son las once de la noche, y ¿piensa que se ha movido de esa puerta, esperándole, esperándoke y esperándole, como Mańia al pie de la cruz? Y que cree, encima el negro ha de venira insultarme, a romper cosas —las cuatro que se salvan siempre de cada tormenta—, a maltratarle. Porque ese ha sido el pan de cada día de la Charo Marín, por casi treinta años, pues, aunque ella diga lo contrario, él no fue distinto jamás. Puede que haya sido más grave, yo mismo le he contado que le escribía las maravillas y todo eso, pero lo que es borracho, borracho ha sido toda la vida; piense que no tenía ni veinte años cuando casi le mata en una borrachera al Pepe Escalona por un quíteme esas pajas, por alguna tontería sin importancias, porque ya usted sabe, a los borrachos todo se les agranda, ¿no?, y le digo que empezó a pegarle bien pronto. Figúrese que un día hace muchos años, pero muchos años, le encuentro a la Charo con el ojo hinchadísimo y le digo "Charo, qué barbaridad, qué te ha pasado". "Me caí" dice ella, "me caí". Y yo noto que se enrojece y le digo

"a mí no me mientes, no me engañas, convencerás a cualquiera con esos embustes, pero lo que es a mí, jamás. Ese golpe no es de caída, mi hija, no, eso si que no". Ella se traga las lágrimas, disimula. Pasa el tiempo y ella empieza a caerse tan seguido, que un día iba por Santo Domingo, cuando pum, de manos a boca con el negro maricon.
—Oiga, so mangajo —le digo—. Usted es un cobarde. Si tiene necesidad de pegarle a alguien, carajo, pégueles a sus mozas o a tus compinches de borrachera, chispos como usted, sinvergüenzas de la misma calaña, pero no a la pobre mujer que le aguanta como le aguanta, m*****.
Uy, no le cuento lo que me contestó. Desde p*** para arriba. Pero, al menos, no le volvió a hinchar los ojos a mi pobre guagua.
"Medias de muselina color carne, con ligas en las rodillas y pañolon azul, vos, Rosario Marín de mis pecados, que han sido muchos, vos, gorda, gorda, no te acerques, yo sé que lo que quieres es chuparme la vida, absorber lo último que me queda de memoria, no te acerques, con tus horribles medias, con tu cara agria como la de todas tus hermanas juntas, no me toques, Rosario Marín de mis males, no, déjame, deja que me vaya a morir lejos de tu enorme y aplastante cuerpo, lejos de tus quejas y suspiros, lejos de tu pecho palpitante y tus inmensos senos, bajo una blusa que podría cubrir a un elefante, bajo una carpa, mejor; lejos de tus ojos, siempre húmedos, lejos de todo, de todos, de esos malnacidos que no son, que no puedan ser mis hijos, porque los hijos quieren a los padres, sean lo que sean, déjame, puede que en algún sitio vuelva a encontrar a esa muchachita que tenía un cuerpo de lombriz y unos senitos apenas insinuándose bajo una blusa con pequeños pájaros bordados por ella misma, déjame, déjame, no me toques, con tus manos inmensas, gigantes, no, busco, busco unas manos pequeñitas, las manos de mi lejana bordadora, tejedora mágica, de mi Charo bella, de mi pequeña ciudadana de la boca encendida, no las tuyas, odiosas, Rosario Marín, no las tuyas, carajo...".
—Y ahora, qué cree, medianoche, llueve, y toda esa gritería... ya ha de estar otra vez el Negro Baldeón con el *delirium tremens,* ya, seguro, y la gorda, llorando al pie de la cama, "por Dios,Negro, no te mueras, no me dejes negro, negro, Señor, que hago, que hago".
No, si bruta mismo es esta Rosario Marín, tan bruta como yo no he conocido otra igual. Ya mismo empieza a despertar a toda la vecindad para que le ayuden a llevar a su cruz al hospital, ¿no oye unos pasitos, un llantito como de perro apaleado, no escucha la voz de la Charo, en medio de la lluvia, pidiendo que le ayuden?

LA QUE ESPERABA

Primero fue la Josefina Martorell, unavieja gordísima, que se pasaba la vida entera hablando de unos nobles a los que no conociera jamás, de los héroes de unos libros que nunca leyo, de una tierra que había quedado al otro lado del mundo para siempre.
Esteban llegó por la noche al cuarto que alquilaba Matilde Zabaleta y le pidió, como de costumbre, que fuese a buscar a Leonor. La Zabaleta, que hallaba un placer especial en su oficio de tercerías, voló.
Generalmente, mientras la pareja se mimaba, ella permanecía en un rincón iluminado por una lamparita, leyendo, bordando, remendando o fingiendo que hacía algo de eso. Pero esa noche, Esteban le rogó con cierra discreción que sz fuera, y ella lo hizo, un poco extrañada, pues conocía los hábitos de sus amigos y no era el día acordado para sus ausencias cómplices.
Al volver, como una hora despues, según lo usual, encontró a Leonor tirada sobre el lecho, llorando convulsionadamente.
—¿Qué te pasa? —se alarmó.
Ella, primero, dijo que nada, pero como seguía sollozando desesperada, Matilde le preparó una infusión de hierbas y la obligó a bebérsela y a contarle su pena.
—Se casa —dijo al fin. Y se apoyó en el hombro de su amiga, hasta mojarle parte de la blusa.
—¡Qué hijo de p****! —gritó la Zabaleta—. Y pensar que te ha estado engañando todos estos años, que ya, que ya, que su mamita, que su papá, que la herencia de la tía no sé cuántos, que los negocios... Los hombres son.una tira de hijos de p****, este no tenía por qué ser la excepción —sentenciaba.
En los días que siguieron a semejante escena, Leonor detalló un poco la historia de Esteban y Josefina Martorell, la riqueza de ella, la situación cada vez más calamitosa de la familia Morelos, su obligación de sacrificarse como hijo mayor, y cosas parecidas.
Esteban vino en dos ocasiones, pero se encontró la una con las puertas cerradas y un silencio de muerte, (aunque estaba seguro que Matilde y Leonor se habían encerrado al sentirlo llegas) y la otra con la cara de palo de la Zabaleta, que lo trató con frialdad y le recordó que de las promesas de los amantes infieles estaba empedrado el infierno y algunas cosas más. Cuando le pidió que buscara a Leonor, se negó. "Si tiene algo que decirle, vata y búsquela en la casa", dijo, con una energía de la que él nola imaginaba capaz.
El matrimonio fue comentado entre amarga e irónicamente, haciendo mucho hincapié en la vejez de la novia y en la inseguridad del galán. Matilde aseguraba que cuando Esteban la vio en el templo, por poco se desmaya. "El muy bruto pensaría que voy a decir algo", se rió con maldad, y Leonor le hacía coro.

Pasaba unos meses, Esteban buscó la forma de reconquistar el perdido afecto de la Zabaleta y le hizo pequeños regalos, le confió sus penas y desengaños. Matilde iba sintiendose halagada, y de manera casi insensible, inclinándose al "pobre chico, fregado con semejante boda".
Medio año después de la escena del anuncio de matrimonio, se dió el primer encuentro de la pareja. Matilde abandonó el campo antes de recibir la más ligera insinuación.
Fue una suma de momentos incómodos, lágrimas, reproches, besos, negativas y perdones.
Al quedarse sola, Leonor pensó largamente en su amantes. Había pasado un tiempo de martirio separada de él. No podía vivir sin Esteban. Cierto que él le prometió reiteradamente que se casaría con ella, durante más de tres años, y no lo cumplió, pero, se dijo, tendría sus razones, quizás no era mentira lo de la presión familiar, lo de la cuestión economica... en fin... Además no era el único hombre en proceder aí. Recordó muchas historias que había oído, unas en su casa, otras en el barrio, e incluso allí mismo, el cuarto de Matilde.
Ahora todo volvía a empezar. Acababa de recuperar lo que siempre había tenido de Esteban, esa parte que sus amistades de los clubes y los bailes y los paseos elegantes y los desfiles de modas y las elecciones galantes, eran tan generosas o tan ignorantes como para cedersela a una chica pobre y oscura. Y se sentía alegre, con una alegría media amarga, igual que antes, en la época de la soltería y las promesas, aunque Matilde, oscilante entre ella y él, repitiese que era "una estupidez, una vil forma de explotación, de esclavismo, caray, o sea que seguimos en la Colonia, aquí". Y aunque la compararse en tonito hiriente con alguna heroína media boba de sus radionovelas favoritas.
Las crisis matrimoniales con la gruesa señora Martorell menudearon. Al principio en una forma velada y luego cada vez con mayor claridad e insistencia, Esteban habló de una separación, de algo temporal, por sierto, de un periodo de prueba, y finalmente de un inminente divorcio.
—Y si se divorcia, ¿qué va pues a hacer? —preguntó indiscretamente Matilde.
Él miro tiernamente a Leonor.
—Eso ni me pregunte —susurró, apretando la mano de la muchacha.
Vino la separación transitoria y se redoblaron los encuentros furtivos y apasionados. Esteban habló de arremendar un pequeño departamento, de irse a vivir juntos, de muchas cosas que llenaron de ilusiones las cabezas de las dos mujeres, pues Matilde sentía como cosa propia la felicidad tan próxima de Leonor.
Y llegó el divorcio. Esteban se quejó de gastos, de una nueva crisis familiar, causada por el dinero de la Martorell, que había volado con ella. Leonor siguió esperando.

Un día, Matilde le dijo, sin el menor tino, como acostumbraba. "Oiga Esteban, no vaya a traicionarle ahora a la pobre chica, pues sería capaz de cualquier cosa". El juró que no, que nunca, qué cómo se imaginaba Matilde, pero a los seis meses desapareció. Se enteraron por las vecinas que se había casado con la hija de un curtidor riquisimo. Luego de las usuales crisis, Matilde dijo: "Chica, tienes que pensar en vos, pues hasta ahora solo has pensado en el sinvergüenza este. Tkenes que buscarte un hombre que te haga feliz". Leonor dijo que nunca, que antes muerta, y tres días después se cortó las venas. La salvaron con las justas y Matilde se dio modos para amargarle la luna de miel a Morelos. Este llegó al cuarto de la Zabaleta con un enorme ramo de orquídeas. "Vaya, esperar a que la chica se muera para traerle flores", comentó Matilde, con toda la acritud de la que fue capaz, y se negó a llevarlas a la convaleciente. Averiguó en la casa si alguien quería hacerlo, pero le dijeron que la familia de Leonor se fue del barrio como un mes atrás y que no sabían a donde. Los inquilinos que no pagan a tiempo sus arriedos, por lo general se va entre gallos y medianoche y no dejan direccion, bromearon, pero a él no le hizo chiste, como no le hizo caminar con las orquídeas rechazadas en la mano, siendo el objeto de las miradas de todos, para finalmente depositarlas ante la nueva esposa, que dijo displicente, "Ah, flores, ponlas por ahí. ¿Y por qué derrochas así la plata? ¿No andarás con algún remordimiento, no? ¿Te está pagando mucho mi papá, que tienes para comprar pendejadas?"

Morelos no se daba por vencido e intentó una reconciliación con Matilde, encontrándose con una barrera de desafecto que no pudieron vencer ni los presentes ni las confidencias. Cansada de la insistencias, la Zabaleta agarró sus cuatro corotos, como ella misma definía a sus pobres pertenencias, igual que hicieron los parientes de Leonor, y se mudó lejos, sin dejar dirección alguna; tuvo, tambien, la precaución de cambiar su sitio de trabajo, y Morelos, desesperado al principio, optó por dejar de rondar la esquina cercana a las casas donde una vez vivieran las dos mujeres, pues, de pronto, podían irle con el chisme a Dora María Paredes, su nueva, hermosa y celosísima mujer.

Agobiado por el recelo en que vivía con la Paredes, caminaba una tarde por alguna calle no muy céntrica, cuando divisó a pocos pasos de él a Leonor. No se acercó enseguida, la estuvo contemplando desde lejos como andaba, vio sus cabellos cortos, negrísimos y alborotados, como siempre, su cuello largo, las espaldas estrechas, la cintura fina, las nalgas de niña, y las delgadas piernas de andar desigual. Se llenó de ternura, y adelantándose, musitó un "hola", que casi no esperaba respuesta. Pero ella le sonrió con un aire sereno y lánguido.

—Estás bien? —preguntó.

—Sí, ¿y vos?

—Allí, allí. Como me ves.

Dijo que la vida muy bien, muy linda. Y era verdad. Solo que después del intento

de suicidio, algo como una leve tristeza le vagaba por la sonrisa, por los ojos, le ensombrecía un rostro que había sido siempre discretamente bello y alegre.
Tomaron juntos un cafe. En un descuido de los meseros, él quiso besarla. Ella dijo que no, que no sentido, que sabía los celos de Doña María, y, además, que no podía, que en algún momento le diría por qué no podrían besarse nunca más.
—¿Estás de novia? —se apresuró a demandar él.
—Casi —sonrió ella con misterio.
Se citaron para una semana después en el misterio sitio. Él sintió una vaga melancolía y hasta un arranque de ir a decirle a Dora María Paredes "buenas tardes y hasta luego". Claro que el lío familiar volvía, y peor ahora que la celosa esperaba un nietecito del curtidor, que era su jefe y dueño de una letanía interminable, referente a la necesidad de que los hombres trabajasen y se ganaran así, con el sudor de su frente, mi querido Esteban, el pan de cada día, pero que, también, era necesario pensar en el futuro y guardar algo, aunque fuese un granito de arena, porque los derrochadores nunca llagaban a ninguna parte.
(¡Ah, las orquídeas, Señor y Dios!)
Se aguanto las ganas que tenía de plantarles al padre y la hija, en un acto de valor supremo, el mismo que no tuvo cuando Leonor le comunicó la semana siguiente que no se verían más, pues ella se iba a un convento.
—Sé bien que no puedo aspirar a ser religiosa. No con mi pasado —dijo en tono novelesco—. Pero seré lega, hermana, una especie de criadita de las reverendas madres. ¿Comprendes?
No, no comprendía nada. Y Matilde tampoco comprendíó, pero supo aceptar.
—Yo sé que no aguantarás ni un año en esa cosa —dijo enternecida—. Pero como no puedes volver a tu casa, porque van a decir que estás loca, que te quieres suicidar, que te metes a monja y alguna otra cosa por el estilo, pues, te vienes nomás conmigo. Habitaba ahora en una casita pequeña y alejada, tenía espacio para ella —aseguraba, sin poder evitar una que otra lágrima.
La noche de la despedida, y mientras le daba los últimos consejos, ya en el bus que conduciría a Leonor a la Capital, llegó Esteban. Traía un pequeño paquete.
—Te ofrecí un día hace años un vestido rojo —sonrió, extendiendo el regalo.
—Esteban... —gageó Leonor—. ¿No te das cuenta que voy a tomar un hábito? Para qué me va a servir ahora un vestido, y todavía rojo.
Él bajo la cabeza. Entonces Leonor entregó el paquete a Matilde.
—A mí me quedaba bien tu ropa. Este te ha de dar —dijo.
La otra agradeció el gesto, pero dijo que debía abrir por lo menos. Era una prenda de gasa, muy delicada, con bordados brillantes en el pecho.
—Es demasiado hermoso hermoso para mí —murmuró la Zabaleta—. Pero, gracias, de todos modos.
Y ya el rato de abrazarse, antes de que partiera el bus, le cuchicheó en la oreja "te

guardaré". "Tonta", musitó Leonor, "de gana".
—Si usted fuera un hombre —le dijo Matilde desafiante a Esteban, cuando estuvieron solos—, no dejaría que ella haga tonterías. ¡Pero qué...!
Y le dió las espaldas rapídamente. Él permaneció en la estación, medio atontado, tanto que, cuando al volver a casa le dijeron que Dora María había ido a la clínica con los dolores del parto, no supo que hacer, y su madre tuvo casi que obligarle a ir con ella, a esperar la llegada del nietecito del curtidor.
La Paredes rugió duranta casi veinticuatro horas, antes de alumbrar una criatura feísima y esmirriada, a la que no supieron que nombre poner, pues, con el carácter dominante de la nueva esposa, se daba por descontado que el heredero sería varón.
—¿Cómo quieres que se llame?
—Leonor —dijo como un autómata.
—¡Estás loco! —se enfureció Dora María—. Se llamará Ángela, como mi madre.
A él no le importaba mayormente, pero se emocionó al escuchar los vaguidos de su pequeña hija, y se quedó contemplándola, vertiendo en esa mirada toda la ternura que llevaba encerrada en una como caja de tristeza adentro se su ser. Fue como un descubrimiento. En ese instante empezó a amar a la pequeña Ángela.
Un año despues, ella era el centro de su vida. Dora María había ido pasando, por, sus propios méritos, a un segundo plano total, y, cuando Esteban menos lo esperaba, decidió que debían terminar un matrimonio que a ella no le había reportado más que dolores, según expresión propia.
Esteban quiso quedarse con la hija, pero, su madre y todos los que aconsejan en situaciones parecidas le dijeron que eso era una locura. Nunca había criado ni un gato, ¿cómo haría para criar a la diminuta Ángela? El curtidor le dijo que no se preocupara por las locuras de su hija, que siguiera tranquilo y en paz en su puesto, pero él desesperaba por hallar algo en que trabajar, los más lejos posible del insoportable olor de los cueros que iba a asociarlo eternamente a su infeliz union.
La profecía de Matilde en cuanto a Leonor falló por meses. Su vuelta coincidió con el divorcio de Esteban, y la casualidad los volvio a juntar.
La casita de Matilde fue testigo, como la dueña misma, de esporádicas citas, de confidencias, y vió tambien cómo empezaba la nueva espera de Leonor.
Advino luego un enfriamiento repentino.
—Ya verás como en una de estas nos enteramos que se ha casado —profetizaba Matilde.
Solo le respondió el silencio entristecido de Leonor.
Un día, Esteban anunció, muy serio, que tenía la oportunidad de viajar al exterior, sería un viaje corto, y si Leonor le esperaba, cómo el creía su deber hacerlo, a la vuelta de este viajes, en el que iba a realizar una especialización por cuenta del

nuevo trabajo que había conseguido, se casarían.
Las dos mujeres se callaron. En el rostro de Leonor había, como superpuesta a la consabida nube de tristeza, una sonrisa despechada y burlona, o algo así.
Las cartas vinieron al principio casi toda la semana, luego cada dos, cada mes, y, finalmente, cada tres meses. La estadía, prevista para medio año, duró dieciocho meses. En el último semestre, recibieron una letra.
Poco antes de la vuelta a la patria, Esteban, muy emociodad, y un poco triste por dejar atrás algunos amores pasajeros, que le habían hecho tan feliz que por poco se olvida de la pequeña Ángela y de Leonor, fue en busca de esas chucherías de las que los viajeros llenan las maletas para mostrar cúando se han acordado de los suyos. En un almacén de ropa femenina quedó sin respiración. "¡Leonor!", alcanzó a balbucir. "¿Y es?", dijo la vendedora. Él se excusó. Debía disculparle, era tan parecida a una amiga suya, tenía su mismo pelo, sus ojos negros y enormes, su boca roja y de labios gruesos, pero no tanto como para que llegasen a desentonar con la regularidad de las facciones. ¿Querría ella ayudarle a escoger ropa de su talla? Mucha ropa, interior, y blusas, faldas, vestidos. Todo, pues, aquella, su amiga lejana, se convertiría en su esposa al volver él a su tierra. La vendedora se ganó la comisión en ventas con su simpatía conmovida.
Acabadas las compras, escribió una larga carta a Leonor, explicándole todo, apenas llegara se casarían, esta dilación estúpida de tantos años, ese hacerla esperar sin sentido, llegaban por fin a su término, serían felices, ya lo vería.
El viaje de retorno estuvo poblado de las imágenes de ese amor que había sobrevivido a tados avatares, a tanta separación, a tantas indecisiones suyas. Leonor era una mujer que merecía acompañarle el resto de sus días. Ah, y pediría la custodia de la pequeña Ángela, pues su madre le había insinuado, muy discretamente, que Dora María estaba dedicada a la putería, y eso era un mal ejemplo para la niña, o lo sería muy pronto. En cambio, con Leonor no habría esos problemas. Era bondadosa, nunca le había traicionado, pese a sus continuas deslealtades. Era realmente una gran mujer. Apenas llegara, no bien ver a Angelita, correría a la casa de Matilde, claro que no iba a ser ninguna sorpresa, ella le estaría esperando, pues su carta habría llegado ya días antes.
Hizo lo que se había propuesto. Apenas puso un pie en casa de Matilde, vio que sus cálculos sobre la llegada de la carta eran precisos, Leonor le esperaba, lista. Se había puesto el hermoso vestido rojo que él le regalara la víspera de su ida al convento, y menudas rositas le adornaban el pelo. Estaba tan hermosa, que ni siquiera saludó, sino que se lanzó a abrazarla y besarla, pero lo detuvo el grito despavorido de ella. ¡No! ¡No!
—¿Qué te pasa? —preguntó asustado. Se atropelló en la historia de la carta, dijo que creía que le esperaban ya vestidas para ir ante quien lo declararía marido y mujer a él y a Leono y...

—Perdóname, Esteban —balbuceó Leonor—. Hace seis meses que no hemos sabido nada de vos. No he recibido ninguna carta en ese tiempo, y peor una en la que dijeras algo de matrimonio. Perdóname, pero hoy en día me caso.
Él sintió que le daban con algo muy duro, muy frío y pesado en la cabeza. Quiso sentarse.
—Disculpe que pasemos de maleducadas —pidió Matilde—, pero habrá visto que el carro nos espera para llevarnos. No podemos hacerle esperar al novio de la Leonor. ¿No le parece?
Salieron juntos.
Quería decirle a Leonor que esperaba que fuera feliz, quería preguntarle con quien se casaba, quería tantas cosas. Pero ellas no le dieron tiempo para nada. Se despidieron fría y cultamente. Y las vió partir en un auto elegante, en el que no se había fijado, por la emoción que le cegaba en el momento en que abandonó el taxi que le trajera hasta la casa de Matilde.
Palpó la pequeña caja con el anillo, mientras caminaba lentamente calle abajo, sin una meta determinada. Por algunos metros, casi cincuenta, se volvió, esperanzadamente, apenas oía el ruido de un motor; pero luego se dio cuenta que era inútil, y caminó con las manos en los bolsillos, tratando de volver a la realidad, de despertar de un mal sueño, de acabar de entender lo que estaba pasando, aunque se repetía casi ya en voz alta y levantando los hombros de rato en rato, que era justo, Esteban, hombre, justo, justísimo, que nadie se puede pasar la vida entera esperando la decisión de un cojudo como vos, ¿no te parece?

LA IDEA FIJA

Borda María Felipa, borda, busca la vida seda verde oscura y matiza las hojas del ramo, matiza con la verde clara, cuidado vayas a manchar el raso, cuidado, borda, borda.

Llegaba Dios mío esta Flavio con su olor que salía del color de la camisa, llegaba este Flavio, ay Dios mío, de noche se pegaba a mí en la pared del callejón y me besaba en el cuello, en las orejas y le pasaba las manos por otro lado, ay, el Flavio, sí, el Flavio, no, ay, si mi tía no gritara "ay, ya voy, ya voy, déjame, pero quiero decir, no me dejes, no, no, no, no.

Enhebra la seda oscura, cuidado el raso, veinte años ya y tu carne macerada para la prenne soltería, se estremece todavía, cuidado con el raso, el raso tan fino, cuidado, borda, borda.

Mi tía Hortensia se duerme encima de una Salve mal rezada, su mejilla con un resto de carmín se arrima en la palabra dichas a medias, sus cuatro barbas tocan la plegaría, salgo, no te vayas a demorar, no, si solo voy un ratito donde la vecina Pola, un ratito, María Felipa, María Felipa, pero cólo Leopoldina, si la muy sinvergüenza me dice que se va donde usted, ay Leopoldina, yo con esta reuma que me mata, ay, no, no, lo mejor sería morirse, aumy, si usted viera, ya me ortigo y me pongo el guayacol y hasta tomé unas pastillas de salicilato, pero tengo una inflamación terrible, me queman los intestinos, es como si tuviera candela, y esta malnacida en donde estará, María Felipa, María Felipa, si con el cholo ese de la funeraria dizque anda refregándose en los oscuros, como dice Pola, pero si un ratito, yo llegando y usted saliendo, si no pregúntele a la Pola, le juro, si fui a pedirle que me enseñe a rematar unos pensamientos que voy a bordar para la Virge del Remedio, ay, Dios mío, tiíta, usted también, que le pasa pues, como se imagina que me voy a meter con el indio ese de la funeraria, Dios santo, hijo del ataudero, hasta ha de tener virutas de los ataúdes en la ropa, hilachas de los flecos que le ponen a las cajotas esas feas de los muertos en el pelo, y yo te quito, te quito, Flavio qué es esto, si vos sí que sí no vienes llenito de virutas y de hilachas ya no vienes, Dios santo tía, pero cómo le ha de creer a la tocha esa de la Pola, si ella se muere porque a mí me empiezan a dar obras y eso que yo ni bordo bien todavía, pero el día que borde bien vos dejas de trabajar en ese oficio tan feo de tu taita, ay Flavio, y nos vamos a vivir en un cuartito y te pones a trabajar y... ay, en algo has de poder pues trabajar que no sea haciendo esas cajas tan fúnebres.

Borda, María Felipa, que te queda sino bordar, bordar y bordar, ah, y cuidado con el raso, pero cuidado, cuidado con el raso, no sea que pase como a la vez en que tu amiga, esa que vive en el mismo cuarto, esa medio putona, la Elena, pues, que se mete con cualquiera, que no es como vos que nunca te has metido con nadie,

que no sabes sonreír, que tienes la cara cerrada, hermética a toda sonrisa, no vayas a ser, digo, que se manche el raso como la vez en que la Elena se enjugó las negras lágrimas de uno de sus tantos despechos con un mantón que bordabas para una gringa, un mantón blanco, la muy bestia, como si no hubiera por el cuarto tantos trapitos, tantos retazos, tantas sobritas, la gran animal jodió el chal de esa míster tan exigente, cúantas semanas de trabajo para pagarle su seda cruda, cuántas agujas enhebradas, y todo por la histérica esa que se va con los hombres a que le sacudan su cosa dentro de la barriga como a tal y venir llorando como una Magdalena, todas las veces yo le digo lo mismo y ella nada, todos son una misma pendejada, mi tía Hortensia tenía razón, pero ella nada, y dale a venirme con los mismísimos detalles de toda la vida, que las manos allá, y yo le digo "espera, espera", en una de estas sales con el bulto en la panza y ahí a ver si sigues pintándote como San Juan lloroso de Viernes Santo, ahí, espera, y yo te digo Elena, nos metimos en esto de vivir juntas porque vos me dijiste que soís una buena chica que no te andas metiendo en líos con nadie, porque vos me dijiste que hemos de ir a misa todos los días y que en la fábrica no gano mucho, claro, Felipita, pero ya verá, nos hemos de llevar bien chévere, ya verá, pagamos el cuarto, podemos comer en una fonda cualquier tontería o si usted quiere cocinar de mañana, porque lo que es de noche yo puedo hacer la merienda. Ay, sí ibamos a vivir tan bien, tan en calma, yo, sobre todo quería vivir en paz, aunque cada hebra que entra en el ojo de la aguja, me entra en los recuerdos, me entra, ay no, Flavio, Dios mío, no, no seas así Flaviote, ay, ya ves, y después ni te has de querer, ay, Flavio, ay, casar conmigo, no, no, ay, y quedarte conmigo en el cuarto, en, ay, ya voy tía, tía, tiíta, tiíta, ya, ya, ya.

Ya ves lo que te hizo la desgraciada de la Pola, la Pola que no supo lo que era la mano de un macho entre las piernas y otra cosa, peor, o que se olvidó, todo se olvida, ay, todo se olvida, como en los valses, ya ves idiota, el cholo te gozó y dejó, el taita le ha dado para que ponga su ataudería propia, y le ha hecho el matrimonio con ella, ya ves bestia, ya ves, yo si te dije y vos no me hiciste caso, y ahora, y ahora qué vas pues a hacer ahora, qué, qué, oler el guayacol de la tía Hortensia, frotarle las piernas con el linimento, esperar, esperar que en la sombra del Flavio se estire, se estire en el callejón, que silbe, para salir un ratito donde el Pola, y las noches se estiran sobre el el olor del guayacol y sobre la soledad linimentada, sobre las piernas artríticas de la vieja y sobre los senos caídos, friégame hijita, friégame María Felipa, y friégate por bestia, ahora vas a morirte solo como la vieja, y con las piernas así, artríticas, como las de Hortensia, torcidas, nudosas, y envuelta en una cobija de guayacol y olores, ay, no, no, yo me voy, a donde, no sé, pero me voy.

Cogí los dos pares de aretes que me dejó mi finada mamita, envolví en una cobija mis dos vestidos y me fui dondequiera, a cualquier parte, aunque sea a la porra;

pero me fui, tenía tan poca plata que apenas pude pagar un mes de cuarto, pero pagué y me compré una cama en el mercado y me moría de frío, pero bordé, bordé por la nada, por cuatro reales, solo que ya no volví a oler el guayacol, ni a oírle a la vieja gritándome de noche, ni a verle a la hipócrita de la Pola, de la señora Pola, pero, tampoco a sentir las manos del Flavio largas, largas como la sombra del cuerpo en el callejón de luna, larga, nunca más, nunca.

EL EL CIRCULO CUARTO

Bajamos hsta la cuarta cavidad... Allí vi más condenados que en ninguna otra parte...
Por haber gastado mal y haber guardado mal, han perdido el paraíso...
(DANTE, INFERNO, CANTO VII)

Yo sí le decía, tía Mayita, arreglará, no vaya a dejar las cosas para última hora, acuérdese que la muerte no llega avisando, como decía el curita Ramón, pero usted no me hizo caso.
Claro que no me hizo caso nosolmante en esto, sino en todo lo que yo decía. Usted no hacía caso a nadie, nunca. El mundo para usted era usted, usted y usted, y los demás réquiem, afirmaba mamá. Usted, usted y usted, y los demás que se fueran al diablo, ¿no?
Ahora, puede que a nosotros, por nuestra pobreza porque pudiéramos tener algún interés —cosas que no niego, porque al fin de cuentas, humanos somos— no valía que nos hiciera caso. Pero, ¿cuanta gente no le hizo de ver tía Mayita? ¿A cuántos no les hizo? Y no puedo pensar que todo el mundo tuviera interés cuando le decía no vaya a ser que le pase lo que a mengana, que ahora dizque anda apareciéndose en una llamarada enorme, y todo porque no arregló a tiempo, fíjese Mayita que nada nos llevamos, que no somos más que el hueso y el pellejo cuando nos botan a la fosa. Y usted, ciega y sorda. Y yo creo tía que nada hubiera sido peor de lo que a sido, que a nada puede compararse lo que ha pasado, porque de otros, en fin, se llevó el gobierno, pero de usted solo pasó eso ya con el resto.
Por eso fue que el Manuel María, enfurecido, me gritó al verme toda llorosa y vestida de negro, "carajo, ya te me sacas esos trapos, enseguida". Y yo, "pero si la tía Mayita se ha muerto". Y él "que me importa, vieja grandísima, ojalá se haya ido a los quintos infiernos". Y se encerró en una amargura sin nombre, y desde entonces lo único que he oído en esta casa, tarde, mañana y noche, es que sí, que sí usted hubiera tenido un poco más de conciencia, que si alguna vez se hubiera olvidado de sus beaterías idiotas y hubiese pisado en el suelo, si se hubiera dado cuenta que nosotros, la sangre de su sangre, nos comemos la camisa, que él no hubiera tenido que hacer lo que hace, levantarse todos los días como esclavo, a la cinco de la mañana, para ir a inspeccionar las aguas servidas, porque para salado, él, mil veces él, gran perra, hubiese conseguido algún empleo racional, pero él no, pues, él nada, él para poder vivir tiene que medir la porquería de todo el mundo, y la culpa es suya, parece; por eso, razón tuvieron las Paredes, cuando después de la muerte de la Maruja Stein, otra vieja de m***** que ha de haber ido a parar como usted, a la quinta paila, agarrada los cuatro reales que tuvo en vida,

mientras las pobres tenían que prostituirse para sobrevivir, porque eso ya no era ni vivir, razón tuvieron, dice, cuando les comentaron que la Maruja se zparecía en todos lados, envuelta en llamas, y les preguntó alguna de las chismosas que no faltan di no se les había aparecido, ella dijeron "¿Con que cara, pues?". Yo le digo que le deje en paz, después de todo, usted está ya tantos días bajo tierra, que no vale la pena continuar con las maldiciones y los lamentos, aunque nos duela haber perdido todo tan tontamente, tan salvajemente, tan espantosamente. Y le digo "ya basta, ya, nosotros no somos Dios para saber en dónde está, porque él asegura que usted tiene que haberse condenado". A mi me da la idea que le quedan rezagos de la época en que quiso hacerse cura, y por eso tiene una propensión en que quiso hacerse cura, y por eso tiene una propensión terrible a pensar en el infierno y a meter allí a toda la gente. Mi primo Gonzalo le dice, "si hubieras vivido en otro tiempo, te habrías llamado Savonarola, y viviendo antes hubiese sido el autor de la *Divina Comedia.* Le dice esas cosas por el fanatismo del monje que quería quemar todo lo que le parecía impío y por la facilidad con que anduvo el Dante condenando a sus prójimos al Purgatorio y el Infierno, me imagino, y el otro se enfurece. Bueno, pues, el esta más que seguro que usted anda ahora por los quintos infiernos, que esta requete, requete condenada. ¿Será cierto Mayita? Me da escalofrios de pensar semejante cosa. Yo mevhago la valiente, disimulo y quiero pensar en otras cosas, pero se me viene presente lo que decían los padrecitos, ¿se acuerda? Los padrecitos de las misiones tenían el infierno en la punta de la lengua, y allí metían a todo el mundo, igualitos al Manuel María. Y decían que a los que por guardar la plata, mezquinanando tanto al prójimo y mezquinándose todo ellos mismos, hasta morirse de hambre, como usted, los diablos en la otra vida les metían en la boca y en otras partes monedas hechas candela. ¡Qué horror, Mayita! ¡Qué horror! ¿Estará usted convertida, a lo mejor —que bruta, cómo he de decir a lo mejor, a lo peor, ¡a lo peor!— en una especie de alcancía humana, con quién sabe cuántas rajas y recibiendo las monedas al rojo vivo que le meten los demonios? Y los diablos le bailotearán alrededor, como enese cuarto tremendo de San Ildefonso, ese que me hacía soñar barbaridades y caerme de la cama cada vez que me llevaban a esa iglesia cuando era chica. Bailoteando, bailoteando y ensartándole las monedas hechas una brasa. Si es así, Dios mío, ¡cómo se quejará usted! Si es así, capaz que sus gritos atraviesan de la otra vida a esta y, de verdad, de verdad, son la causa de que la tía Gertrudis se despierte bañada en sudor diciendo "yo creo que la Maya está penando", y que en medio del resentimiento que tiene mi madre se pase horas de horas rezando por el descanso de su alma, aunque papá repita sin cesar que las gentes como usted no tienen alma. "Mujer, convéncete. Una vez vi una comedia en que decían de un viejo como tu hermana "no es un hombre, es un avaro", y creí que era una exageración, pero ahora que ha pasado todo lo que ha

pasado y que se ha muerto la vieja hiena, comprendo cuánta razón tenia el autor". Si es así, yo no quiero ni imaginarme el dolor que tendrá, Mayita, un dolor sin cuerpo, pero un dolor enloquecedor, imponderable. Algo así como esos miedos sin cuerpo que me perseguían después que usted misma nos llevaba a mi hermano y a mí a morirnos de miedo en las pláticas de las misiones en San Ildefonso, Mayita. ¡Qué horror! ¿Se imagina? Yo no quiero pensar en eso, porque seguro que voy a volver a tener pesadillas y vamos a ser dos las que nos despertemos gritando en esta casa, seguro, la tía Gertru y yo.

Dicenque con la vejez la gente se vuelve tacaña. Pero ese no era su caso, tía. Según mamá y la tía Gertrudis, usted siempre fue así, desde pequeña. Ellas dicen que usted ya de chica era guardosa, que separaba la carne en el plato hasta el fin, para hacerles morir de gana a todos, que escondía las golosinas, que guardaba los reales que le regalaban, anudados en los pañuelos, que se cosía al ruedo de las faltas los billetes, que...

Seguía el ejemplo de su abuela Pastoriza, parece. Esa abuela que guardaba los panes hasta que se volvían verdes; las frutas hasta que, ya podridas y cubiertas de lanas, manchaban las sábanas entre las que habían sido cuidadosamente ocultadas; los huevos hasque hedían a pólvora; la ropa hasta que se volvían inútil, hasta que ya no le quedaba a nadie o hasta que se comían las polillas. Esa que ponía el dulce de leche o el de lod duraznos o el de higos o el de albaricoque o las jaleas, en una bacinilla nueva de porcelana, para que los nietos tuvieran asco y no ganas. Me imagino que usted de chica debe haber visto esas cosas, como las vieron mamá y la tía Gertrudis y debe haberse muerto de ganas de ese manjar blanco, tan rico, llenándose de hongos en ese bacín, nuevo y todo, pero ya ligado a las cosas más repugnantes. Y debe, como ellas, haberse parecido —así decía la abuela Josefa, "se perecía por esto, se perecía por lo otro", ya nadie dice así, pero que lindo sonaba, ¿no?— por tanta cosa buena echada a perder entre polvos y herrumbre. Y aunque hubieran logrado dominar la repugnacia del recipiente que guardaba los higos enconfitados y su dulce corazón de cristal y las jaleas con su perfume transparente y profundo yblos albaricoques y su indescriptible sabor, chicos al fin, y muertos de hambre, como todo chico, no habrían podido ni siquiera acercarse a las cosas porque, además de todo, la abuela Pastoriza dizque era una fiera, y le metía llave a todo.

Papá repie, sentencioso, que la avaricia es un mal de familia ¿sería? Tengo dudas. Lo que sí, en nuestra casa las cosas siempre fueron medio raras. Unos tenían todo y otros nada. La abuela Josefita murió en la miseria, mientras que la abuela Pastoriza, siendo su madre, se pudrió en plata, esa plata que luego llegó a usted. ¿Por qué, eso? ¿Por qué no les dio directamente a los hijos, a los sobrinos y a todos los nietos, y solo buscó a una nieta para enriquecerle, perjudicando al resto? Mamá dice que porque usted se parecía a ella, ella le insistió al tío Efrén

que tenía que darle como albacea a usted las cosas, la plata, las propiedades, todo. Hubo una guerra interna. A la larga, el tío Luis y el tío Efrén eran los hijos, ellos tenián todo el derecho, pero la abuela Pastoriza le perjudicó al tio Luis y él no tuvo nunca ni un real partido, como dice la tía Gertru. El tío Efrén y usted eran los ricos; Mamita, la Targelia, la Amadita, la Gertru, en cambio, igualitas al tío Luis, siempre tan pobres, tan menesterosas. Y así toda la vida. Ustedes los ricos guardando, guardando, y nosotros los pobres muriéndose de hambre, pero, en medio de nuestra desgracia, tranquilos, porque lo cierto es que quién guarda, guarda pesares.

Porque si al tío Luis poco le faltaba para andar desnudo y una camisa le duraba meses en el cuerpo, hasta que tenían que sacarle en pedacitos para ponerle otra regalaba alguien —alguna vez las finas camisas del albacea, según dice mamita, alguna vez las finas camisas inglesas, ya bastante usadas, por supuesto, del tío Efrén—; porque si bien es cierto que el pobre viejo tenía un hambre canina, que fue la que llevó a la tumba, porque —como cuentan que le decía al médico que le examinaba en sus últimos momentos— solo se había comido veinte albaricoquitos, diez higuitos, catorce tamalitos y un sinfín más de cosas, en algún carnaval próspero de la familia, en que, reuniendo la plata en todo el año, se derrocharon en comida, sin pensar en que sería la ultima del pobre tío Luis; porque, digo, pese a tanta desgracia, todos nos acordamos de él como de un viejecito amable y bonachón, capaz de las mayores ingenuidades —era medio bobalicón, como un niño grandote, me acuerdo, y por eso dicen que la abuela Pastoriza le trataba tan mal y le desheredó—, como darle a uno más pobre que él la comida que le habían mandado a comprar, o venir en camisita, andrajoso y todo, porque un pobrecito, que a lo mejor era nuestro Señor —porque nuestro Señor asi mismo dizque se aparece en cualquier momento, enfermito, tiritando de frío, en un zaguán, medio moribundo, abandonado—, le había pedido una ropita, y él se quitaba el saco viejo y seboso y venía a la casa así, casí desnudo, en medio de la indignación y las quejas de mis hermanas, que tenían que hacer verdaderos milagros para agenciarse de otros sacos, pues una camisa podía dar el albacea, aunque fuera bien usada, pero un saco ya era otra historia. En cambio, del albacea todos tenemos el recuerdo más desagradable.

El tío Luis fue siempre el tío Luis, el pobre tío Luis, el Luchito, el pobrecito de Lucho, el tiíto, el tíito Lucho. En cambio el tío Efrén fu el otro. Perdió el nombre desde que la abuela Pastoriza —que también perdió el nombre y se transformó en vieja de m*****, la vieja sucia, la puerca vieja, la chancha renga, la vieja cochina, la vieja de un cuerno y otras cosas por el estilo— le convirtió en su albacea. El albacea, le llamaban todos, poniendo en esta palabreja el más profundo desprecio, como decir el apestado, el endemoniado, el hereje; porque al fín de cuentas, si es verdad que se da la reencarnación, nuestra familia ha de haber

estado en diferentes épocas entre los santos, en tre los santos, entre los ortodoxos. Todo comentario sobre el albacea era negativo, que derrochaba la plata en misas y devociones, que se había comprado un paraguas de seda, caríííííííísimo; enamorado dizque anda ahora, a esa edad, lo que ha de estar buscando es que alguna viva le desplumz de la plata de la gran vieja sucia, que se supone ha de pasar algún día a la Maya. Y parece que empezaban las ilusiones sobre lo que ocurriría con ese dinero, cuando estuviese en sus manos de necesidad a los suyos, no, usted que había conocido la pobreza, antes de irse a vivir con el albacea, usted no sería cómo él, injusta, ni como la abuela Pastoriza, incapaces de conmoverse ante nuestra miserable situación, y tratándonos siempre, con ese desprecio olímpico, de vagos, tratándonos, irremediable, como a los parientes pobres. No, usted no iba a ser jamás así, si ya se le veía en la cara, decían esperanzadamente las pobres viejas, la Tarjelia, la Amadita, la Gertru, hijas de un hermano de la abuela Pastoriza, de ese pobre hermano Genaro, muerto, por supuesto, no podían ser de otro modo, en la total miseria, las pobres viejas, appegadas a los primos, al rico primo Edén, al que detestaban, "de repente sí se conmueve y nos da alguna cosita, no es mucho, pero sí nos da, a Dios gracias"; apegadas, y con esa resignación de perritos mojados; apegadas al pobre primo Luis, "el tonto, tan inútil el pobre, pera al fin, un hombre es un hombre, puede, llegado el caso, hacerle respetar a una"; apegadas a la prima Josefita, "sí, vos ha ser rica Pepa, tienes que ser rica, tu cara es la de quién va a ser rica"; soñando, con los ojos entrecerrados, al calor de una taza de agua de panela, las tres, la Amadita, la Gertru y la Tarjelia, "sí, rica mismo ha de ser, te has de casar muy bien, con un abogado, no, con médico tiene que ser, talvez con un sacamuelas, en realidad, si pudieras, lo mejor sería casarse con un cura, calla loca, pero mujer, son los que más plata tienen, ¿no?, no, los políticos acaso no tienen pues eso que se llama la libertad de credos y ni sé qué, entonces casaraste con un político, claro, pero bueno, casada con un hombre rico has de ser, eso sí, Dios no se olvida de los suyos, ya has de ver, casada con uno que te dé todo, mujer rica vas a ser, riquisima, criados has de tener, casa, casar, una quinta con las paredes pintadas, como la de la Maruja Stein, unas paredes llenas de paisajes; y criados, no te olvides de contratar alguien para que nos atienda a las tres, con el tiempo vamos a ser unas pobres viejas desvalidas, y que bien nos va a cear una criadita, una como la que tenía mamita Emilia, para que le lleve el reclinatorio a la iglesia, no, mejor a una mayor, ya, para qué pues, para que tengamos que atenderle nosotras, no bonita, no, si nos das darasnos una criada joven, como la Brígida de la vieja sucia de mama Pastoriza, ay no, como esa china alzada sí que no, si entre ella y los curas y los monjas por poco le dejan al albacea sin medio, imagínate, no, una así no nos darás, mejor nada". Soñando, soñando, las tres alrededor de algún bocadillo insustancial, en una noche triste, a la luz de una vela, como siempre.

Las tres apegadas al marido de la abuela Josefita, que no fue ni abogado, ni médico, ni sacamuelas, ni cura, ni político. Apegadas al abuelito Renato, que se pasó la vida entera fraguando los más fabulosos negocios. "Ahora sí, dizque juraba, ahora sí". Y a las soñadoras les brillaban los ojos de esperanza, ahora sí Renato, ahora sí. Y era una una mina de oro, que caía a la semana de excavación y casi mataba a la gente, y eran unos terrenos prodigiosos en los que las piñas y las naranjas y toda fruta imaginable crecía como maleza y daba cuatro cosechas al año y era una inundación que venía sin que nadie pudiera ni imaginarse que iba a venir y se llavaba la playa al otro lado del río y se llevaba todos los sueños y era... Y era una máquina inverosímil, que separaba los metales preciosos de las rocas y los molía y depuraba y ni sé cuántas cosas más; pero eso significaba una inversión muy fuerte y nosotros, claro, nosotros, a no ser que vendiéramos, que hipotecáramos, que empeñáramos, que... "Esta vez, si, Renato, esta vez sí que no puede fallar", con ese tono de voz que tiene el jugador que pone todo lo que es suyo a un número, aún sabiendo que no ha de salir.
Apegadas, la Gertru, la Amadita y la Targelia, apegadas, y soñando ser libres un día, si no por el matrimonio de la prima, por los negocios del primo político, por las bondades de la sobrina preferida. "Ay, para mí sí que la Maya ha sido mi favorita, tanto que la Josefita decía no le malcríes, Targelia, y yo diciéndole "Pepa si no le estoy malcriando, tan linda que es mi guagua", y ella "ya qué guagua ha de ser, si ya es una señorita, no has visto que le empiezan a crecer la tetitas", "ay Pepa, no digas así, ni que fuera vaca, Gertru más exagerada que sois, tetitas mismo son pues, acaso que no sirven para lo mismo, qué ocurrida que sois Pepa, pero lo que pasa es que le queremos tanto a la Mayita, no ha de ser por la herencia, ¿no?, cómo te vas a imaginar, si siempre mismo le hemos querido tanto, lo que pasa es que vos no has notado, o te haces la que no has caído en cuenta, eso es, te haces, te haces". Y entre ellas habrán dicho que sí, que era buena, que le mimasen su poco, que le hicieran peinados raros y le pusiesen flores, como en corona nupcial, a usted que no hanría de casarse nunca, porque, según el tío Pablo, las mujeres como usted no dan eso por avaricia, porque no les gusta aflojar ni un pedo, peor eso, y ellas haciéndole, haciéndole coronitas nupciales sin motivo, para quedar bien, para adularle, pobre viejas, preocupándose y cuidando sin motivo su virginidad inútil, porque con todas las ilusiones que se hicieron ellas y que se hizo toda la familia, usted, usted que había conocido a fondo lo que era morirse de hzmbre, no movió un dedo por los suyos, usted, que no sabía lo que iba a pasarle un día cualquiera, fue peor que la abuela Pastoriza y peor que el albacea, dos veces peor, pero no creo que ni de broma se haya imaginado que un día le iba a pasar lo que le pasó.
Usted hizo también convento de la casa. Lo mismo que la abuela Pastoriza y que el tío Efrén. Les encantaba vivir, entre curas y monjas decía papá, con ese

desprecio del antiguo liberal despechado, que le amargaba la cara y la voz y que no se le quitó jamás, mientras tuvo vida. Les encanta vivir entre los aceitosos esos, que les adukan, les limpian el rabo y les alcahuetean en su pecado de tacañería, carajo, el peor del mundo. Y aunque los liberales no creían en pecados y abominaban de los curas y las monjas, al menos los liberales como papá, sin embargo se ponían a analizar su pecado (vicio o defecto, le llamaba él, pero a la larga era pecado, ¿no es cierto?) Y la condenaba a una horrible muerte, en la que usted, como el padre de Eugenia, la chica de esa novela que nos leía con su hermosa y cálida voz, cuando el Gonzalo, el Manuel María y yo éramos chicos, como el viejo ese, espantoso, usted se lanzaría en la última hora sobre el crucifijo de oro, no por lo que significaba, sino porque era de ese metal, que había pasado atesorando todo el tiempo de su larga vida. Acuérdense, ese ha de ser el fin de esta mujer, de esta arpía. Porque cada defecto tiene su castigo propio, el fruto de la violencia es un final de iracundo, horrible; el de glotón, pues con la panza al reviento; el del perezoso, envuelto en piojos; y así, el de cada uno según su vicio. Parece que no quería topar la lujuria, como para no sentirse envuelto en el frío aire de una muerte que quizás le hubiese tocado. Pero ni él, con sus aires retóricos de profeta laico, ni él se imaginó lo que a usted le esperaba, ninguno de nosotros pensó o soñó, ni la peor pesadilla vio una cosa así. ¡Pobre tía Mayita!
Yo siempre les he tenido terror a las pesadillas, ahora, con tanto que he pensado en usted, seguro que voy a tener una, horrenda, más que seguro que mamá va a venir, aterrada, con los ojos desorbitados, a despertarme, a darme aguas y fricciones, como cuando era chica y pasó lo de papá, en esa maldita inspección, y nos vistieron a todos de negro y estuvimos llorosos junto a ese ataúd, que en mis sueños chorreaba sangre. Ay, no, no, no debería pensar en nada de eso, pero pienso y me va a costar caro. Y sabe una cosa, para mí todo lo de su muerte está emparentado con la pesadilla, todo.
No sé por qué esa mañana me había quedado sola y cuando la vecina llegó a golpear la puerta de la casa, yo estaba soñando en no sé qué cosa intranquilizadora, ya no recuerdo qúe era, pero ese golpe me sacó de un mundo de sombras, en el que pasaba algo terrible. Despues, cuando ella le nombró, cuando ya supimos todos todo, creo que yo asociaba sus imágenes con las de mi sueño borroso de esa mañana, pero no, no creo que usted estuviera allí, no creo; aún cuando fuese algo relacionado con la muerte, usted no estaba allí.
—Señorita Susana —dijo. Y le ví la cara transformada por ese color, esa mueca indecible que deja la muerte cuando pasa—. Su tía la señorita Maya...
Yo estaba en la ventana, media dormida todavía, y entre las nieblas del despertar le ví a usted, a través de los rasgos de la mujer, tiritando allí en el frío. Le volvía a ver a los años de los años, con un vestido azul de bolitas blancas, como una vez que se volvió, con esa soberbia infinita que tenían las gentes de otro tiempo y dijo

"yo, me moriré en mi cama". Era una chica en esa época, no sé por qué me lo dijo, no sé a quién, ni en qué circunstancias, ni contestando qué cosa, pero se me grabó el gesto, se me grabaron las palabras, me quedó el vestido azul y ese levantar altanero de la cabeza. Y ahora, en el frío de la mañana, en una mujer arrebujada en esa niebla, mitad mi sueño y mitad la hora temprana, la volvía a encontrar, pero todo no fue más que una fracción de segundo, como esas visiones de miedo, que nunca duran hasta que la razón pueda dilucidarlas, pero que igual nos ensombrdcen. Y así, del mismo modo que esa imagen de tantos años atrás vino, llegó también a mi pensamiento, como una ráfaga silenciosa y breve, con la rapidez de un relámpago, una idea: usted se estaba muriendo y me mandaba a llamar, ¿no era yo su sobrina preferida? No la había repetido insistentemente, tanto que mi implacable hermano Manuel María dijo una vez, claro, si lo único que nos falta es que heredes a la vieja zorra y te vuelvas como ella, y yo lloré amargamente.

—¿Qué pasa? —dije, intentando despertarme del todo.

—Es horrible, señorita, horrible, espantoso —dijo la vecina mensajera, y comenzó a llorar a gritos.

Yo bajé rápidamente, abrí la puerta y alcanzaba a decir entre, pase, cuando vi que mamá venía y después llegaron todos. Dicen que me desmayé. No recuerdo nada. Solo que había un aire pesado como una campana, un aire de ruido, un dolor intenso de la cabeza y la visión de su cuerpo magro, terriblemente magro, más flaco que la última vez que le había visto, unos quince días antes; su cuerpo, Mayita, tirado en el rincón más oscuro de ese cuarto piso de tierra, en donde la muerte le había sorprendido, tres o cuatro o quién podía decirlo cuántos días atrás, cubriendo sus tesoros, escarbando la tierra con las manos, con unas manos largas, huesudas, esas manos que yo estuve viendo en la oscuridad de mi cuarto por tantas noches, y que me aterraban tanto, esas manos como ramas de árboles monstruosos, que me daban escalofríos, sin remedio, pero que eran mil veces preferibles a la visión aterradora de su cara, Mayita, como estaba, cuando lo vecinos sintieron el mal olor y fueron a encontrarla, comida por las ratas, descompuesta ya, pero cubriendo con su cuerpo unas esterlinas venidas desde la época de la abuela Pastoriza, desde la albacea, desde mucho, pero mucho antes, desde uno de esos abuelos mercenarios, llegamos de quién sabe dónde a pelear del lado de los criollos en las guerras de independencia; esos billetes y esas esterlinas que se hicieron humo, antes de que ninguno de nosotros llegara hasta lo que los periódicos y la radio llamaron el lugar del suceso; ese dinero inútilmente guardado, que se esfumó como todo lo de valor que había en su casa, porque oí decir a mis parientes que cuando entraron allí parecía que antes hubiese pasado, por esos cuartos y corredores y por el último pasado, por esos cuartos y corredores y por el último rincon de la casa, una horda de bárbaros,

todo estaba destrozado, todo en el suelo, todo lo poco que quedó después del paso voráz de los herederos que le deparó la suerte Mayita, ¡porque la vida es así! ¡Cuánta violencia, cuánto horror! Si papá hubiese vivido habría dicho que era un fin como para un ser iracundo, no para usted. ¿O es que asesorar como usted lo hizo es también una forma de ira? ¿Y ese como hartazgo de sus invisibles ladrones, de las ratas, de los periódicos? ¿Es que había también allí algo de gula? Y usted que, como me acordé el día de su muerte, quiso un día ya lejano, morir en su cama, como una perezosa.

Cierto que la vida es a vecer más dura que la misma muerte. Y encima de tanto horror y de tanta miseria, que mi hermano llegue sin saber nada de nada, que alguien le suelte por allí que usted se había muerto y él venga furibundo a querer que yo me quite el duelo... Encima de todo, eso. Claro, ahora él dice que ha de estar en el cuarto círculo del infierno, porque Dante lo describió así. Pero, creo que en el fondo lo que hace es disfrazar la amarguea que nos embarga a todos, cuando pensamos en su fín, y en nuestra situación que en nada cambió su muerte. Y quién sabe si la amargura que de algún modo está en el fondo de todos nosotros, no sea sino otra forma de ser un poco como usted misma, y que no nos atrevemos a confesarnos, que lo que más nos consume por dentro es algo que puede resumirse en una sola frase:¿Por qué no habremos llegado un poquito, solo un poquito, antes que los saqueadores?

YO SÉ QUE LLORAS POR MÍ

No le hagas caso, Félix, dices. Así mismo es. Así mismo ha sido siempre. ¿Qué ha hecho toda la vida si no es quejarse? Quejarse es lo único que sabe.
Y continúas con el estribillo de mis males imaginarios, cosa que, según tú, ha sido tema míov desde que me conoces. "Cuando recién nos casamos, ¿recuerdas Guillermo?, y figúrate hijo, te estoy hablando de hace cincuenta años, tenía la seguridad que la tuberculosis lo estaba matando, andaba con el pañuelo en la boca, para evitar matando, andaba con el pañuelo en la boca, para evitar el contagio, se quejaba de dolor que no tenía nada. Creo que pasó sano un tiempo, pero bien corto. Entonces empezó con la cabeza. Le dolía tanto, que se encerraba en cuartos oscuros a gemir en silencio, a ponerse paños fríos y cataplasmas, a huir del ruido, Félix, porque bueno ha sido tu padre, eso nadie va a negar, pero temático, temático como pocos hijos. Cuando pasaron las migrañas vino la úlcera y el llantén y el zumo del tronco de la col y las dietas abominables. Ese fue el peor tiempo. Allí sí que hasta yo pensé que ibas a morirte Guillermo. Nada te decía, pero encerrada en el costurero me pasaba llorando y llorando. Fueron meses, años de temor, de aprensiones, de náusea y de una imagen cada vez menos cuerpo y más y más esqueleto ya.
Pero pasó también.
Creo que habremos descansado unos meses, hasta que volvieron los pulmones, y esta vez sí que la cosa fue media seria, hasta se te hizo un hueco como una pequeña caverna en pecho, ¿te acuerdas?, cómo tambien sería Félix, pero no, enfermo no estaba, eso si te puedo asegurar. Después, la cabeza nuevamente, y los riñones y el hígado, fastidiados de tanto remedio, seguramente, de tanta pastilla y jarabe y hierba y polvos y píldoras como se metía tu padre, sin ton ni son, porque en realidad de lo que padecía era de pastillitis y capsulitis y jarabitis, más que de otra cosa; por eso, siempre estaba al día de todo remedio nuevo, y no perdía la ocasión de probarlo, ¿no es cierto Guillermo? Así mismo es, Félix, no le haas caso. Así mismo ha sido siempre. Nos hemos pasado pasado la vida entera curándole de males imaginarios, embutiéndole medicinas para el asma, la bronquitis, la columna vertebral desviada, la hipertensión, los cólicos de gases, la irritación de los ojos, el dolor del oído, los várices, la jaqueca, el insomnio, las amebas, la taquicardía, la avitaminosis, y qué sé yo; hasta los síntomas del embarazo tuvo cuándo yo estaba encinta, con náuseas, vómito, antojos, debilidad, mareos; así mismo es Félix, así mismo. ¿No es cierto, Guillermo? ¿No me vas a dejar de mentirosa? ¿No? ¿Por qué vamos a creer que las cosas han cambiado, y que ahora, después de haber padecido de todos los males, te nos vayas a morir del corazón?"
Te ríes, te ríes con una risa amarga, tanto que ese mal sabor de tu falsa alegría

está a punto de hacerte llorar aquí, ante nosotros dos, y eso no estaría bien Rosaura, eso iría contra principios. Porque, así como hace cincuenta años te encerrabas a llorar en el costurero, ahora yó sé que andas llorando por mí en toda la casa. No tienes necesidad de reservarte un cuarto para las lágrimas, no. Ahora que no me muevo de esta cama en que hemos dormido juntos cincuenta años, tienes toda la casa para llorar. Y aunque te haces la dura aquí, ante los hijos visitantes y anre mí mismo, yo sé muy bien que llorar Rosaura, y sé también que esta vez no te equivocas, no nos equivocamos...

Antes, en los tiempos de todos los males, que tú repites con variantes cada vez que puedes, algo había en mí que, pese a mi viejo miedo a morir, me detenía en el umbral de la esperanza. Ahora, no. Vos misma dijiste una vez, hace ya tantos años, que no me acuerdo cuándo fue, que siempre que uno quiere seguir viviendo, vive. Ahora ya no, Rosaura, ya no. Hay dentro de mí como una fatiga —un desobkigo, habría dicho mi padre—, y no sé ni por qué... o talvez sí.

¡Tantos años encima, Rosaurq! ¡Tanto dolor como hemos cargado! ¡Tanta muerte de seres que amamos, de gente joven, de parientes, de amigos, de conocidos! ¡Tanto tiempo desperdiciando en cuidar sueños y pequeñeces! ¡Tanta ilusión que nunca fue más que eso! ¡Tanto dolor frente al que fuimos impotentes! ¡Tanta injusticia de la que nos hicimos cómplices sin querer! ¡Tanta sangre vertida y tanto miedo a nuestro alrededor, tanta hambre, tanta presión, tanta miseria! ¿Para qué seguir viviendo, entonces? No, Rosaura, no, no es que busque morirme, como dijiste un día en que me levanté para ver como venía amaneciendo por allá, a lo lejos. Hacía tanto tiempo que no contemplaba un amanecer. Pero no, no busco morirme. No lo digas. Es, simplemente, que ya no hay vida en este cuerpo, esa vida que iba consumiéndose con los males inventados o no, con los años, con las penas que no me las imaginé yo; esa vida, que al llegar a cierta edad uno ha sabido mirarla como una fuente lejana, como una hoguera distante o una estrella. Y yo sé que has comprendido bien esto. Después de todo, a lo largo de este medio siglo juntos, amándonos y soportándonos, hiriéndonos, a veces, y buscando luego entre ambos la ternura, hemos compartido estas ideas, ¿no es verdad? Hemos hablado tantqs veces de ellas. Pero, lloras. Yo sé que lloras. Disimulas, juras que has visto mucha televisión, "o será el tejido" dices, "qué era, pues, pero tengo los ojos irritados". Disimulas. Que es la vejez, te lamentas. Disimulas, quieres disimular, sin motivo, Rosaura, porque yo sé que lloras por mí y por vos, por tu soledad de criatura abandonada y te comprendo. Si estuviera en tu lugar, también lloraría igual, o peor, porque, posiblementz, no hay nada tan desgarrador como el llanto de un hombre viejo, es peor que el un niño o una anciana, mucho peor. Pero ya no lloraré Rosaura, ya no, porque ya hz empezado a morirme.

O estoy acabando de morirme, más bien, pues eso empezó hace años, cuando te

asaltaron las ideas de mi muerte en forma imprecisa, quizás como un anuncio del dolor de ahora, de la verdad de ahora y de tu llanto de hoy, como una premonición a largo plazo, que ahora estás segura, como yo, llega en ese instante a su vencimiento, segura, aunque le dices a Félix, "vámonos, se ha dormido".

OCASO

Más a pesar del tiempo terco mi sed de amor no tiene fin.
R. D.

Recuerda, porquevse viva para recordar
Recuerda la carnz floreciente, la piel tersa, el susurro cálido, el jadeo feliz.
Camina lenta y hasta de diría dificultosamente, por el parque de parejas, que antaño tenía en el centro lo que el poeta hubiese definido como "un efebo que fuese una niña", un marmol desnudo, a cuyos pies las hojas agonizaban doradamente, una Diana o quizás un Apolo; camina, hasta llegar a un banco libre, y vuelve a sentir bajo las plantas esa antigua sensación de la alfombra de flores amarillas, flores de un fresno que hace veinticinco años ya no está, un tapiz casi vivo, palpitando de flores recién caídas en una tarde de lluvia.
"Flores como las de la inocencia", sonrie con una mezcla de desencanto amargo y burla, pensando, más allá del pensamiento, que un viejo cursi, como lo dijera alguna vocecilla haría poco, "curi, si, y un poco verde, eso fue lo que dijo, callejera, putita"; se pierde la sonrisa, cambia de pensamiento, "flores", dice, repite "flores", pero no logra escapar de las imagenes de alguna risita burlona, "viejo verde", ahora tiene una mueca en el rostro, "flores", repite mantalmente, pero solo consigue ver en cada flor un rostro, una imagen femenina, un cuerpo desnudo que se pierde en una bruma de años y desmemorias cada vez más numerosos, "bastante verde, mejor dicho, cómo es que digo poco, estoy loca, verdísimo, viejo cacatúa". Se sienta. "Flores", piensa en voz alta, todavía palpitantes, con un resto de vida del árbol, pero ya condenadas a que las pisotee todo el mundo, primero los chicos que venían a jugar al parque, despues lo jubilados que salían a darse su vuelta de rutina con cualquier tiempo que hiciese y, ya cuando las sombras se venían encima, las parejas. "Flores"... y se queda abstraido, "pisoteadas, barridas, olvidadas. Hubo algunas. ¿Cuántas? ¡Quién sabe!
Tuerce la boca, mira a lo lejos, con un gesto perdido. Algunas, muchas... La que lloró después del beso, porque era la primera vez, la que temblaba como un azogue, la del sombrero de encajes, en esa tarde remota en que una banda destemplada un vals. ¿Cuándo fue eso? ¿Cuántas fueron? ¿Cuántas? "En una época de cinismo las contaba, pero ya entonces había olvidados a algunas. En noches de insomnio ¡tantas, tan frías!, cuando siento que el amanecer poner en las sábanas un hielo de muerte, húmedo como sudor de agonizante, quiero inventariar rl corazón y la memoria; no lo consigo"
Se pregunta si las amó. Duda, niega, gesticula, queda con un vacío en alguna partz, no sabe si del tiempo o del recuerdo. Allí estaban las lágrimas, claro, las lágrimas. "Siempre lágrimas, ¿por qué?, si el amor se supone ha de ser gozoso,

alegre, feliz, ¡feliz!" Las promesas, el secreto. "Entre los dos, solo entre los dos y nada más, nadie debe saber esto, nadie más debe saber lo nuestro, cuidado". El vacío. "Feliz, ja". La espera inútil, cayendo sobre el corazón, los sentidos, el sexo, la espera inútil cayendo como la noche sobre la memoria, con su llovizna de pretextos tontos, me olvidé, vino la mamá de mi novio, me fuí a misa y... unas primas nos fueron a visitar, yo... "Felicísimo, m*****, felicísimo, feliz". Pero están también los rostros bellos vistos al azar, los cuerpos maravillosos, el rubio de un cabello que destellaba con el sol, los senos nacientes bajo una organza leve, los labios, siempre los labios, desde la época en que se entreabrían para decir "bésame", y pedirlo de nuevo, y otra vez, y pegarse a su boca, hasta el duro e insolente torcimiento de "viejo verde, cacatúa"

Siente que sopla un viento frío. "Viene del páramo", piensa, y piensa también en cartas de amor, cartas llenas de apasionamiento, aquelloas que se quedaron atadas con una cinta, paro no perder las costumbre, en el fondo de algun viejo baúl; las que se estrujaron hasta convertir en una bolita mínima de papel, que se tira casi inconsientemente por la ventana de un auto; las que se quemaron, mientras crepitaba a los lejos el recuerdo; las que se hicieron pedacitos y volaron al viento de una esquina anónima, un viento frio, paramero, hermano de este, seguro; las pocas que obtuvieron comprometedoras respuestas. "Y entonces por qué me decías en la carta que lo nuestro iba a ser para siempre, y entonces por qué me juraste el oro y el moro, y entonces...". Se sube el cuello del abrigo. "Pendejadas, reproches, amargura. Amor feliz. A la m*****".

Mira cómo todo va envolviéndose en un aire azulado, en una luz gris de fin de día. Las casas parecen entristecerse a esta hora. "Las casas", murmura, "los cuartos...". Y allí están los cuartitos discretos e indiscretos. "Apúrate que puede llegar mamá... papá... mi tía... mis sobrinitos". Tirita, casi sin darse cuenta. "Odié a las madres de las que las tenían, a los padres, a los hermanos, tíos, primos y más parientes, a la familia entera. A veces, pensé en una sorpresa, en la respuesta altanera, en el desplante. Recordaba una sirvienta que fue descubierta con un albañil en la cama por su patrona, y cuando esta, indignada, le dijo que qué hacía aquel hombre allí, ella preguntó que cuál hombre, pues, y cuando la mujer enfurecida gritaba este, este, este, ella repuso con toda la sangre fría que... ¡ay, Dios!, que ni se había dado cuenta". Sonríe. "Bocacio", dice, entre dientes, "puro Bocacio, pero cierto". En todo eso había pensado para cuando llegase el caso, pero en el momento en que la voz gutural y el ataque de histeria llegaron, solo alcanzó a ponerse rápidamente el pantalón y a salir en carreteras, arrastrando la camisa y enredándose en el saco, maldiciendo su suerte. "Maldita suerte", vuelve a sonreír, con esa indiferencia que ponen los muchos años sobre los mayores dramas. Siente que el frío se agudiza, piensa en su cama, en la cama, las camas. "Los lechos perfumados... tan pocos. Los oscuros camastros

con un jergón desflecado y un olor intenso a ajos, a sebos, a quehaceres domésticos, como rezan las respuestas a los interrogatorios y encuestas".
Una figura incauta de muchos rostros abre una puerra de su corazón y sale, él queda como asombrado. "Perdón", musita. Y crece su asombro. Puertas, esquinas, callejones. "No, no sigas, no, déjame, puede venir alguien, nooo". Baldíos. "Tranquilízate, las gentes vienen para esto aquí, no creas que somos los únicos". Pensiones y hoteluchos. "Dios mío, que nadie me vea; si supieran esto mis hermanos, mis tíos, mi papá, si supieran... me... nos matan". Chascos: "Y ahora, págame". Desconciertos: "Tantos empeño, y ¿para qué? ¿Siempre sois así?". Terrores: "Estoy esperando un hijo tuyo".
"Ah, el amor feliz, el amor feliz, por supuesto".
Da vueltas en torno a la luz de las remotas pasiones. Decadente mariposa, cae, siente sus alas quemadas, muere en un sordo aleteo de sexo largamente evocado. ¿Deseado? Talvez. Se arrebuja en el abrigo, pasa sus manos huesudas por los brazos.
"No, no las amé. A ninguna, a ninguna... o quizás sí... sí... un poco. A algunas. ¿A algunas? A dos. No, a tres. No, no, a más, a más. ¿A cuántas? ¿A cuales?"
Sentado en su banco solitario, ve pasar a la gente, pero solo mira a las muchachas. Esos cuerpos dorados, esa carne, apretada como el duro boton perfumado de la rosa. Esas bocas que ríen en un beso largo de viento y deseo. Esas manos que levantan el cabello, indiferentemente, o rozan unos secos incipientes apenas insinuados, esas manos que enlazan otras manos. Esos ojos que miran hacia un tiempo que él ya no puede mirae, y solo casualmente tropiezan con los suyos, implorables, para esquivarlos, fríos, o burlones. Vuelvea pensar en su lecho, mirando la luz última del atardecer, y siente que el frío le penetra el cuerpo. "Las sábanas frías al amanecer, húmedas... Y los viejos que decían que el calor no está en las sábanas. Si el calor no, ¿por qué el frío, entonces? ¿Por qué?".
Se incorpora penasamente. Se va con la luz postrera. Es una figura desolada. Seguramente, perdido en alguna esquina de insomnio, dará vueltaq entre la frialdad de las sábanas. "Cómo hablar de amor, si hubo tantos rostros, tantos cuerpos, que caen como monedas inútiles en pozos ya no de deseo, de olvido. Recuerdo que un día, paseando en este oscuro parque de parejas, me di cuenta de que no buscaba a nadie en particular, sino a cualquiera, no era el rostro de alguna de las fugaces amantes el que perseguía, sino un rostro, el que fuese; no era un cuerpo gozado y conocido, sino el cuerpo en general, ese cuerpo que recibe unos instantes y luego se pierde en la sombra, en el recuerdo, en la nada. Entonces, ¿cómo hablar del amor? "¿Con que cara, pues?". Como decía mi hermana Leticia".
Recuerda, porque se vive para recordar, y cuando el insomnio y el frío torturan su

cuerpo, su espíritu, su memoria, los recuerdos se van pareciendo en la semipenumbra del cuarto a las furiosas Erinis de los griegos, llagan su corazón, lo despedazan, lo acosan en la tiniebla, implacables.

NUNCAMOR

Ninguno de los sentimientos es tan inexplicables, tan injustamente como el amor.
Mujica Lainez

A veces, frente a la taza de té de las repetidas esperas; a veces, durante ese paseo solitarii, en el auto que va lentamente por las calles oscuras; a veces, en tembloroso valle sin límite del insomnio, quieres razonar, pensar, buscar las causas, los motivos. Ves como se esfuma a lo lejos la imagen de la madre muerta. Vuelves a oír los lamentos y miras el rostro de la abuela, semejante a una máscara. "Violeta", la oyes murmurar. "Violeta". Y el resto es un aullido confuso, muchas veces, mucho ruido, gentes que van y vienen, y entre ellas, sombra gris, el padre. "Tendrás lo que quieras". Sí, lo que quieras, pero el afecto no viene envuelto en papel de estrellitas y atado con un lazo rosado; todo, pero la ternura no estaba incluida.
La primera amiga llegó con esa vaga sonrisa protectora que se había perdido entre las sombras de la muerte, y el vaho siniestro del tiempo.
Esa mano nocturna que rozaba tu mano, estremeciéndote, esa mano que avanzaba, tomándose ciertas confianzas, ante las que tú querías protestar, antes las que te ibas sintiendo más y más confusa, más desconcertada; esa mano cálida que presionaba tu cuello con dulzura, quebrándote contra un pecho tibio, era un poco la madre, un poco el padre, mucho de los afectos esperados y nunca recibidos, era como un momentáneo deshielo de la máscara de la abuela, era de la mano de un ser humano. Lo demás vino luego.
De la viga, imprecisa ternura, de la protesta que emergía y no también, de los silecios incómodos y secretamente cómplices, a otras sensaciones, a otra forma de ver el mundo, de sentir la vida. De los apegos casi filiales a las pasiones dominantes y celosas, resultaba que no existía un trecho muy grande, Violeta, y tú lo fuiste descubriendo poco a poco.
Entonces empezaste a sentirte sola, a querer conocer los mínimos movimientos de esa Rosalba, amiga, talvez un poco lejana ya desde el primer ataque de celos, desde el primer zarpazo de la pasión.
La mirabas interrogadora. ¿Qué hacía? ¿Qué había hecho? ¿A quién habría encontrado? ¿Y ese hombre? ¿Y...?
Al principio solo eran tus ideas, tu obsesión, ese indescriptible fuego encendido en lo más recóndito de tu corazón.
Luego, la realidad. La realidad con sus rostros burlones, la mueca despectiva y ese tono de cuchillo, acerado.
Entonces, ¿qué creías, ahhh? ¿Que esto iba a durar eternamente? No seas tonta. La mujeres hemos nacido para los hombres. Son cosas que pasan, que le pueden

pasar a cualquiera, si yo he oído que..., cómo se llama esta fulana, Nightingale, esa Florence ni sé cuántos, ella. Pero pasa, no creas que va a durar la vida entera. Al recordarlo, la boca se te tuerce amargamente. Recuerdas siempre lo mismo, pero te hiere, sobre todo la alusión al hombre, al macho, al que da placer cuando te revuelcas con él... Te llevas la mano del rostro. "Eternamente, la vida entera.... Pasa siempre".

Y luego otra vez la misma historia. Inés. ¿La décima? ¿Undécima? ¡Quién sabe! ¡Y además, qué importa! Tú no eres como tu amiga Odile, que lleva un "cuaderno de cuentas", un cuaderno, "los hombres a la izquierda, las mujeres a la derecha". No, tú no. Sin embargo, ¿es la décima o la undécima?

A Odile no habría que tomarla en cuenta en estos números, por supuesto. No, esta historia fue, como ella misma lo dices siempre "el capricho de una noche de estío, para mezclar un pintor, un literato y un músico: Goya, Shakespeare y Berlioz, creo". Ah, Odile, siempre tan culta; tan llena de secretos para estirar el pellejo, a fin de mantenerlo joven; tan sabia en dietas para evitar la celulitis, en gimnasias para ser esbeltas, en remedios para ser feliz. Odile, tan cínica, y tan desolada, como tu misma.

Nous sommes des crèatures de la nuit.

¿Qué?

Somos criaturas de la noche; decía, cuando se le caía la máscara de la cultura, con una acritud de ácido sulfúrico. Nosotros, las putas, los maricas y los ladrones, criaturas de la noche, siempre merodeando, siempre al acecho.

Pero Violeta se rebelaba contta esas ideas. Verdad que desde aquel incierto y lejano amor de adolescencia había descendido nueve o diez peldaños en un submundo del que quería salir, emerger al sol, a la luz, a la superficie, como alguien que se ahoga, inútilmente. Verdad que había conocido pasiones furtivas e infieles, antes de la llegada de Inés, pero se negaba a aceptar las palabras de Odile.

—Y, ahora, ¿en que piensas? —dixe Odile, en circunstancias semejantes y ante perecidas tazas de té. Tiene esa mueca por la que dan deseos de abofetearla a veces—. De gana te pregunto, si sé en qué andas. En recuerdos, señorita Proust, en busca del tiempo perdido. ¿No?

Te palpas la boca, en silencio, te pierdes a lo lejos, qué importa que Odile siga jorobando con sus chanzas literarias tan pesadas. Tocas tu pequeña nariz, cierras los ojos, te llevan las manos a la frente, "Dora", piensas. Y ves un cuerpo joven a la orilla del mar, un rostro inocente, y tras esa apariencia de nuiña buena, la pervensión. "Nunca faltan estas Ceciles Volanges, a la manera de *Les Liaisons Dangerouses",* observaba Odile, con su saber perfecto e insufrible.

"Flavia", y la uña del pulgar pule ligera un diente en tu boca entreabierta. A lo lejos, Odile se rie. "Esta con su nombre de princesa de novela rosa te hará infeliz",

comenta. La silueta de Flavia se pierde en el vacío, en el olvido, en uno como aire de sueño donde reposan los nombres y los rostros imprecisos, las vagas facciones, la duda de toda una vida.
Después otras. Las que vinieron por el placer, las que llegaron por el dinero, las que querían probarlo todo, como esa moreno de dientes de felino y ojos que brillaban en la noche. "No, yo no he estado nunca con una como tú, pero pensé que sería entretenido, diferente. Solo que no, no lo es". Tenía un rostro y una voz desencantados.
Y la mirada se pierde más allá de la vidriera del café, en la calle que comienzan a ser gris, en la distancia. Inés. "Me olvido de Teresa", te dices, llevándote la taza de té a los labios, en un gesto que tiene algo del abandono de lo trágico. "Teresa, con su vida amarga a cuestas, te será una carga insoportable", dictaminó Odile. Ella lo sabía, como sabe todo en la vida, aunque de nada le sirve. "De nada, Violeta, de nada. A veces daría cualquier cosa por ser una de esas estúpidas criaturas que deambulan tranquilamente por el mundo sin enterarsz de nada, y que sin embargo son brutalmente felices, créeme". Pero esas eran las confesiones de los momentos desolados, que en ella eran, por ventura, pocos. Teresa pasó dejando un rastro de amenazas de suicidio, de crisis nerviosas, depresiones, psiquiatras y calmantes; sin embargo, a lo lejos, su figura triste y desgarbada era un recuerdo amado como pocos.
Ahora Ines era el viento. El cabello al aire, los ojos puros. Lo inalcanzable. "Amor, con esa niña pierdes tu tiempo, loca", decía Odile. Y se encargaba de envenenarle la existencia contándole cosas, entregas secretas, pasiones volcánicas, que según afirmaba ni ella misma podía creer. "Pero vos te construyes siempre castillos en el aire, ilusiones, falsas imágenes", la acusaba.
Y era verdad.
A veces se sentía terriblemente culpable con Inés. Su aire de muchacha ingenua le producía remordimientos, sumiéndola en la desesperación. "¿Y si me matara?". Odilela miró con sus ojos peores, sus ojos *on the rocks*, como ella misma los bautizara. "¡Qué tonta!", dijo suavemente. "¡Qué tonta, morir para que otro viva, hay que dejarse de pendejadas y seguir, hermana". Y le puso la mano en el hombro, con tanto afecto, como no lo había hecho quizás nunca.
Inés siguió entrando en el camino gris de su vida, con ese vago perfume inaprehensible de alfalfilla, con sus ojos aún puros, con esa simplicidad en la caricia y ese besar despreocupado, distante, desamorado. "Con esta, amor, estás loca", repetía, suavemente, Odile, suavemente, pero esas palabras la taladraban por dentro.
Inés era como esa lejana Rosalba de la casi niñez, pensaba. Un día, cuando apareciera el hombre, se iría. Se iba a ir, seguro, se iba a ir.
Los días pasaban con un rastro a veces amargo, "como de verbena", decía una

vieja canción, pero también con un insignificante regusti a miel.
En ciertas ocasiones estaba a punto de hablarle a la muchacha de ese su amor ideal, único y firme, pero se callaba.
"Esta te prepara la puñalada", sentenciaba Odile. "Ya verás. Te va a decir que no, que en realidad, pensándolo bien, esto no fue más que un desliz, algo pasajero, inexperiencias de la edad, cosas que ocurren. Ya verás. Yo soy capaz de adivinar quién es zorra y quién no, apenas la veo".
Y ahora, frente a la media taza de té, frío ya, esperas como tantas veces. "Inés", murmuras. Y repites mecánicamente los versos de Zorrilla, aprendidos en alguna lejana velada colegial. Te levantas, pagas, caminas por unas calles atestadas de seres indiferentes, alguno de los cuales dice al pasar "hola" o "¿qué hace?", "chao". "Hombres", diría Odile, "puff, huelen a competencia, ¡BAH!". En medio de las peores depresiones, el recuerdo de esas boberías de ella te hace sonreir.
Caminas. ¿Tendrás la secreta esperanza que, de pronto, vas a encontrarte con Inés? Quizás. "Ha ocurrido antes", te dices, y piensas intensamente en ella, que será una adolescente siempre, hasta cuando tenga nietos; en ella, mientras un tropel interminable de oficinistas, empleados y estudiantes se precipita hacia la noche.
"Inés", dices en voz baja. "Ines", repites. Alguien te mira de soslayo, burlón. Te dominas, cambias de actitud, de expesión. "¿Será que ya es la locura... incluso hablando sola?", dudas.
Metes la llave en la cerradura del auto, entras, te quedas un momento pensativa. "Sola", dices, "estoy sola".
Arranca, como quien ha perdido la esperanza, y se confuende en los embotellamientos, los bocinazos y el ruido del tráfico de las siete de la noche.

¡A ESCENA!

Paea Ramiro Dávila Grijalva
A la memoria de Estuardo Cisneros Semería

Atena Vigliaresi deja que la peinen con esa peluca enorme, que le trencen el cabello extraño sobre la nuca, que las perlas falsas le orlen la frente, mientras oye los coros, la orquesta, el ir y venir de los iluministas y mira con indiferencia las flores que inundan su camerino, causándole escozor en la nariz, las flores, aquellas criaturas casi inalcanzables en sus tiempos primeros, cuando, de noche en noche, algún viejo con las peores intensiones le enviaba una en una cajita de cristal. ¡Una! ¡Y ahora llegan por docenas!

—Madame, el vestido

El traje recamado, obra de muchas manos hábiles, el atuendo de boda, los encajes del cuello tienen aún el sudor de la función de estreno de temporada, menos mal que es su propio sudor, si no, vomitaria, como vomitaba en sus años de figurante, cuando debía usar los trajes resudados de todas las figurantes imaginables, en mora, en egipcia, en romana y en todos esos papeles infelices, que serían como escalones en una carrera cruel, en la que se le habían ido la esperanza, el amor, la belleza, no quedando más que la fama, con sus arrugas espantosas, su melancolías y su mal genio.

Sabe que en minutos, en segundos, tendrá que enfrentar a un público, perdido más alla del resplando de las candilejas, un publico que estará atento al menor desmoronamiento de su voz magnífica, a la más leve vacilación en su gesto de falsa novia desesperada desde hace tantos años, un público ansioso de que se equivoque, de que falle, de que se quiebre en las notas altisimas, de que se derrumbe de verdad en la escena, de muera, un público pariente de aquel que iba a la arena de Roma a ver morir a los gladiadores, un público que guarda en el seno la flor y la piedra juntas, que ama y odia con la misma intensidad, que consagra dioses y los olvida con idéntica veleidad, que se pone de pie para protestar, patalear y chillar cuando el pobre artista sintió que se le arrancaba la voz, como una estrella fantasma, de la garganta, con la misma agilidad que lo hace para pedir repeticiones y gritar "bravo" y lanzar sus marchitos claveles sobre el proscenio.

—*Madame Vigliaresi à scene!* —golpea la vocecita a la puerta del camerino.

Y la gran Atena se levanta, va hacia el pasillo, camina en dirección al escenario, que representa una Escocia de telones brumosos y luces falsas, tan falsas como sea posible, para disimular la realidad mediocre de la escenografía y también la otra, la terrible de la piel surcada por el arado de los arados de los años, del gesto amargo, marcado por el duro hierro de la soledad, de las manos, que son las más

desamparadas, las que más claramente muestran el paso implacable del tiempo. El utilero entrega esa flor, que ella tira apenas ha traspuesto el marco de la sombra del simulado castillo, como quién deja la cordura de lado, al momento de enfrentarse con la postiza realidad de un Donnizetti, maestro en esa truculentas de armar una fiesta en medio de la sangre. Y cuando está bajo la luz cómplic3 de los reflectores, trucados con increíbles veladuras, dignas de los pintores flamencos, a que nadie sepa la edad que tiene esa mano que ahora vueka como paloma en un aire viciado, Atena Vigliaresi no es más Atena Vigliaresi, la pequeña italiana de nombre vulgar y silvestre, que hubo de cambiar por uno sonoro, prestigioso, pero ajeno, nacida en un mínimo pueblo de escadores, que ahorrando céntimova céntimo recibió unas clases de música de un clavicordista perdido en el tiempo y en algún rincón de las lejanas costas adriáticas; no es más la alta y gruesa cantante de un cafetín sin nombre ni fortuna como ella misma; no es más la amante de muchos hombre, olvidada de todos ellos, ppero gracias a los cuales llegó a donde ha llegado; no es más esa mujer tremendamente temperamental, capaz de detener la representación de *Norma,* porque descubrió que el director de orquesta había hecho una declaración en la que criticaba su manera de cantar la ópera de Bellini, y porque "odiaba su lavanda, tan vulgar, Dios mío"; capaz de abofetear en escena a uno de los más grandes cantantes del mundo, por haberse adelantado un par de compases; capaz de negarse a cantar un rol para siempre, porque lo había cantado otra antes que ella, en un festival internacional; capaz de sobrevivir, pese a todas las noticias de la prensa, a la que ella ha detestado siempre, y que la viene matando de cánceres, pólipos, males bronquiales y pulmonares, tumores y perniciosas enfermedades, desde hace como quince años; capaz de seguir cantando, cuando esa misma prensa la hacía retirarse desde que tenía recuerdos; capaz de seguir emitiendo la nota más alta, la más peligrosa, sin mover un músculo, sin agitarse con la convulsión de esas sopranos insignificantes, que habían osado compararse con ella, y que se ahogaban con un mínimo do, que sentían vértigo al oírla cantar, que se mareaban ante la intensidad de su voz única.

Una vez que ha traspuesto la línea de sombra y que la flor cae de sus manos, dejará también atrás a Atena Vigliaresi, la mujer, para ser aquello que la música quiera, aquello que la escena pida, lo que determine el libreto; enloquecerá en medio del repetido estupor de un público que viene a verla y oírla reiteradamente, desde que es un mito vivo (hay expresiones que se saben de memoria, rostros que están en idénticos palcos desde siempre —un poco más viejos cada temporada—, pieles que han ido, poco a poco, perdiendo el pelo, pechos ornados por unas joyas, cuyo brillo y diseño le son conocidos, cabelleras que van plateándose, cabezas que se vuelven calvas, un decadente y consabido mundo suyo; peligroso, si, peligrosísimo, listo a lanzarse sobre ella y destrozarla a la

menor equivocación, ávido de un mínimo error, pero también un mundo de adoradores, de fanáticos, de esclavos); matará y morirá ante las cara familiares, se desgarrará ante los mismos ojos consternados, cuyo difícil amor es el único que tiene y se empeña en conservar, por encima de todo dolor, de la funesta edad, del engaño.
Ahora, ha entrado en la escena que se desarrollará por enesima vez, una escena de boda turca, y ya no es más la envejecida Vigliaresi, sino la joven y desdichada doncella Ashton, y odiará a su hermano y se desmayará casi de verdad, cuando enfrente a Edgar de Ravenswood, porque "para sobrevivirse a uno mismo hay que vivir tantas vidas", se dice mentalmente, y avanza hacía el centro del proscenio.

FINAL

TODAVÍA UN INSTANTE MIREMOS JUNTOS LAS RIVERAS FAMILIARES
MARGUERITE YOURCENAR

RÉQUIEM

Cuando el caballero penetró en la habitación del músico, lo encontró trabajando en medio del vuelo de los ángeles de sus "glorias" y los querubines de sus "sanctus". El aspecto del reciéndo llegado era bastante deprimente: pálido, descarnado, de largas y flaquísimas manos, causó honda impresión en el artista, que era, ciertamente, un sensitivo.
Encargó una misa de réquirm, adelantó cierta cantidad de oro, y se fue, dejando en el músico una sensación realmente morbosa, una fijación obsesiva, enfermiza.
Las historia del caballero es bastante oscura, solo se sabe que le asaltó la idea de la muerte cercana y decidió encargarse su propia música funeral. Parece que una vez hecho esto decidió jugarle una última carta al presentimiento y, como otros tantos, huyó a Italia, desembarcando en Nápoles.
El músico componia diariamente su ración de florituras, se agolpaban en su memoria los coros magníficos, las ariaz enormes; sus páginas se llenaban de circulos de música maravillosa, kiryes, agnus dei, palabras que se repetían incesantemente, formando pequeñas torres de cristal en el aire, contra las que se despedazaban las alas de sus querubes consabidos; pero todo sudor era inútil, paralela a él sentía la carrera de la muerte, inconteniblemente.
Dicen que en Nápoles el caballero encontró su destino último, despeñandose cuesta abajo de alguna pobre andanza sexual exuberantemente pagada, entre pliegues olorosos a vino dorado y a carne de puerto; mientras el músico caía por la pendiente de sus inconcluso réquiem.
Talvez en algún punto de lo eterno convergieron las dos vidas, estrellándose en simultaneidad contra el frío espejo de la muerte, como dos burbujas que se deshacen sin ruido.

LA PARTE DEL LEÓN

Había oído siempre las mismas idioteces, desde que comenzó a realizar el acto. Su madre dijo aterrada, temblando, "es muy peligroso, hijito".
El empresario aclaró que no se comprometía a nada. Hablando el plural, dijo que nozotros no teníamos nada que vercon los riesgos que corriera.
El publico emitía invariablemente un largo y estremecido "¡Ooooooohhhhhhh!", seguido de plañideros ¿por qué, por qué, por qué, por qué lo hace?, apenas se preparaba a meter la cabeza en el enorme hocico.
Había oído siempre las mismas cosas insulsas y falsamente preocupadas, todas, salvo las dichas por su madre. Y seguía oyéndolas ahora, después del escándalo y cercenamiento y los rugidos, en plena digestión de la bestia.

ORDEN DEL DÍA

Por tratarse de convocatoría post mortem, la sesión se realizará con el número de almas presentes.

Los puntos a tratarse son los que siguen:

1. Sancionar a quienes por asistir a sesiones espiritistas no han cumplido con su ración de ruidosy apariciones.

2. Recordar la obligación que tienen los difuntos de recoger sus pasos, tradicional costumbre que se está perdiendo.

3. Tomar una decisión enérgica en lo que respecta a quienes habiendo salido a penar no han vuelto; y...

4. Considerar algunas urgentes solicitudes de resurrección, motivadas por el comportamiento excesivamente feliz de los deudos luego del óbito de los solicitantes.